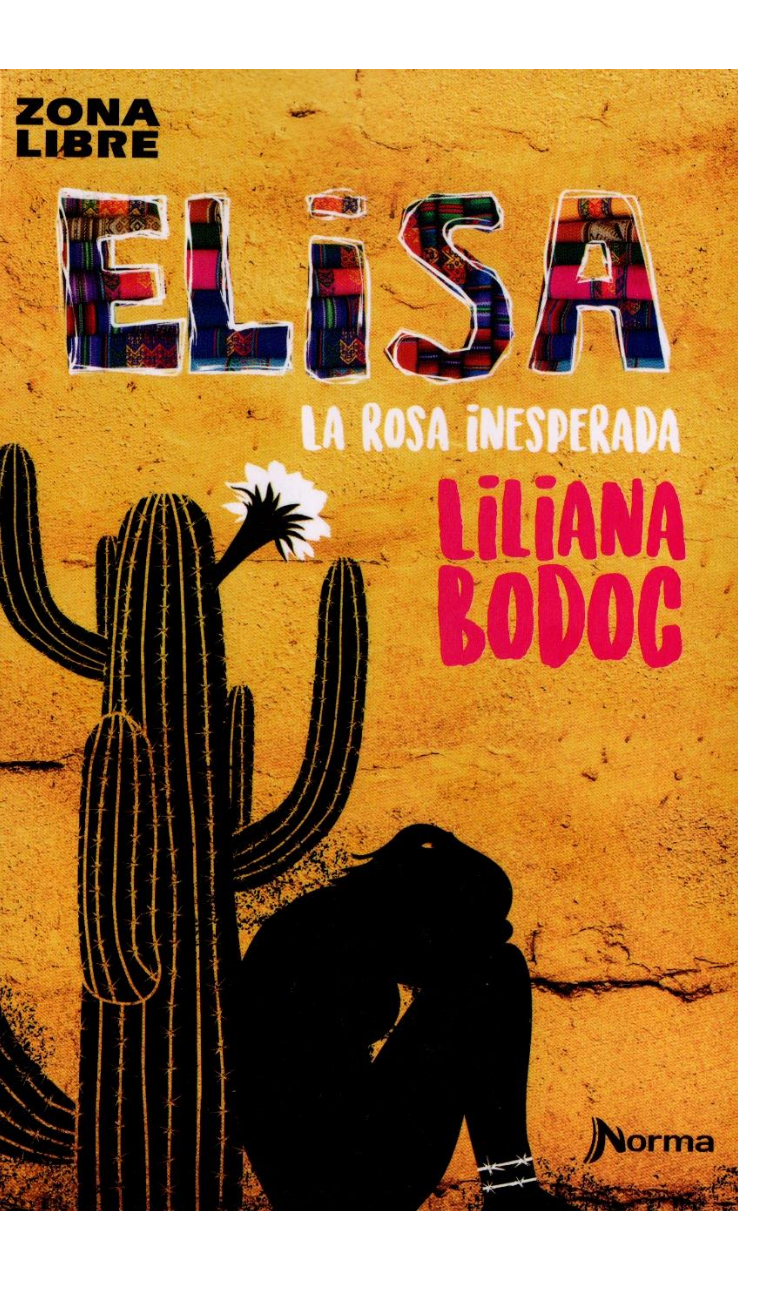


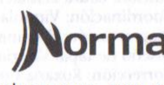
ZONA LIBRE
ELISA
LA ROSA INESPERADA
LILIANA BODOC
Norma



Elisa

La rosa inesperada

LILIANA BODOC



www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

Bodoc, Liliana
Elisa : la rosa inesperada / Liliana Bodoc. - 1ª ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2017.
224 p. ; 21 x 14 cm. - (Zona libre)

ISBN 978-987-545-722-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.
CDD 863.9282

Av. L. N. Alem 1074, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Primera edición: julio de 2017

Edición: Laura Leibiker
Coordinación: Virginia Ruano
Diagramación: Romina Rovera
Diseño de tapa: Valeria Bisutti
Corrección: Roxana Cortázar
Fotografía: Pickapic / Freepik. Hibrida/shutterstock.com, SunnyToys/shutterstock.com, Panda Vector/shutterstock.com, VojtechVlk/shutterstock.com, hecke61/shutterstock.com, gary yim/shutterstock.com

CC 61080961
ISBN 978-987-545-722-5

Cuando es hora de volver a casa, Tilcara te lo indica.
Sr. Flavio

Hay que andar por el mundo como si no importara.
Sin preguntar el nombre del pájaro y la planta,
ni al capitán del buque, adónde lleva el agua.

Mirar al otro lado del que todos señalan,
que es allí donde crece la rosa inesperada.

Canción de guía, Conrado Nalé Roxlo

CONTENIDO

TRIBULACIONES
Y ASECHOS DE LA AUTORA

Cuando tomé la decisión de viajar para escribir una novela no sospeché ninguna oscuridad. Acostumbrada a transitar argumentos, a esperar largas horas hasta el arribo del próximo verosímil, resignada a perder, de tanto en tanto, el equipaje de las certezas lingüísticas, supuse que la ruta planeada resultaría en una fructífera narración, nutrida por la geografía norteña.

Nada sucedió como lo había previsto.

El viaje se agrietó y por las fisuras nacieron cardones. Mi cuaderno se transformó en tierra, y me quedé viendo cómo se alejaba. Acunada por el movimiento del ómnibus

blanco, una mujer se durmió en mi hombro y me dejó sin palabras.

Fue la realidad, que no quiso adecuarse a la lógica de los párrafos.

Es cuestión de básica honestidad confesar que atravesé dudas, conflictos, me contradije y reconsideré la misma cosa incontables veces hasta encontrar el sentido de esta novela, y su auténtica relación con el viaje que le dio origen.

Respiré el viento de los camiones que pasaban cerca. Me acodé en mis rodillas para ver pasar gente desconocida. Descreí de las fotografías. Extrañé la línea argumental... Finalmente comprendí que esta novela solo podría ser la versión escrita de un camino impensado, de un plan fallido.

Un viaje, no. Un naufragio me trajo hasta esta página.

Conocí Tilcara. Comí tortillas rellenas, me tropecé con una cruz caída, amanecí llorando. Y si algo encontré para decir es que la vida es un viaje con música de fondo.

Por todo esto, y dispuesta ya a narrar, elegí a Abel Moreno como guía.

Abel Moreno vive en Tilcara. Es viejo, y escasamente abandona su silla de paja, con un hueco en el medio a punto de ceder. Usa gorro de lana, tose y se rasca el dorso de la mano izquierda.

Él narrará lo que yo no vi. Será, en esta historia, la mitad misteriosa.

Abel Moreno existe.

Sabe de antes y de luego.

Sabe de aquí y de allá.

Se rasca el dorso de la mano izquierda.

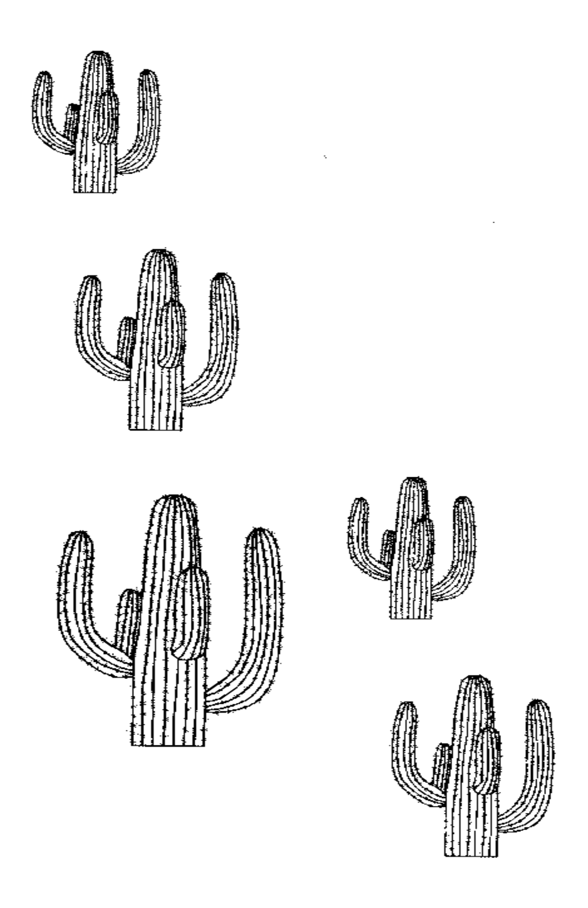
Tose.

Usa gorro de lana.

Y un atardecer caluroso, intervino en mi historia. Silbó para ayudar a una inocente.

Liliana Bodoc
San Luis, junio de 2017.

Para escribir esta novela, Liliana Bodoc viajó a las localidades de San Salvador de Jujuy, Tilcara y Santa Fe durante los meses de junio y agosto del año 2016. Podés leer la bitácora de este viaje en: www.elviajedelilianabodoc.com.ar



PARTE I
DE SAN FE A SANTA SALVADOR

ELISA

Cisne cuello negro, cisne cuello blanco,
que se van hiriendo, que se van besando.

El lugar era de techo demasiado alto para una piba planchando. Y la mejor luz parecía salir del montón de ropa blanca que esperaba sobre la silla. Un espacio casi conventual, de paredes descascaradas y pisos gastados, donde Elisa perdía existencia. Sin embargo allí, linda, blanca como leche, rubia por parte de madre, realizaba sin rencor su tarea: era mejor planchar que compartir piojos con las guachitas, mejor planchar que correr tras una pelota despellejada en el patio del Hogar para niñas en estado de indefensión.

Elisa pasaba la punta caliente por los dobladillos y se esmeraba en los ángulos,

aun cuando las sábanas estaban percudidas, y hasta rotas. Percudidas o rotas, no era su asunto… Planchar, sí.

Y rociar. Porque además de la calidad que esa cuota de humedad le daba al resultado final de su tarea, a Elisa la hacía feliz el chirrido del agua. Crrsh… Humo y olor a limpio, aunque fuera de limpieza barata, que la distanciaban del pozo ciego, de la villa embarrada, de la cumbia.

En el rancho donde vivía con su abuela había una plancha que nunca usaban.

Antes, cuando todavía Irene y Chejuán no se habían ido tras el rastro confuso de la fama, la plancha era un rito semanal. Los sábados a la tarde, su mamá, mascota de la cumbia santafecina, planchaba la camisa de Chejuán y sus polleritas tableadas con un cuidado que no le ponía a ninguna otra cosa en el mundo. Más tarde, los dos desaparecían hasta el día siguiente.

La piel blanca y el pelo rubio de Irene provenían de una genética escasa en la villa, digna de ser tomada como fetiche. *Las negritas me tocan a ver si se contagian*, decía ella. Y Chejuán respondía riéndose de sí mismo, negrito de pe a pa, sin atenuantes, negrito desde sus tatarabuelos jujeños. *Mirá que yo te toco, ¡y no hay caso!*

Cisne cuello negro, cisne cuello blanco,
que se van hiriendo, que se van besando…

Tantas veces, tantos sábados Elisa vio a sus padres, apenas catorce años mayores que ella, bailoteando en los rincones, pegados por las sonrisas. Esos dos parecían amarse solamente cuando había cumbia.

—¿Qué mirás, nena? —a Irene la irritaba la mirada hostil de su hija.

Chejuán, siempre más ingenuo, entendió mal la acusación que aparecía en el rostro de la mocosa.

—¡Aguantá un poco, Eli, que recién tenés trece! —Chejuán se le acercó meneando una promesa—. Ya vas a venir al baile.

Pero Elisa lo refutó en seco:

—Ni loca —y aclaró el motivo—: ¡Con esa negrada!

Rápida, en una reacción repetida, Irene le tiró a su hija una sandalia de taco.

—¡Negra tu abuela!

Y no hubo dudas de que Irene hablaba de Rufina, madre de Chejuán, con la que malamente compartían el rancho. Rufina la miró en silencio. Como de costumbre, no aplaudía ni condenaba. Para la mujer, la vida era un pájaro en la ventana que, en cualquier instante, se largaría a volar.

Elisa Viltes, hija de Chejuán Viltes y de Irene Ríos, miembros fundadores de Naranja Dulce.

Naranja Dulce, conjunto musical tributario de la gran movida santafecina que salió de gira tras un éxito de patas sucias.

Elisa Viltes, hija de Chejuán y de Irene. Nieta de Rufina. Sobrina de Ana María.

Después de la partida de Naranja Dulce, poco antes de la Navidad de 1996, cuando las semanas empezaron a pasar y las noticias de Irene y Chejuán se distanciaron,

Rufina entendió que había quedado a cargo de una nieta de trece años.

A la señora de la casa donde trabajaba no le pasó inadvertida su preocupación.

—¿Y esos suspiros, Rufina? ¡No estarás enamorada! —le dijo, de camino al dormitorio.

Pero no había dado dos pasos, cuando escuchó el sollozo. Rufina lloraba abrazada a una cacerola y con la panza apoyada contra la mesada de mármol. Al principio, la señora se quedó inmóvil, incapaz de reconocer el protocolo adecuado para enfrentar el quebranto de una mucama.

—Es por tu nieta, ¿no?

—Disculpe —fue la confirmación.

Pero no en vano Rufina llevaba varios años trabajando con ellos, sin faltar nunca, dejando en el cenicero las moneditas que encontraba.

—Yo te voy a ayudar.

La señora se atrevió a afirmarlo porque era prima hermana de la directora del Hogar.

—Dejame a mí. ¡Ya le vamos a encontrar la vuelta!

La mañana continuó su curso. La promesa también.

Para que el trámite avanzara era indispensable que la chica no entrara a la secundaria.

—Rufina, tu nieta pasó a séptimo, ¿no?

—Sí, señora. A séptimo —contestó Rufina.

La señora sacó cuentas.

—¿Es repetidora?

—Perdió el sexto porque se enfermó —se disculpó Rufina.

—Bueno, vamos a ver.

Finalmente, Elisa fue aceptada en el Hogar, por un año y sin cama.

—¿Viste? —dijo la señora, tocándole apenitas el hombro—. Ahí la van a tener vigilada, la mandan a la escuela y le dan dos comidas. Eso sí, a la noche tiene que volver a tu casa.

Rufina estaba tan agradecida que envejeció un poco.

Luego, la vida demostró que aquel agradecimiento había tenido sobradas razones porque, finalmente, la permanencia de Elisa se prolongó por dos años: una situación poco habitual, respaldada en la contundencia del sentido común.

De los trece a los quince, Elisa Viltes viajó al Hogar por la mañana y regresó al barrio cada noche. Perdió la virginidad sin espamento, trató con respeto a Rufina. Y evitó saludar a sus vecinos.

Dos años durante los cuales Irene y Chejuán fueron voces desvaídas; una mentira tras otra, promesas enredadas.

Cuatro meses después de su partida, llamaron por primera vez al teléfono de la carnicería.

—¡Doña Rufina! Dice mi papá que la llama Chejuán, que se apure.

La jujeña corrió como pudo, con el alma en las manos. Llegó agitada y alegre.

—No puedo hablar mucho, vieja. Te demoraste.

—Está bien, está bien...

Del otro lado de la línea, sentada en la misma silla que Chejuán, en una cabina húmeda, Irene manoteó el teléfono.

—Hola, suegra —y enseguida fue al punto—. ¿Cómo está la Eli?

Cuando la cantante de Naranja Dulce escuchó que su hija estaba yendo al Hogar de desvalidas, le devolvió el tubo a Chejuán y moduló en silencio: *Vieja de mierda.*

—¿La Irene se enojó? —preguntó Rufina, que intuyó con claridad la reacción de su nuera.

—Vos olvidate —contestó Chejuán, sin convicción.

En septiembre mandaron una tarjeta desde Salta. En diciembre, cerca de cumplirse el año de la partida, Rufina recibió algo de plata. Su hijo la había metido en una caja de zapatos, camuflada con algunas chucherías: caramelos de azúcar de caña, un camisón para Rufina, un estuche con sombras y rubor para Elisa. Eso, más varios folletos en los que figuraba, en destacado, la actuación de Naranja Dulce.

De tanto en tanto, el fijo de la carnicería. De tanto en tanto, esas noticias capaces de montarse en colectivos fantasmales, cruzar medio país, y llegar a un rancho santafecino merced al tránsito solidario de los marginales.

Y un día, la carta que colmó el vaso.

Querida vieja y elisa nosotros estamos bien Un tipo de paraguay quiere haser una prueba para irnos para alla y despues las llebamos a ustedes… No nos olvidamos del cumple de la Eli pero fueron puros problemas.

Dos años, de los trece a los quince.

En la residencia pública para niñas en estado de indefensión, Elisa no dio alegrías pero tampoco problemas. La

única excepción fue aquella vez, cuando cantaba frente al espejo de uno de los baños.

Elisa sacudía el pelo, retrocedía unos pasos, avanzaba con seguridad ensayando mohínes salvajes. El espejo la miraba impávido: espejito estatal, acostumbrado a los besos rosados y a los moretones. Pero no tanto al pop norteamericano.

Las risas sofocadas se oyeron con absoluta nitidez.

Primero, Elisa se calló en seco. Después canturreó para disimular, mientras se acercaba a la puerta. Abrió de golpe y las vio. Eran tres pupilas, con las piernas apretadas para no mearse de risa. Las dos mayores corrieron sin dejar de hacerle burla. La menor, de unos nueve años, cayó en manos de la Madonna improvisada.

Elisa Viltes la agarró de las mechas bien agarrada, y la arrastró por el pasillo, sin importarle ni esto que la niña llorara de miedo y de dolor. *De quién te reís, ¡pulguienta!*

Después de aquel episodio, no hubo nada de relevancia en materia de mala conducta, porque Elisa Viltes eligió mantenerse aparte, ser distinta. Y en eso, Beatriz jugó un papel decisivo, otorgándole una estética a su aislamiento.

Cuando Elisa llegó al Hogar, Beatriz era la voluntaria más antigua. Había ingresado trece años atrás y, contra el escepticismo de los pronósticos y los bajos promedios de permanencia en el voluntariado, continuaba allí.

—¿Hace mucho que venís acá?

—El tiempo que llevás de vida.

Desde el comienzo, Elisa sintió curiosidad por aquella mujer despojada, que usaba zapatos de enfermera, se perfumaba con jabón y era flaca para no perder tiempo.

La primera conversación entre ellas ocurrió en la cocina del Hogar, pocos días después.

—Te llamás Elisa, ¿no?—y de repente—: Dejame que adivine... ¡Sos de Libra!

Acostumbrada a disimular cualquier forma de fragilidad, Elisa ocultó su emoción por el acierto. Y enseguida cambió de tema.

—¿Hace mucho que venís acá?

—El tiempo que llevás de vida.

En la cocina del Hogar había espacio suficiente para dos mujeres y una conversación.

—¿Por qué te metiste al voluntariado?—volvió a preguntar Elisa.

—Porque era fea.

La pupila evaluó con seriedad.

—No sos tan fea.

—Antes era peor. O se notaba más, no sé —Beatriz metió las manos en el cabello—. La cosa es que yo me encerré en el 83, cuando todos salían a pasear.

Después de aquella conversación comenzó la tutela, que Beatriz asumió con fervor de rescatista. Para eso estaba allí, para ser una soga que ayudara a sacar niñas del barro. Y ciertamente la voluntaria exhibía logros, algunos de los cuales eran un auténtico orgullo.

Ser soga, respirar luz, amar al leproso.

ABEL MORENO

Way, ay, ay.

Se nos había muerto el tonto del pueblo, así que el Alma Boba anduvo en soledad por los cerros hasta el nacimiento de Miguel María Tolosa, cuando el Alma Boba encontró nuevo cuerpito. ¡Tenemos tonto! ¡Tenemos tonto! Es malo para un pueblo no tener su tonto, su Alma Boba, la boca que dice lo que no se dice, los ojos que ven lo que no debe verse... ¡Tenemos a Miguel María Tolosa! ¡Tenemos tonto!

¿Quién podía imaginarse lo que después iba a pasar? Nadie. Pero cuando pasó todos hablaron, y les echaron la culpa a los cardones. "Esto fue porque el Alma Boba pasó tiempo andando por los cerros, y debió

lastimarse. Cosa que llegó agujereada y llena de pinchazos al cuerpo de Miguelito porque un alma, ella sola, no puede sacarse las espinas".

"Alma maltrecha, tonto maltrecho. Tonto malo".

Al principio, Miguel María Tolosa creció como era de esperar, como buen perro, haciendo mandados a todo el mundo, moviendo la cola para recibir azúcar. A mí mismo, que ya andaba mal de salud, se me hizo costumbre pedirle que me regara la calle. Miguel lo hacía. Y si no era que yo lo paraba, se iba sin pedirme nada.

—Vení, Miguelito. Comé un algo.

Entonces se sentaba al lado mío. Yo en la silla de paja, él en el suelo.

—¿Le pica la mano?

—Dicen que es plata —me gustaba contestarle.

—Pero siempre le pica.

—El sarpullido...

—Don Moreno, ¿me deja ver?

—Mirá.

Miguel María Tolosa se quedaba un rato con los ojos fijos en mi mano izquierda, la que siempre me dio más sufrimiento. De vez en vez, pedía permiso para pasar la lengua.

Miguel hacía mandados. La ganancia la juntaba para una cosa: las chucherías de los carnavales.

Su madre, vecina de todos, contaba que esa era la única semana del año en que Miguel no se orinaba encima.

¿Dónde has visto que un diablo se mee?, dice que le decía.

Él se lo tomaba a pecho. Y ella, contenta.

Miguel debió tener unos quince años cuando llegaron dos muchachones de la ciudad.

Una tarde pasaron por aquí mismo... Yo sentado en mi silla, Miguelito a mi lado, comiendo una torreja. Se pararon, se nos quedaron viendo. El sarpullido empezó a picar. Saludaron con la cabeza, Miguel saludó con la mano. A mí me dio un golpe de tos y, cuando se me pasó, ya no estaban. Way, ay, ay...

ELISA

Yo no sé cómo es la vida sin tu amor.
Yo no sé cómo se puede estar así.

—No voy a ir, Rufina.

—Yo no sé... Porque tu madre me pregunta cada vez que llama por teléfono.

¡Así que Irene preguntaba! ¡Así que la voz naranjera se preocupaba por ella!

—Te dije que no voy a ir, Rufina.

Sentadas una junto a la otra, afuera del rancho, Elisa y su abuela compartían un mismo cigarrillo. Sobre la tierra, un pedacito de espiral clavado en un jabón evitaba una masacre.

—La directora le dijo a mi patrona que en el Hogar te portás bien, y que si fuera por ella te dejaba —Rufina dio una pitada intensa que no se condecía con su aspecto—. Pero tu madre quiere que empecés la secundaria.

—¡Que la haga ella primero!

En los atardeceres de verano, los altoparlantes que la Unión Vecinal colgaba en la calle principal de la villa amplificaban la música de los pobres.

El locutor anunció "Si tú no estás aquí", relamiendo el secreto que se ocultaba en la dedicatoria: *Para Clemar, de una admiradora.*

Los vecinos ponen atención... Las canciones dedicadas, que algunas veces son homenajes para una quinceañera, para la viejita querida en su día, para el equipo que salió campeón, otras veces son amenazas, advertencias, la confesión de una infidelidad, la promesa de una paliza: entretelones clandestinos de la villa, que encuentra en la música un lenguaje encriptado.

—Yegua —Elisa se refería a la mujer que le dedicaba un tema al gordo Clemar, padre de siete hijos.

El espiral perdía la batalla. Rufina aplastó la colilla con el pie y se levantó porque en el televisor arrancaba la cortina musical de "Ricos y famosos".

Yo no sé cómo es la vida sin tu amor...

—Entremos, Eli. Ya empieza la novela.

—Entrá vos.

El chirrido del agua cuando pasaba la plancha caliente, el recuerdo de su madre adolescente acicalando la ropa para el baile, los dobladillos, el tiempo estancado... Lo cierto es que, desde su llegada al Hogar, Elisa se había aferrado al planchado. Al principio, ayudó a doblar las sábanas. Un buen día le permitieron asentar los toallones.

—¿Te animás con la ropa de las nenas?

Porque era tanto el trabajo y tan escaso el personal que de a poquito, y no tanto, Elisa Viltes fue quedando a cargo.

—Sos una artista —solía decirle la directora.

Aquella mujer de baja estatura y cara redonda enmarcada por una melenita de puntas para arriba alegaba que Elisa Viltes no aceptaba participar en ninguna actividad; ni siquiera en gimnasia. Entonces, mejor que se entretuviera en algo útil.

Si Elisa no quería ir a la secundaria, si a Rufina la tranquilizaba saber que su nieta estaba en el Hogar y su patrona se aseguraba la permanencia de una mucama incondicional, si la directora del Hogar tenía a quien llevarle las camisas de su marido y de sus hijos varones, si hasta Beatriz deseaba mantener su muñeca rubia y pobre, entonces podían encontrar un modo de acomodar las cosas. Pero solamente por un año. Mientras tanto, era posible que volvieran sus padres. En cuanto al pago: una propina salida de la caja chica. Era mejor eso que dejarla sola el día entero, porque Elisa repetía una amenaza que, con toda seguridad, estaba dispuesta a cumplir.

—Te aviso, vieja... Si me mandás a la escuela, me voy a hacer echar.

Durante 1998, Elisa fue diariamente al Hogar en un rango incierto. *Una exinterna que no puede olvidarnos,* hubiese sido una explicación aceptable.

Era viernes cuando Elisa Viltes desenrollaba el cable arisco de la plancha.

—Te traje una blusa muy delicada —dijo la directora—. ¡No me la vayas a quemar!

Para encarar el desafío de aquella prenda color salmón con arabescos blancos, Elisa probó la temperatura de la plancha. Acomodó la blusa en la posición correcta y arrancó por los puños.

—¡Ey!

Era Beatriz. Volvía de leerle cuentos a la Pity que, otra vez, estaba enferma del pecho. Elisa alzó la cabeza para sonreír.

—¿Querés que haga mate frío?

Elisa Viltes aceptó. Y mientras esperaba el regreso de la voluntaria fue enumerando los temas sobre los que quería hablar.

—¿Recibiste noticias de tus padres?

Ese asunto no estaba en su lista.

—Chejuán llamó a mi abuela. Ayer.

—¿Y qué dicen?

—No sé. Que están bien.

—¿Y de volver?

Beatriz, que ya transitaba ese estado en el que suele caer el observador de un planchado meticuloso, siguió preguntando sobre asuntos domésticos. Pero Elisa no necesitaba hablar de Chejuán o de Irene. Los ratos que compartía con la voluntaria eran como una salita coqueta en medio del chaperío de zinc. Y ella quería evitar que entraran personas con bosta en las suelas.

—Te traje el libro que me prestaste. Ya lo terminé.

—Muy bien, entonces vamos a tildarlo.

Beatriz tenía una lista de lecturas que Elisa debía transitar: poesía antes que prosa, métrica antes que caos, rima antes que verso blanco, Nalé Roxlo antes que Pizarnik.

—Me gustó —dijo Elisa.

—¿Algún poema en especial?

Era la pregunta habitual, un amoroso examen del que Elisa siempre salía airosa.

—*Mirar al otro lado del que todos señalan/ que es allí donde crece la rosa inesperada.*

—Bien, Elisa. Muy bien.

Beatriz elegía la poesía clásica para comenzar su catequesis porque la consideraba un reservorio de la Ética; un modo de sobreponerse al propio destino buscando en la armonía y en la belleza una nueva oportunidad. *Mirar al otro lado del que todos señalan, que es allí donde crece la rosa inesperada.* ¿No era eso lo que podía salvar a Elisa? ¿Dónde estaba, para ella, la única rosa posible? Porque no había jardines en la villa y de haberlos, ¿qué flores crecerían en macetas regadas con cerveza? Flores malhabladas, tallos promiscuos, una margarita ojerosa volviendo de madrugada, toda picoteada por los insectos nocturnos. Pero ¿rosas? Rosas, solamente, del otro lado de las vías.

El mate frío acompañó la conversación que, muy a pesar de ambas, llegó a su término antes que el planchado.

Esa noche, cuando su abuela entró a ver la novela, Elisa se tapó los oídos. Afuera quedó la música de los altoparlantes, las voces descaradas del atardecer, el *carpe diem* villero. Elisa Viltes recitó con timbre de caracol: *Mirar al otro lado del que todos señalan/ que es allí donde crece la rosa inesperada.*

Mucho después, recordaría aquellos versos. Los recordaría para intentar salvarse, perdida en las trágicas leyendas del norte.

ABEL MORENO

Unos son diablos jugando,
otros son diablos de veras;
algunos parecen santos,
de la boca para afuera.

A algunos les gusta decir que todo es leyenda. Hasta el maíz.

Hasta el diablo.

Pero el diablo no es leyenda, porque una leyenda no mata a nadie. En cambio aquí, en Tilcara, el diablo sale de cacería. ¡Y caza!

Yo tuve hijos, y se fueron. Después me quise encariñar con Miguelito Tolosa, pero él también se fue. Bobo como era le gustaban las hembras, y estos dos que venían de la ciudad lo convidaron con todo lo que enloquece a un hombre.

El día que regó la calle de mala gana y se fue con los muchachones nuevos, a pura risotada, tuve un mal pálpito.

La madre de Miguelito vino a hablarme:

—Si usted le dice que se porte mejor... A usted le va a hacer caso, don Abel.

Le dije que iba a hablarle, la dejé en su engaño. ¡Hay que tener tripas para desahuciar a una madre! Pero para entonces, yo sabía que Miguelito estaba perdido; porque para un tonto no hay mejor jefe que el diablo.

Los cachorros no duran mucho. Apenas empiezan a crecer se van... Con tal de irse, se van.

¡Ojalá mis hijos me hubieran durado tanto como la tos!

ELISA

Quand il me prend dans ses bras,
Il me parle tout bas
Je vois la vie en rose.

El 7 de octubre de 1998 Elisa cumplía quince años.

Eso no le importó a Rufina. Era un asunto fuera de su alcance, un amanecer del otro lado del mundo, un pedo de gallina. Para aquella jujeña avejentada, quince era igual a dieciséis, a veinte... Igual a la vida, que siempre caminaba unos pasos delante de las personas.

Por eso, quizá, Elisa se ocupó de decírselo a Beatriz con varios días de anticipación.

—El miércoles cumplo quince.

—¡Qué bueno! ¿Los vas a festejar?

Elisa dijo la verdad, que no iba a hacer nada porque en la villa no tenía amigas,

solamente conocidas, y que no iba a gastar plata para darles pizza y cerveza.

A diferencia de Rufina, Beatriz comprendía acabadamente la importancia de los símbolos. Alentada por el comentario de Elisa, señal de que luchaba por distinguirse de su entorno, estuvo a punto de preguntar qué quería como regalo pero se contuvo, porque había sido advertida desde pequeña acerca de la diferencia entre generosidad y estupidez. Resultaba evidente que Elisa le había avisado para sacar alguna tajada, de manera que la voluntaria se limitó a una oferta menor.

—Podemos decirle a la cocinera que haga un bizcochuelo, ¿te parece?

—Ajá.

El desencanto en el rostro de Elisa no hizo más que confirmarle a Beatriz que su percepción había sido acertada. Era indispensable recordar la existencia de un límite que ella, con su entrega excesiva, siempre estaba dispuesta a cruzar.

En los días siguientes, Elisa vio poco a la voluntaria. Beatriz estuvo muy ocupada y solo se detuvo una tarde para decirle que había olvidado traerle el siguiente libro de la lista, poemas de Victoria Ocampo que, con seguridad, iban a gustarle.

Era martes, y Elisa no esperaba ninguna cosa, no esperaba el bizcochuelo que la cocinera ni siquiera había mencionado. Se iba del Hogar a la hora de los cascarudos, cuando Beatriz se le acercó sonriente.

—¿Qué hacés mañana a la tarde?

—Vengo para acá.

—No venís porque estás invitada a merendar a mi casa.

Merendar. Palabra blanca, palabra de libro.

—¿En tu casa?

—Sí, en mi casa. ¿Te gusta?

Cómo no iba a gustarle, si Elisa se había arrancado la piel original y se jabonaba, hasta sangrar, la roña cumbiera.

—Bueno, entonces anotá la dirección. ¿Tenés un papel?

Elisa buscó en su bolso y sacó un volante que le habían dado en la calle y que ella, inusualmente, no había tirado dos pasos después.

—¿Y esto? —preguntó Beatriz con una expresión de desagrado poco frecuente en su rostro.

—Me lo dieron el otro día.

La voluntaria dobló el volante para escribir en la parte de atrás.

—Ahora te digo qué colectivo tenés que tomarte.

¿Qué pensó? ¿Qué fue capaz de pensar Elisa, parada ante la puerta de la casona mientras esperaba que la atendieran?

A partir de ese momento, y hasta la hora en que se marchó, Elisa no pudo desmontar del pegaso. Una selva en los tapizados, el cielo en los ventanales. Y sobre todo, el tamaño. En esa casa no había que ponerse de costado para pasar, ni apretarse el estómago contra el canto de la mesa para ocupar una silla.

¡Una silla igual a las otras sillas!

Sillas iguales colocadas ante una mesa tendida.

—¿Te gustan las ensaimadas?

—¿Las conocés? —preguntó, más realista, la madre de Beatriz.

—No.

—Es un dulce mallorquín…

De nuevo, era necesario interrumpir la utopía lingüística de su hija, que hablaba con la huerfanita como si fuera un par.

—Son como facturas que hacen en un lugar que se llama Mallorca.

Beatriz quiso llevar la conversación hacia el confort.

—Elisa lee mucho —dijo.

—¿No me digas? ¿Y adónde vivís?

—Frente al parque.

Frente al parque, cerca de la cancha de Unión, ahí nomás de la facultad; algunas de las perífrasis que Elisa usaba para evitar la villa, pura y cierta, donde crecía.

Sobre la mesa, chocolate con leche, sanguchitos de miga y ensaimadas. La mesa, en el centro de una sala donde no hacía calor ni frío, no había humedad ni olores, ni pena ni escándalos.

Al rato, la madre de Beatriz se levantó de la mesa sin decir nada y ya no apareció.

—¿Vas a comer más? —preguntó Beatriz.

—No, gracias.

—Entonces vení, que te muestro mi habitación.

El dormitorio de Beatriz era, como ella misma, una ostentación de austeridad.

—Por ser tu cumple, te voy a mostrar cosas que nadie conoce. Mi pedacito de vida en rosa.

La voluntaria abrió con cierto misterio una de las puertas del placar… Y ahí estaban, una sobre otra, una pila de cajas forradas en tela blanca.

Si Elisa hubiese necesitado su corazón no habría podido encontrarlo.

Caja sobre caja, todas blancas y con etiquetas a la vista. Beatriz eligió dos, las bajó y las puso sobre la cama.

—Vení, sentate.

La voluntaria tomó la caja que decía *Viajes* y la destapó.

—Este es el pasaje del último viaje a España. Esta es una servilleta de un café de Brujas —buscaba con delicadeza y mostraba—. Folletos de Portugal, jaboncitos de varios hoteles —y aclaró—: ¡El único robo que me permito!

Elisa escuchaba desde lejos, porque Elisa estaba adentro de aquella caja, caminando por el desfiladero de una servilleta de papel, corriendo cuesta abajo por el mango de un cuchillo de avión, trepando la colina de un caramelo finlandés. Minúscula exploradora de un mundo inaudito.

La segunda caja tenía cuadernos sin uso.

—Me encantaban los cuadernos… Todavía me encantan.

Beatriz permitió que Elisa los tuviera en sus manos. Algunos cuadernos parecían cuadernos. Pero otros eran mejor que la tapa de un libro, con flores y nieve. Con pájaros.

—¡Qué lindos!

—Esos no son de acá.

—¿Y nunca los escribiste?

—No.

—¡Qué lindos! —y otra vez—: ¡Son lindos para escribir poesías!

Beatriz, que no te tomen por estúpida. Y la voluntaria tapó la caja.

—Veamos otra —pidió Elisa, tomándose atribuciones de amiga.

—Se te va a hacer de noche.

—Pero yo ando de noche.

No hubo más respuesta que un paquete con las ensaimadas y los sanguchitos.

—Así los compartís con tu abuela.

ABEL MORENO

Las muchachas bonitas
corren peligro,
como el quirquincho bola
junto al camino.

Cuando Miguelito se fue detrás de los muchachones, me dio miedo. ¡Pero cómo dice uno lo que nadie imagina!

Si, en ese entonces, yo me ponía a decir que Miguel María Tolosa se metía bien adentro de la noche, donde los cucotes se montan, ¿qué iban a pensar? Que don Abel Moreno andaba hablando pavadas de viejo.

Pero Miguelito se hermanó con estos de la ciudad, ida y vuelta. Lo usaron de anzuelo, porque nadie iba a desconfiar de él. Y menos los que vienen acá pensando que somos buenos, y nos sonríen como si eso fuéramos, y nos hablan raro, moviendo mucho la boca.

Antes, ni siquiera. Ahora nos preguntan si pueden sacar sus fotos. ¿Y qué cambia? Es como preguntarle al pobre si pueden azotarlo. Dice el pobre que no, y entonces ofrecen pagarle por cada azote.

Volviendo al asunto de Miguelito… Qué tristeza verlo perderse así, en tanta maldad. Lo quise traer de vuelta, sin suerte. Nada de lo que yo podía ofertarle, unas torrejas, un cigarro; nada le hacía sombra a lo que esos diablos le daban.

Yo sabía que él andaba haciendo brutalidades porque, de bobo que era, algo me contaba. Sabía pero, con sinceridad, me quedé quieto. Con la piba de bolso gringo, bonita ella, fue diferente. En algo pude colaborar, gracias a mi mejor traje.

Sin ser mejor que nadie, ese día silbé.

ELISA

Te recuerdo así
amando sin amar
impasible, imposible
de alcanzar…

En el colectivo que iba al barrio, Elisa viajó sentada, con el paquete de sanguchitos apoyado en las rodillas. Erguida, como siempre, pero aguantando las lágrimas.

Cuando llegó al rancho, encontró a Rufina acostada.

—¿Qué tenés?

—Se me trabó la cintura.

—Traje comida.

—Ni hambre tengo.

A la hora en que Elisa salió a la calle, la noche estaba llena de cascarudos. Acomodó la silla en la vereda irregular, buscando que se moviera lo menos posible, y se sentó a terminar su cumpleaños. Minuto a minuto

se le iban los quince. Irene y Chejuán ni se habían acordado, andarían de cumbia. Rufina roncaba y, en su ronquido, era notorio que la vieja ya no tenía esperanzas.

—¿Cómo andá, Eli?

Era Leandro.

—Bien, ¿y vos?

Tres palabras; una respuesta ligeramente amigable para venir de la hija de Naranja Dulce.

—¿Y Rufina? —se animó Leandro.

—Con dolor de espalda —Elisa no lo sabía, pero estaba triste—. ¡Justo en mi cumpleaños!

—¡No vas a decir que es tu cumpleaños! —el asombro del pibe más tenía que ver con aquel exceso de charla que con el aniversario.

—De quince.

Leandro se acercó con cautela. Conocía, igual que todos en la villa, las repugnanteadas de la rubita.

—Si querés, brindamos —y mostró la botella de vermú que llevaba bajo el brazo—. Lo único, que está medio caliente.

Cuando Leandro se detuvo a hablar con Elisa iba camino a su casa, donde lo esperaban con hielo, pan y un salamín. No iba a llegar y nadie se asombraría, porque así son las veredas de la villa. Es imposible ir al almacén con plena certeza de regresar.

¡Retobada geografía, entre las vías y el Salado, entre el Salado y cosas peores, que se rige por las leyes de la pasión!

Leandro giró la tapa a rosca. Ofreció la botella.

—¿Traigo vasos? —preguntó Elisa.

—Por mí, no.

Elisa Viltes tomó a pico, como si fuera su madre. Leandro la miró echar hacia atrás la cabeza, y siguió la línea desde el mentón hasta el breve nacimiento de los senos.

Leandro tomó con la camisa abierta.

Tomó Elisa. Ofreció. Tomó Leandro. Tragos cortos, sin limpiar la saliva. Tomó Elisa, otra vez. Tomó Leandro el vermú del coraje:

—¿Vamos a caminar?

—Bueno.

Fue el vermú caliente, fueron los quince que se iban sin cuaderno.

Elisa entró la silla. Rufina había dejado de roncar; estaría soñando.

Al barrio le sentaba bien la luz nocturna, porque entonces no era una villa sino, solamente, su silueta. Y eso ahorraba detalles.

Caminaron para el lado del río. De golpe, sin mediar ningún protocolo, se detuvieron. El primer beso fue puro vermú. Las manos de Leandro actuaron como perros sin correa, de un lado a otro, ávidas pero incapaces de ritmo y persistencia. De ahí hasta el río fue lo mismo. *¡Inviten!*, gritó alguien.

Llegaron desconsolados de deseo. Elisa se calló. No dijo: *Soy virgen*. Lo pensó pero no lo dijo. *Virgen* era una preciosa palabra que no estaba dispuesta a desperdiciar.

A Elisa, que estaba sentada sobre la tierra, las piedritas le picaban las nalgas. Al revés iba a ser más fácil. Con los jeans atascados en las zapatillas, Leandro se enredó en la maniobra. Ambos hicieron lo mejor posible ayudados por el olor del río, siempre carnal. Elisa confirmó que el dolor

y el placer eran carne del mismo fruto. Leandro hizo lo que cualquier niño bueno; se dejó ir lloriqueando.

De regreso, par a par pero sin tocarse, Elisa hizo una pregunta.

—¿Te parezco una rosa inesperada?

Por suerte, todo eso ocurrió antes de las doce de la noche. De modo que los quince de Elisa tuvieron su foto.

Al día siguiente ocurrieron, unas tras otras, cosas inusuales.

Elisa decidió que no iría al Hogar.

—Mirá que yo me voy a trabajar —dijo Rufina.

—¿Y qué?

—Te digo nomás…

Apenas Rufina se fue, Elisa se puso a limpiar el rancho. Cerca del mediodía, palmearon.

—¿Qué hacés acá?

Leandro se había despertado pensando que tenía novia.

—Nada. Vine a saludarte.

—Si yo nunca estoy a esta hora.

—Te vi por la ventana.

—Estoy limpiando. Después nos vemos.

Elisa limpiaba para no arrepentirse. No quería recordar lo que había pasado; pero cuando el hígado le devolvió, a la boca, el gusto de la noche anterior, se sentó a llorar.

Por la tarde, justo cuando Rufina volvía del trabajo, el hijo menor del carnicero avisó que llamaban de Jujuy.

—Dejá, vieja. Voy yo.

En el lado jujeño de la línea, Ana María se alegró de que hubiese atendido su sobrina.

—Feliz cumpleaños.

—Fue ayer.

—Ya sé. Pero no pude llamar.

Después, la conversación tomó los carriles habituales.

—¿Cómo andan las cosas?

—Bien.

—¿Y la vieja?

—Ahí, con dolor de cintura.

—¿Y vos?

—Bien.

Como en cada ocasión, Ana María tiró su pregunta preferida:

—Y de tus padres, ¿se sabe algo?

—Nada.

Pero el día, que había arrancado raro, se coronó con una sugerencia de Ana María.

—¿Por qué no te venías para acá, Eli? A probar.

El silencio la obligó a seguir.

—Me ayudás a mí y te buscás algunas changas. Ya sabés que yo tengo un lindo departamento y doy clase. Además de mi negocito. ¡Buena falta me haría una ayuda!

—No sé.

—Pensalo.

Rufina estaba bastante mejor de la cintura, y eso gracias a la señora que le había dado unos remedios milagrosos.

—Te dio por limpiar —dijo. Y preguntó—: ¿Comiste todos los sanguchitos?

—Los tiré, vieja. Tenían feo olor.

ELISA

Tengo una muñeca vestida de azul
con su camisita y su canesú.

Era un rasgo innato de Beatriz la compasión por el prójimo desventurado; una característica decisiva que condicionó su vida entera. No hicieron falta la toca y el hábito para una entrega responsable, de la cual el paso por el Hogar de niñas fue un hito trascendente.

Allí, aunque su conmiseración se repartía por igual entre todas las pupilas, encontró niñas con cualidades sobresalientes. Sobre ellas trabajó la voluntaria con máximo esmero. Y por ellas o, mejor, por propiciar el avance de su tarea, creó artificios bienintencionados como aquel de mirar la fecha de nacimiento en la planilla de inscripción, para luego decir: *¡Sos de Libra!*

Elisa fue, para ella, un caso relevante porque la chica irradiaba la luz de la inteligencia y mostraba la firme voluntad de apartarse de su ambiente para ser una mejor persona. Porque estaba atenta a su obra, Beatriz notó que Elisa traía un rostro desconocido; cosa que agravó el hecho de que hubiese faltado al Hogar el día anterior.

—¿Pasó algo?

La sola pregunta bastó para quebrar la decisión de la flamante quinceañera: no contarle a nadie lo que había pasado en el río, la noche de su cumpleaños.

—Anteayer —dijo.

—Anteayer fuiste a mi casa.

—Después.

—¿Qué pasó después?

Como era evidente que se trataba de algo serio, la voluntaria llevó a Elisa hasta uno de los bancos de hierro que se alineaban contra la pared de la galería.

—A ver… contame.

Fue bueno que Elisa hablara con la cabeza gacha. De ese modo, Beatriz pudo componer el gesto y controlar la desazón. No podía pensar que era cierto lo que decía su madre, *margaritas a los chanchos,* porque eso significaba quedarse sin tierra para cultivar.

Margaritas a los chanchos, decía su madre cada vez que ella emprendía la tarea de salvar a una pupila. Rosa inesperada, era el empecinamiento de Beatriz, jardinera de la caridad.

La confesión de Elisa le dio náuseas. La imaginó revolcándose en el río, borracha de vermú caliente.

Lo peor era que aquello había ocurrido apenas después de que le abriera a Elisa la puerta de su casa, de su

dormitorio, de sus tesoros. Beatriz entendió la anécdota carnal como una derrota propia.

El deseo de la voluntaria era marcharse sin decir ni una palabra, sin embargo la misericordia la obligó a suavizar el desapego que, irremediablemente, comenzaba ese día.

Hizo cuanto pudo, se esforzó en decirle a la pupila lo más evidente antes de buscar una excusa que postergara la charla.

Por fin, cuando Elisa se fue, Beatriz apretó el bolso en el que guardaba un cuaderno con pájaros en la tapa.

Era una suerte que no hubiera alcanzado a dárselo.

ABEL MORENO

Como va la almita en pena
yo voy de noche silbando,
más despacio que el silencio,
como el alma, más despacio.

Lo que pasa aquí, en Tilcara, es que hay mundo sobre mundo.

Arriba, el mundo que las personas conocen y se llevan en fotos. Parece de verdad, tan bien hechito. Parecemos. Todo es cierto para los que vienen y compran mantas que, según creen, los abrigan. Mismos que cuentan de las tortillas de queso que les vendieron las cholitas; creídos de que las unas y las otras son verdaderas.

Y está el mundo de abajo, o de adentro como mejor quiera decirle, del que no tengo por qué hablar. Ni puedo.

He visto llegar personas de ciencia queriendo encontrar el camino para ir de un mundo a otro. Las vi irse sin nada más que mantas y tortillas.

Vi pasar personas de fe, las vi irse.

Veo, escucho, converso con personas que buscan historias para contar, y me río por dentro de sus cuadernos.

A mis años, que son muchos, conozco un solo camino entre el mundo de arriba y el de abajo. Si me preguntan cuál, les contesto: la música.

Pero no estaba hablando de estas cosas, sino de la chica de bolso gringo que quedó atrapada en la sombra del diablo.

Vi su destino. Entonces hice lo que una lechuza: silbé para ayudarla.

Y alguien dijo: *Amén*.

ELISA

Quiero decirte que nunca habrá
cosa más bella que tú,
cosa más linda que tú.

La ropa estaba lista. Toda, incluso la que había llevado Pity de parte de la directora.

Mientras la plancha se enfriaba, Elisa clasificó el trabajo sobre la mesa: las fundas con las fundas, las sábanas, los toallones por un lado, las toallas chicas por el otro. Como cada vez, peleó con el cable de la plancha, difícil de estirar. Después se tomó de un trago el agua que quedaba en el fondo del rociador de plástico.

Era jueves. Ella tenía pasaje a San Salvador de Jujuy para el sábado a la noche, así que ese iba a ser su penúltimo planchado en el Hogar.

La invitación de Ana María se había repetido cada vez que hablaron por teléfono.

—¿Cómo andan las cosas?

—Bien.

—¿Y la vieja?

—Ahí…

—¿Por qué no te venís para acá, Eli? Para probar.

Sin embargo, Elisa no pensó seriamente en irse sino hasta fines de octubre, cuando recibieron aquella carta de Chejuán escrita en una hoja de cuaderno mal arrancada; esa carta que la dejó huérfana.

Querida vieja y elisa nosotros estamos bien Un tipo de paraguay quiere haser una prueba para irnos para alla y despues las llebamos a ustedes… No nos olvidamos del cumple de la Eli pero fueron puros problemas.

Es posible que con el gesto de abandonar el papel sobre la mesa, Elisa empezara su viaje.

—Vieja…

—¿Qué hay?

—¿Viste que la tía quiere que me vaya para Jujuy?

—Y a vos te dieron ganas de llevarle el apunte.

—No sé.

Con ingenuidad, Rufina puso el gramo que faltaba en el platillo de la rabia.

—A tu madre no le va a gustar nada.

No fue disgusto, en cambio, lo que sintieron las demás mujeres que rodeaban a Elisa, a quienes la idea de ese viaje les pareció más que aceptable. Teniendo en cuenta el brumoso horizonte de la muchacha, la propuesta de la tía parecía prometedora. Porque resultaba imposible

que Elisa siguiera en el Hogar el año siguiente; se trataba de una irregularidad que ponía en riesgo a la directora. Entre ser sirvienta de cualquiera y ayudar en el negocio familiar, la decisión saltaba a la vista. Estaba la vieja… Pero Rufina aceptaba el viento: ráfagas inapelables, y no tan malas para quien ya tenía los ojos llenos de tierra. Los jóvenes se iban, como ella misma se había ido de Jujuy… Si un día les daba por volver, ¡que volvieran! Rufina estaría ahí mismo. O estaría muerta.

Para Beatriz, que había pasado ese tiempo intentando sostener en la mano algo que le causaba repugnancia, la noticia fue un merecido alivio. Tanto que volvió a tratar a Elisa casi como al comienzo, cuando todavía era una oveja blanca, y la ayudó a decidir la fecha del viaje. Entre las dos acordaron que le convenía terminar el año en el Hogar, pasar las Fiestas, y viajar los primeros días de enero.

—Total, a vos no te van a asustar ni el calor ni los mosquitos.

La ropa estaba lista. Toda, incluso las camisas que había mandado la directora.

Era viernes. Elisa tenía pasaje a San Salvador de Jujuy para el sábado a la noche.

"Ni se te ocurra irte sin saludarme", le había dicho Beatriz innecesariamente, porque Elisa jamás se habría ido sin despedirse de su pastora.

Las dos mujeres caminaron por la galería del Hogar y acabaron por sentarse en aquel mismo banco.

—Parece que llegó el momento. ¿Estás asustada?

Elisa sonrió con vergüenza.

—Pensalo de este modo... Si no te sentís bien, nada te va a impedir volver.

¡Nada te va a impedir volver! Palabras que, muy pronto, resultarían macabras.

—Además —continuó la voluntaria—, vamos a hablar por teléfono.

—Sí.

—¿Llevás los números anotados?

—El de la carnicería y el del Hogar.

—Muy bien.

Se nublaba y no. Algunas pupilas jugaban en el patio. La indecisión del cielo cambiaba, a cada momento, la luz de la tarde.

Beatriz tenía algo para Elisa; dos cosas, en verdad, que quería darle. Primero un sobre blanco.

—No es mucho —dijo—. Pero te va a servir para los primeros días

—No, no... Rufina me dio algo.

—Tomá. Y si no te hace falta gastarlos, ¡mejor!

El segundo obsequio era más grande, se negaba a salir de la cartera en la que había entrado con dificultad.

—Esto también es para vos.

El envoltorio no podía disimular la forma del cuaderno, pero Elisa preguntó igual.

—¿Qué es?

—¿A vos qué te parece?

—Un cuaderno.

—Entonces, es un cuaderno.

Pero ¿cuál? Todos eran lindos. El de flores. El que tenía un paisaje con casas nevadas. Pero sobre todo, el de pájaros.

Ni pájaros, ni nieve, ni flores. Era un cuaderno de tapa dura y muchas hojas, recién comprado, con código de barras y una balanza rodeada de estrellas.

—Me costó —dijo Beatriz—, pero encontré tu signo.

—Gracias.

—¡Leé la dedicatoria!

Mirar al otro lado del que todos señalan
que es allí donde crece la rosa inesperada.
¡Ojalá puedas cumplir el consejo de este gran poeta!
Con cariño,
Beatriz.

—¡Hiciste trampa! ¡Hiciste trampa! —el grito llegó desde el grupo de niñas que jugaba.

—¡Mentirosa! No hice trampa.

—Sí, hiciste... ¡Tramposa!

Las dos mocosas se fueron una sobre otra, tirando manotazos. Beatriz se levantó enseguida y fue hacia ellas.

—Epa, epa, ¿cuál es el problema?

Elisa se quedó mirando. El cielo se nublaba y no, como una orgánica metáfora de su alma.

Cuando Beatriz volvió de componer el pleito, fue evidente que todo estaba dicho. Elisa Viltes se levantó del banco justo cuando la voluntaria abría los brazos.

—Cuidate mucho, y esforzate.

Elisa apretó los ojos contra el pecho de Beatriz. Quiso y no pudo evitar el sollozo.

—¡Vamos, vamos! —Beatriz frotó con fuerza la espalda empecinada de la viajera—. Acordate de llamar por

teléfono apenas te acomodes —y hasta le besó la cabeza antes del adiós—. *Bon voyage!*

Elisa salió del Hogar justo cuando los cascarudos empezaban la fiesta. Mientras esperaba el ómnibus, pensó que todavía no había guardado la ropa en la mochila: una con la bandera norteamericana que el hijo de la patrona de Rufina ya no usaba y que, en su momento, había costado un platal.

Elisa subió al ómnibus. El chofer era uno de los que la conocían de tanto verla subir en la misma esquina y bajar en la villa.

—Pasa nomás —le dijo.

Porque el trayecto era corto; tan corto que Elisa se sentaba con media cola. Se levantó. ¿Cómo le contaba al chofer, en un segundo y desde el otro extremo del ómnibus, que ya no iba a viajar más?

—Gracias —dijo.

—Chau.

Apenas cruzó las vías, apareció el barrio.

Leandro jugaba a la mareadita con otros pibes. Cuando la vio, paró la pelota. Los demás chiflaron, gritaron.

—¡Eh, Naranjera!

—¡Vení a marear, rubia!

Después del río, Elisa había vuelto a ser la rubiecita sobradora que todos conocían. Leandro no tardó en buscarse otra piba. Con ella pasó cada atardecer frente al rancho de Rufina y justo ahí se paró a besarla. No supo, sino hasta mucho tiempo después, si Elisa lo veía o la vieja se lo contaba. Pero jamás, con nadie, Leandro volvió a desconsolarse

de amor. Y en cambio se desveló muchas veces pensando qué había querido decir Elisa con eso de la rosa inesperada.

En el rancho había olor rico.

—Estoy haciendo pastelones fritos —dijo Rufina.

—¿Me baño antes de comer?

—Sí, andá. Todavía me falta freír unos cuantos.

Como cada día, Elisa fue a darse un baño, corto y frío, debajo de la manguera que entraba desde el patio. Se marcharía al día siguiente sin saber que, en ese mismo momento, Rufina lloraba abrazada a la mochila gringa.

Era un viernes de enero. La voz de los altoparlantes barriales era el fondo obligado para todos los vecinos de la villa, para los que ya empezaban a bailar y para los que agonizaban. Pero Elisa no tuvo más opción que interrumpir el trabajo de prenderse el corpiño y escuchar:

Ahora va un tema para la vecinita que nos deja. Elisa Viltes, la hija de nuestros Naranjeros, de gira por el país, recibe una canción de parte de Leandro. "La cosa más bella", por Eros Ramazzotti. ¡Disfrutala, Elisa! ¡Disfrutala, barrio!

Rufina se asomó por un costado de la tela que separaba el dormitorio de la cocina.

—¡Escuchá, Eli! Es para vos.

Faltaba solo una decisión para cerrar la mochila: el cuaderno con el signo de Libra. Elisa pensó en llevarlo como diario de viaje, honrando el deseo de su benefactora. Sin embargo, algo en ese cuaderno con el signo de Libra en la tapa la hacía sentir estúpida.

Entre su cama y la de Rufina había un mueble hecho con cajones de verdulería donde, finalmente, Elisa Viltes

dejó el regalo. De algo estaba segura... Aunque tardara años en volver, el cuaderno seguiría en el mismo sitio, lleno de tierra, esperando.

Más tarde, después de los pastelones, Elisa se levantó de la mesa para lavar los platos. Metió las cosas sucias en un fuentón y salió, porque la única canilla estaba afuera. Desenroscó la manguera, abrió el agua. Dos ladrillos la separaban del charco que necesariamente se formaba y no alcanzaba a secarse. Nunca antes se había preocupado por la inestabilidad de aquella tarima improvisada; pero ese día fue distinto. Volvió al rancho, dejó las cosas limpias para que se escurrieran y caminó de nuevo hacia la puerta.

—¿Te vas? —preguntó Rufina.

—Acá nomás —contestó su nieta—. Ya vuelvo.

Afuera había una pila de ladrillos que Chejuán nunca llegó a usar. Elisa cargó seis hasta la canilla. Debajo había mucho barro blando así que tuvo que buscar piedras, pedazos de madera, latas aplastadas; todo lo que pudiera servir para asegurar el lugar donde, a partir del día siguiente, la vieja tendría que lavar sus platos. La luz era escasa, pero Elisa se las arregló para hacer un piso de seis ladrillos, bastante firme. Rufina no se iba a caer.

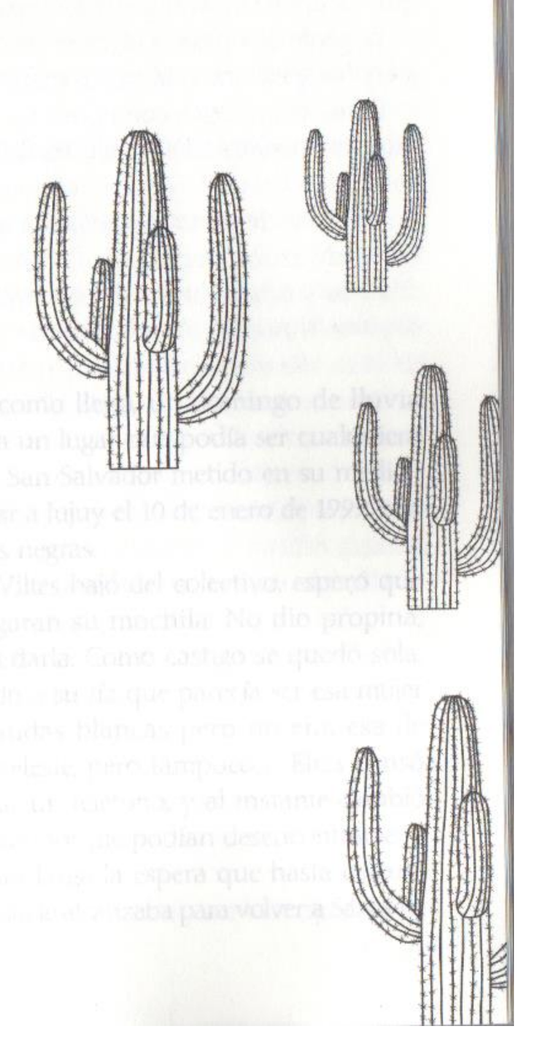
Rufina y Elisa, cada una en su cama. La luna de la villa, mirona y chusma.

—Vieja, ¿mañana me vas a acompañar a la estación?

Un cachorro de gato gimió antes de morir.

—No creo —respondió la mujer.

PARTE II
DE SAN SALVADOR AL PUCARÁ DE TILCARA



Llegar como llegó, un domingo de lluvia caliente a un lugar que podía ser cualquiera pero era San Salvador metido en su mediodía. Llegar a Jujuy el 10 de enero de 1999, con zapatillas negras.

Elisa Viltes bajó del colectivo, esperó que le entregaran su mochila. No dio propina, no sabía darla. Como castigo se quedó sola, esperando a su tía que parecía ser esa mujer de bermudas blancas pero no era; esa de vestido celeste, pero tampoco... Elisa pensó en buscar un teléfono, y al instante cambió de opinión porque podían desencontrarse.

Fue tan larga la espera que hasta calculó que la plata le alcanzaba para volver a Santa Fe.

Volver sin partir es vergonzoso. Volver como se fue, sin siquiera un centímetro más de cabello.

No quiso sentarse. Para esperar es mejor estar de pie, mirando a un lado y a otro, pero no a los hombres. ¿Para qué?, si era su tía la que iba a esperarla.

La gente que pasaba cerca se parecía a Rufina y a Chejuán. No a ella, no a Irene, su mamá rubia.

Llegar como llegó, con hambre y con sed porque en el colectivo no les habían dado nada. Entonces ella cabeceó contra la ventanilla para soñar con las facturas mallorquinas. Y se despertó pasándose la lengua sobre los labios sucios de azúcar impalpable.

Llegar y equivocarse... Porque un hombre fue a buscarla de parte de Ana María. *Hola*, sonrió y le dijo que era el novio de su tía. *Acá nomás tengo el auto*, y que se llamaba Quique.

Quique tenía una camisa ajustada y el pelo echado hacia atrás.

El olor del auto era una mezcla atroz. Nada que Elisa pudiera definir.

Ella, que conocía el resultado del hacinamiento más la humedad más los pañales, no habría podido deslindar los componentes de ese hedor con pelambre de lobo.

Quique elogió la mochila antes de tirarla en el baúl.

—Así que sos la hija de los Naranjeros.

—De Irene y de Chejuán.

—¡Qué par de muñecos!

Antes de mover el auto, el novio de su tía encendió la radio.

—¿Te gusta la música cristiana?

—No la conozco.

Quique se rio fuerte.

—Ya la vas a conocer, porque tu tía no escucha otra cosa.

—¿Y a vos te gusta?

—A la fuerza ahorcan.

Quique peleó con la palanca de cambios, y miró las piernas de Elisa.

—Este es el trío Los Evangelistas. "Camino al calvario", buen tema.

El auto avanzaba por calles tristonas y vacías.

—¿Es lejos lo de mi tía?

En ese momento, malo para casi cualquier cosa, caluroso, incómodo, Elisa sintió un dolor agudo en el estómago. Podía ser el hambre o el miedo.

—¿Puedo abrir la ventanilla?

—No, porque ahora agarramos una calle de tierra.

Entonces Elisa, que no en vano se había criado escuchando música, advirtió algo estremecedor: Quique golpeaba el manubrio para llevar el ritmo de una canción que no estaba sonando, que no era "Camino al calvario" sino su inversa: "Oiravlac la onimac".

Para salir del miedo que no entendía, Elisa buscó conversación.

—¿Quién atiende el negocio cuando mi tía da clases?

—Te explico... El negocio no te pide que estés ahí todo el día, porque las clientas tocan el timbre. Eso sí, desde que yo estoy se acabó eso de andar llamando a cualquier hora para comprar una chuchería. Que Ana María necesito un metro de elástico, que Ana María quiero algo

para el cumpleaños de una nena. Yo le prohibí a tu tía atenderlas. *¿Estás loca, vos?, nos vamos a privar del descanso por estas guanacas, ¡que vengan a otra hora!*

Una profesora de inglés, con un lindo departamento y un negocito.

Elisa estaba a punto de conocer otra forma de la mentira, y distinguirlas de esas que Irene y Chejuán contaban cuando el baile se les alargaba un par de días.

Teacher, department, nice little deal.

La verdad era una hoja escrita a mano, *Se da clases de inglés*, pegada en la ventana, la misma que golpeaban las clientas cuando necesitaban un metro de elástico. La verdad era el primer departamento de un pasillo lleno de cachivaches, y un barrio que se sostenía gracias al empecinamiento de algunas mujeres que luchaban a brazo partido por ser de clase media. Para eso barrían las veredas rotas, y mandaban a sus hijos a aprender inglés con Ana María.

Will you play tennis tomorrow?

Una de las primeras cosas que Ana María le hizo saber a Elisa fue que, ese domingo, habían dejado de asistir al culto para esperarla.

—Y no sabés lo larga que se me hace la semana cuando, por hache o por be, no podemos ir.

Así, con esa cristiana recriminación, arrancaba su nueva convivencia. Pero Elisa se aferró a la alegría de tener agua adentro de la casa, y ducha, y una pieza para ella sola.

—Acá guardo las cosas del negocio y lo que Quique se trajo —le dijo Ana María—, pero espacio tenés.

—Sí, gracias.

—Bueno, acomodate tranquila.

Cuando Ana María salió del cuartito en penumbras, ni el agua corriente fue bastante. Elisa escuchó, nítida, la voz de su instinto.

Dale, Eli, volvamos al barrio. Tenemos plata para el pasaje.

Pero, aunque escuchó, no fue capaz de obedecer.

Enseguida pensó en Beatriz. ¿Cómo le diría que ni siquiera lo había intentado?

Pero la idea que marcó la voluntad de Elisa, *me quedo*, fue la consumación de un castigo. La hacía verdaderamente feliz imaginar a Irene del otro lado del teléfono, recibiendo la noticia de su viaje. Podía verla carajeando adentro de su vestidito, no por amor sino por rabia, celosa de que otra se subiera al escenario. En esa imagen se sostuvo la permanencia de Elisa Viltes en Jujuy. Mala intención apetitosa para los demonios.

La semana fue mejorando. Hubo ratos amigables. Elisa tomó mate con su tía y se enganchó con la misma novela. Atender a las clientas le enseñó una cara de la infancia que ella solo sospechaba: *buenos días, ¿qué necesita?, aquí tiene, gracias, hasta luego.*

Quique aparecía y desaparecía sin horario fijo.

Los escasos alumnos de inglés eran niños que, durante tres horas semanales, jugaban tenis, tenían abuelas que resultaban ser las mejores cocineras del mundo, padres que hacían negocios, madres que iban al teatro y, *very good*, pequeños perros de color blanco.

Los primeros días de Elisa Viltes en San Salvador resultaron un eficiente engaño. Ana María estuvo de buen humor, resultado directo de la atención que Quique le dispensaba.

—Tía, ¿me vas a enseñar inglés?

—*I love God*.

—¿Qué significa?

—Yo amo a Dios.

Ese viernes, su tía le avisó que tenía una reunión de mujeres en el templo, así que la dejaba sola por un par de horas.

—Aprovechá para limpiar la cocina. Sobre todo abajo de la pileta, y donde están las ollas. Hace rato que no toco eso.

—Bueno.

A Elisa le gustó la idea de tener toda la casa para ella.

—El Quique me pasa a buscar por el templo y volvemos juntos. ¡Chau!

Una semana antes, Elisa Viltes había tomado un colectivo que la alejó de Santa Fe, que la llevó a San Salvador. Ese día, viernes ya atardecido, se embarcó de nuevo, montada en la joroba de la locura.

Tal vez, si no le hubiera dado por prepararse una taza de mate cocido con leche y sentarse a ver tele, las cosas habrían sido distintas. Pero el *tal vez* de los cristianos es el *no* de los diablos.

Sin sacarse las zapatillas, Elisa puso los pies arriba del sillón. Prendió la tele sin ningún interés particular, porque

lo importante no era el programa sino el rato de ser señora de una casa con pisos de baldosas. La pantalla demoró antes de mostrar al Coyote, poniendo un guante de boxeo en el extremo de un resorte que dispararía, certeramente, al paso del Correcaminos. Elisa sonreía. El mecanismo criminal se atascó. Elisa sonreía. Malvado Coyote investigaba el problema cuando, ¡pum!, la trampa se disparó contra su hocico.

Elisa tuvo un repentino escalofrío. Y la sensación de una mirada en la habitación.

Pero el Coyote ya había diseñado una serie de palancas encadenadas cuyo resultado final sería la muerte segura del ave. Elisa quiso sonreír... Sin embargo, cuando una gran roca aplastó al Coyote contra la arena, la mirada volvió a moverse. ¡Pobre Coyote!, explosivos, motosierras, falsos carteles y, al final, un abismo donde se estrellaba.

La mirada sonó como un siseo. Elisa giró hacia un Jesús fotocopiado y vuelto a clavar, esta vez con chinches. No era de él la mirada... Se puso rígida de pies a cabeza. Ya no importaba la pantalla porque la amenaza era cierta y se movía por la habitación, a ras del suelo. Ni Jesús, ni Quique, ni su tía... Dos ojos circulares delante de un cuerpo alargado se detuvieron en ella, sin prestarle atención a la súplica: *Andate, por favor, andate*. Al contrario, la mirada se separó un poco del suelo. Elisa escuchó la puerta del pasillo y pidió ayuda, pero solo hubo silencio, silencio de la serpiente. Acurrucada en el sillón, Elisa Viltes tiritaba. Los minutos se hicieron valer, uno tras otro, como vengándose del trato desdeñoso que reciben cuando la muerte parece lejana.

Minutos aceitosos para un solo de serpiente.

Elisa Viltes estaba mojada. Su estómago y su corazón eran un mismo órgano desacompasado. En la pantalla asomó el inspector Gadget, atronó Dragon Ball: la fuerza y la astucia estaban del otro lado de la realidad. En aquella habitación atardecida, una frente a otra, Elisa y la serpiente.

La puerta se abrió de golpe. La primera en entrar fue Ana María, canturreando un hit del trío Los Evangelistas. La sorprendió ingratamente ver a Elisa en penumbras, frente al televisor.

—¿Qué hacés ahí? —y encendió la luz.

Elisa señaló desde su sitio, esperando una reacción que no llegó.

—Quique, una bicha —anunció Ana María y se fue a su dormitorio.

Quique miró a Elisa con burla.

—Estas no hacen nada —dijo.

Salió y volvió enseguida con un aerosol y una escoba, armas con las que, cobardemente, anuló y aplastó al animal.

—Traé una hoja de diario.

Elisa fue a la cocina y buscó lo que le pedían.

Envuelta en el suplemento de espectáculos, *unas 35.000 personas concurrieron al estadio de Racing Club para volver a ver a la banda, liderada por el Indio Solari,* quedó una serpiente tan aplastada como el Coyote, *todos comenzaron a cantar y la celebración pagana ya no se detuvo.*

Durante la maniobra de limpieza, Elisa notó los ojos de Quique sobre ella. Apenas terminada la tarea, el hombre

se fue detrás de Ana María. Elisa oyó el cuchicheo, después los pasos rápidos de su tía.

—Me acaba de decir el Quique que tenés sangre en la pollera. ¿Me querés decir por qué no te cambiaste?

Elisa quiso explicar que había sido el susto, que no se había dado cuenta.

—Eso acá no, mijita. No sé en la villa, pero acá no. ¡Andá a cambiarte, querés!

Mientras se bañaba, Elisa escuchó la voz de su tía.

—¿Qué querés? Con la madre que tiene.

ABEL MORENO

Un ojo y otro no son para lo mismo. El ojo derecho es el que ve lo bueno. El ojo izquierdo es el que ve lo malo; lo ve y lo recuerda. A mí me gustaría ser tuerto, pero no soy. Tengo tos, sarpullido y dos ojos.

Buenas, me dijo.

El sarpullido empezó a arder.

¿Anda por acá Miguelito?

No lo he visto.

Cuando el muchachón se me puso enfrente, acuclillado, vi con mi ojo izquierdo lo que no hubiese querido ver ni recordar. ¿Por qué se me fue la memoria a la casa de doña Margarita? En ese momento no lo supe.

Una casona bien puesta la de doña Margarita; de las mejores de por acá en su tiempo, para que la familia viniera de vez en cuando a descansar de la ciudad.

Y no era la única que tenían aquí en Tilcara, también era de ellos el viejo edificio de Los Coloniales, la proveeduría con la que empezaron a hacer fortuna. La verdad, fue mérito del padre de doña Margarita, mejor contrabandista que almacenero. Ahora tienen mucho, y hasta parte de los cerros. Cuando me lo dijeron me tuve que reír: *¿Y les han avisado a los cerros que tienen dueño?*

Cosa de veinticinco años atrás, cuando Los Coloniales ya había cerrado y yo todavía me arreglaba haciendo changas, le trabajé el jardín de la casona. Iba a limpiar, a podar y a fumigar el bicherío... Para ese entonces, doña Margarita ya era viuda y pasaba en Tilcara algunos días con su hijo, su nuera y el nieto.

El nieto era de un porte lindo para los añitos que tendría, calculo tres o cuatro. Le gustaba mirarme trabajar y preguntaba que esto, que aquello. Hijo único de ricachones, uno pensaría que era feliz. Pero no parecía, y más de una vez lo vi moreteado. Doña Margarita me explicaba de caídas en el triciclo porque, según decía, su nieto era un salvaje. Si era cierto o no era cierto, nunca lo supe.

Para ser sincero, ver, lo que se dice ver, solamente una tarde...

El hijo de doña Margarita andaba bien revuelto y a las palabrotas con su mujer. Doña Margarita, en misa. El chiquito alrededor mío. Me pidió una flor. Había tantas que le di un pimpollo y él se lo puso en el pelo. Cuando lo vio el padre, se le vino encima como perro rabioso y lo alzó por un bracito, que yo creí que se le iba a quebrar.

¡Mariquita! ¡Mariquita!, le sacó la flor. *¡Mariquita!*, y se la metió en la boca. *¡Ahora comela, mariquita!*

¡Qué cosa triste ver a un niño masticando un pimpollo!

¿Así que no lo vio?, me preguntó acuclillado enfrente mío. *¡Qué raro!, porque hace un rato me dijo que venía para acá.*

Él dice una cosa y hace otra, le contesté.

El muchacho se levantó como para irse, pero a los pocos pasos se volvió.

¿A usted le pasa algo con nosotros?

Era pura amenaza.

¿Sabe de quién soy hijo?

Me acobardé. Le dije que no me pasaba nada con ellos, le dije que si veía a Miguelito le iba a decir que lo andaban buscando.

Después del día de la serpiente, las cosas cambiaron en la casa de Ana María. Tempranamente arrepentida de su arrebato, la tía de Elisa iba de la mortificación a la ira. Algunos días, sobre todo cuando iba al culto, aceptaba la carga que ella misma se había impuesto. Pero otras veces, agriaba el trato hacia su sobrina hasta el límite de un encontronazo. Por su parte, Elisa empezó a salir a menudo: buscaba trabajo afuera, recorría las calles entre el departamento y su destino; entre San Fe y Santa Salvador.

Cuatro meses más tarde, pleno mayo jujeño, el malestar de Ana María era evidente, y empezaba a insinuarse en la lengua.

Rubita envalentonada por las hormonas de los quince, Elisa hubiese podido volver a Santa Fe, pero no lo hizo. Al contrario, sacó el pico, sacudió las plumas de la cola. Ya asentada en un circuito de planchado por hora, con alguna amiga cosechada en la calle y ahorros escondidos, la sobrina de Ana María no se dejaría expulsar así como así.

—Viste lo que dijo la gitana... Ella te hizo venir, ¡ahora que se aguante!

Noelia era sirvienta en la misma casa donde Elisa planchaba y, en esa ocasión, hacía referencia a una tiradora de cartas cuyas lecturas eran determinantes en las voluntades de las dos jóvenes mujeres.

—Encima, habla de mí en inglés —dijo Elisa—. Yo me doy cuenta.

—Vos hablale al revés.

—¿Al vesre? —preguntó Elisa.

—No, al revés de verdad. Como los satánicos.

—Es difícil.

—Yo tuve un novio que hablaba así —Noelia recordó—: El muy guacho me decía cosas chanchas adelante de mi vieja.

—¿Vos decís que me quede? —Elisa seguía en lo suyo.

—Más bien.

—Me quedo hasta juntar una plata.

—Más bien —y Noelia citó palabras de la gitana—: A perra, perra y media.

Cualquiera que se haya asomado al alma humana sabe que la maldad se alimenta de maldad, o muere. Para ejercer el mal, la mayoría de nosotros debe alcanzar cierto

estado de ofuscación durante el cual realizamos no solo el daño imprescindible para conseguir nuestros fines, sino algo más. Se trata de acciones carnavalescas, innecesarias a simple vista, pero esenciales para agitar la cola de demonio que ocultamos.

Elisa Viltes tuvo que hacerlo y encontró el modo: sus bombachas en el baño. Lavadas o usadas, tiradas en un rincón o colgadas de la ducha, las bombachas de Elisa desquiciaron a Ana María y envalentonaron a Quique.

Al fin, la villerita había aprendido de los poetas el poder de una metáfora.

En cuanto a los diablos, no se hicieron ver ni se escucharon. Pero eso, lejos de significar "aleluya", era señal de que trabajaban por dentro, transformados en topos de la carne espiritual. Aprovechando a los presentes y a los ausentes, ellos escogieron los trabajos adecuados para el propósito que los guiaba: la soledad.

OJABART ED AL ALAM AVEUN

Significa que la víctima se quedará sin enemigos y, entonces, perderá el rumbo. Sabemos que cuando los enemigos dejan de ser categóricos, la soledad se acrecienta.

Sin saberlo, Ana María inició el Trabajo de la Mala Nueva.

—Parece que tu madre está internada en Paraguay.

Elisa tuvo un tiritón.

—¿Por qué?

—Estaba embarazada y tuvo una pérdida con mucha hemorragia —no había ninguna piedad en la voz—. Yo pienso que mi cuñadita estaría bailando.

Elisa calculó la hora para asegurarse de que Rufina hubiese vuelto del trabajo, y fue a una cabina.

Mientras esperaba, imaginó al hijo del carnicero corriendo hasta el rancho. *Doña Rufina, la llaman de Jujuy. Dice mi papá que se apure.* Le dio dolor pensar en la vieja sosteniéndose el pecho para andar más rápido.

—Hola, vieja.

—Hola.

Elisa llamaba a su abuela todos los viernes. Pero era miércoles esa vez.

—¿Qué pasó con la Irene?

Tristemente, Rufina repitió las palabras de Ana María.

—Estaba embarazada y perdió... ¡Bailando habrá sido!

—¿Está internada?

—Así parece.

Así parece, bailando habrá sido... Palabras que desdibujaron los carriles que Elisa tenía trazados. De pronto, el límite era confuso porque, al fin de cuentas, quién carajo era Ana María para hablar mal de Irene. Hasta Rufina habló como si no le importara. ¿Y si Irene se moría? ¿Si se moría su única madre?

El objetivo del trabajo estaba logrado. Elisa Viltes, hija de Irene y de Chejuán, había perdido la simetría que toda alma necesita para recorrer el recto sendero.

Y en caso de que algo faltara, ese algo pasó.

—Hola, ¿estará Beatriz?

—¿De parte de quién?

—De Elisa.

—Ya te la llamo.

Le hacía falta la voz de la voluntaria.

—¡Elisa querida! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vos?

—Contenta... Armando el escenario porque viene a cantar un grupo de folclore. ¡Te imaginarás la alegría de las chicas!

—¡Qué lindo!

—¿Y vos? —Beatriz estaba un poco apurada.

—Bien, bien.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Era para saludar nomás.

OJABART ERBOS AL AIRUJUL LED NAZALA

Significa que la bestia vencerá al hombre.

Valiéndose de la amargura, de la inconsistencia entre el alma recibida y la vida verdadera, del abismo entre la melodía del sueño y la estridencia del día, la bestia doblegará toda ternura. Y esa es otra forma de soledad.

Quique fue reconocido por los diablos como un buen candidato para realizar el Trabajo de la Lujuria del Alazán.

De tanto tenerla cerca, mañana, tarde y noche, Quique no pudo menos que taladrarle el trasero con esa mirada del linyera que aún no se resigna. No pudo menos que pensar en la piba durmiendo en el cuartito contiguo cada vez que Ana María se ponía cariñosa.

A lo mejor, la mujer con la que noviaba desde hacía siete años se daba cuenta, pero no dijo nada.

Aun así y hasta ese día, el hombre se había sujetado. Fue cuando Elisa se agachó para buscar unos zapallitos en la heladera que no tuvo manera de quedarse quieto.

Desde el comedor llegaba la cantinela en inglés.

Quique se tomó de un trago lo que le quedaba en el vaso y se le fue encima.

—Sos linda.

—Salí.

—Dejame…

—Salí.

El forcejeo silencioso hizo tambalear la heladera.

—¿Qué te pasa? —la voz de Elisa replicaba su repugnancia.

—Dejame, y te doy una platita para que te comprés algo.

El sonido de las sillas en el comedor avisó que la clase se terminaba. Quique reaccionó con velocidad. Volvió a la silla, llenó el vaso.

—¿Pusiste a hervir los zapallitos? —Ana María entró a la cocina preguntando.

—Ahora lo iba a hacer.

—¡Dejá! Dejá que lo hago yo.

Cuando Elisa salió, Quique sacó los ojos del círculo de vino tinto.

—Con esta piba ya no se puede vivir.

NU OJABART ODAMALL OGEUF OUTAF

Por este trabajo habrá ira y estridencias, imprecaciones, destrozos, llamaradas.

Antes y después de la internación de Irene, sospechando o no el asalto en la puerta de la heladera, harta de todos modos, Ana María empeoró su trato hacia Elisa que, por otro lado, se iba casi todo el día, ayudaba menos,

contestaba más, no colaboraba ni con un kilo de yerba. Y dejaba, limpias o usadas, sus bombachitas en el baño.

Por eso es posible decir que aquel estallido se fue gestando a través de las semanas en espera de que pasara una mosca. Una mosca insistente, la que olió desde lejos la comida, la que se burló de los manotazos y se posó sobre los labios.

—¿Vos me tomás por boluda? —Ana María arrancó alto, sin otra posibilidad de subir que no fuera la humillación creciente—. Escuchame bien, ¡yo no soy Rufina! A ver si creés que te traje a mi casa para ser tu sirvienta. No, querida… Para que sepas, no me dediqué a mover el culo como tu madre. Me rompí el alma para tener lo que tengo. ¿Qué te pensás que es la vida? ¿Una cumbia? —por fin, Ana María alcanzó la ira necesaria para decir lo más importante—: Te mandás a mudar, ¿escuchaste? Sacate el pasaje mañana mismo, y te volvés a Santa Fe.

Pero cuando Elisa se lo contó a Noelia, el diablo halló la oportunidad para interponer sus recursos.

—No tengo ganas de volver a Santa Fe.

—No volvás.

—Pero me echó, Noli, ¿qué querés que haga?

Noelia, doméstica también, con dos hijos de distinto padre, expresó su propio deseo.

—¿Por qué no te vas a Tilcara?

Y los deseos de los otros suelen ser buenos atajos para los perdidos.

—Si yo pudiera —se sinceró Noelia—, me iría ya mismo.

—¿Y cómo es? —preguntó Elisa.

—Tilcara es lo mejor del mundo.

Tilcara. La palabra que Elisa jamás había escuchado se llenó de recortes de revistas, de conceptos legendarios y, sobre todo, de expectativas ajenas: siete colores, muchos europeos, a vos que sos rubia te dan trabajo en algún bar, allá me levanté a un español, ¡no sabés lo hermoso!, y está acá nomás, cerquita.

—Pero no conozco a nadie —dijo Elisa.

—Yo te doy una dirección... Vas de mi parte.

—Es la mamá de un ex mío —siguió diciendo.

—¿El que hablaba al revés?

—No, otro.

Noelia decidió que lo mejor sería preguntarles a las cartas. Dicho y hecho, una específica combinación de naipes, primacía de oros y un caballo flanqueado por dos sietes fueron el argumento más sólido. *Acá te aparece un viaje y un hombre joven.*

Nunca sabremos si Noelia obró con conocimiento de la trama total o si, en cambio, alguien le tomó prestada la lengua. De un modo o de otro, se podría afirmar que fue el mejor trabajo de los diablos.

ABEL MORENO

El mal, como planta que es, no se está quieto. Crece. Y si encuentra buena tierra, arma un zapallar en poco tiempo. El bien, si me permiten, es de esas plantas difíciles, que por cualquier descuido se secan o se pudren.

Aquí lo vimos crecer, al mal. En un principio, parecía lo de siempre... Contrabandearles a los gringos, emborracharlos, hacerles creer que habían fornicado con la Pachamama. ¡Cosas bien sabidas! Pero estos que llegaron y se pararon enfrente mismo de nosotros, y miraron a Miguelito, fueron de más en más.

No todos eran iguales ni buscaban lo mismo. Pero se daban el brazo en el carnavalito.

Yo, que no soy santo, distingo entre el mal obrar por necesidad del mal obrar por puro gusto. Porque, digan lo que digan, no es igual degollar a un novillo para comerlo que para bailar alrededor.

Estos no eran malos por necesidad. Estos, cada uno a su manera, eran de los otros.

Y con ellos andaba Miguelito.

De vez en vez, el bobo pasaba frente a mi puerta. Yo lo llamaba.

—¡Eh, Miguelito! —y le hacía señas para que se acercara.

Pero se encogía de hombros, y seguía de largo como si no me conociera. Aquel día le ofrecí torrejas y se me acercó.

—Tengo novias —me dijo—. Y voy a tener una moto, brummm. Si quiere lo llevo a pasear.

Me alegró saber que algún cariño me guardaba.

—¿Por qué no venís a regar?

—Tengo mucho trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Mucho... Avisar, llevar, traer.

—¿Y qué llevás, Miguelito?

—Cosas, paquetitos, chicas a la casa.

—¿Qué casa, Miguelito?

—También compro maní con cáscara para el Nerio.

ELISA

Martín pertenecía al tipo de gente que se toma a pecho la juventud. Ser joven suponía un listado de derechos y deberes, de compromisos que él honraba, y de posibilidades que no estaba dispuesto a desperdiciar.

Acababa de llegar desde Buenos Aires, y tomaba un café con leche en el bar de la terminal de San Salvador de Jujuy. Sorbía cuando la vio. La piba flaquita y de cabello rubio caminaba muy despacio, con la tristeza marcada a lápiz sobre cada uno de sus rasgos.

Era linda, pero no fue eso lo que más llamó la atención de Martín sino su trágica

manera de andar, como si fuera parte de una procesión invisible.

Elisa caminaba despacio. Gracias a eso, Martín tuvo tiempo para sonreírle. Ni la sonrisa cervecera de los pibes de la villa, ni la sonrisa prudente de Beatriz, ni los dientes pusilánimes de Ana María. Otra sonrisa.

El viajero traza su recorrido, pero eso es nada. Los caminos no responden a una sola voluntad. Igual que una serpiente entre muchas, cada camino se retuerce, se aparta, se apura, según hagan los otros.

Martín no estaba preparado para que Elisa se quedara mirándolo.

—¿Querés? —señaló el plato en el que quedaban dos medialunas.

Elisa separó los labios.

—Sentate.

El pibe, hijo de dos contundentes doctorados en Ciencias Sociales, comenzaba un viaje perfecto, con el justo porcentaje de riesgo y de respaldo paterno.

Cuando, a poco de empezar la conversación, supieron que ambos iban a Tilcara, a la misma hora y en el mismo colectivo, se miraron distinto.

Milímetros hacia el lado del exceso, un poco al oeste, un poco a la izquierda, un zigzagueo impensado, empinándose hacia valles altos; de un modo o de otro el viaje se torcía.



Un libro sobre la mesa llamó la atención de Elisa. Martín lo giró para que pudiera leer el título:

—*Música mala* —le pareció gracioso—. A mí también me gusta leer —dijo.

—¿Por ejemplo?

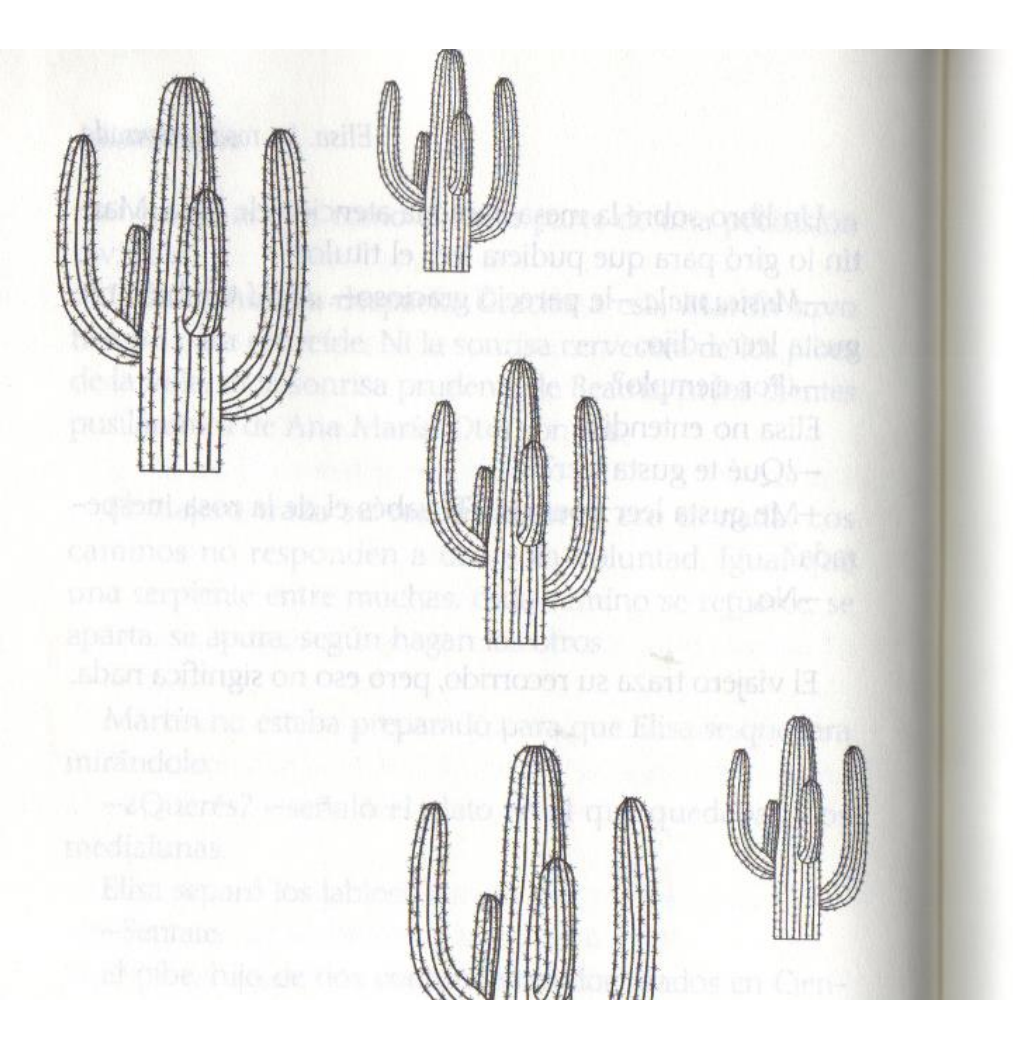
Elisa no entendió.

—¿Qué te gusta leer?

—Me gusta leer poemas. ¿Te sabés el de la rosa inesperada?

—No.

El viajero traza su recorrido, pero eso no significa nada.



PARTE III
POR LOS CORREDORES DE UNA AMENAZA

ELISA

Bajaron en la terminal de Tilcara un día soleado. Se miraron y sonrieron.

Pobre Elisa, ignorante de lo que cualquier viajero debería saber... Saber que el elástico se estira siempre atado a la pata de una mesa. Saber que pocos consiguen cortarlo. Más probable es que, un día cualquiera, la atadura ejerza una fuerza contraria y acabemos despedazados contra el sitio del cual partimos.

Durante el viaje apenas hablaron. Buena parte, la pasó Martín cantando en voz baja.

Bajaron en la terminal de Tilcara, cargaron las mochilas, se miraron y sonrieron. Fue aquella una hermosa sonrisa recién llegada.

—Bueno, ahora voy a buscar alojamiento.

Martín creyó que aquella frase era el inicio de la despedida.

—Yo tengo la dirección de una señora —Elisa estaba orgullosa de poder asistirlo—. Es de acá y conoce muchos lugares.

Ni sí ni no ni blanco ni negro, Martín demoró la respuesta. *Podría ser, ahí vemos, si querés caminamos un poco.*

Ninguno de los dos tenía apuro, así que caminaron hacia la plaza central.

Ahí estaba Tilcara, con sus recorridos posibles. Jornadas para los unos, jornadas para los otros.

Por eso, y pese a los kilómetros, Elisa Viltes iba a encontrar en Tilcara sus caminos habituales, las orillas que acostumbraba transitar.

No estaba en un nuevo mundo. No se cruza el mar en colectivo.

Un conchabado del diablo les clavó los ojos. Para eso estaba, para eso le daban monedas, le daban vinito, y lo dejaban pasar la lengua por el cuerpo de sus mujeres.

El bobo hacía con entusiasmo el trabajo que le tocaba. Cierto que debieron adiestrarlo. Pero él aprendió rápido, gastando en ese papel la pizca de agudeza que le había tocado.

Miguel María Tolosa era el bobo patrimonial, herencia de una consanguinidad antigua y obligada.

—¿Te gustan las chicas, Miguelito?

—Me gustan.

—¿Y si te conseguimos una novia con tetas grandes?

—Me gusta... ¡Conseguime!

Con su gorro coya y saltarineando, Miguel María Tolosa parecía salido de un tapiz. Por eso resultaba ideal como mandadero, y como anzuelo para los que buscaban el octavo color del cerro.

—Y una moto, ¿te gustaría tener una moto?

—Brummmbrummm.

Su jefe manejaba negocios variados, rubros que, aunque se tocaban en algún punto, mantenían cierta independencia; desde el alquiler de habitaciones para una clientela afín a las experiencias turísticas no convencionales hasta la venta de objetos contrabandeados. Sin embargo, la organización de fiestas era la estrella de la empresa.

Martín y Elisa bajaron de un colectivo blanco en la terminal de Tilcara. Miguel María Tolosa los siguió. Se detuvo mientras compraban una tortilla rellena y continuó, tras ellos, hasta la plaza central. Los recién llegados se sentaron en un banco cerca de los puestos de artesanías. El bobo, en cambio, se quedó saltarineando. Preparando su cara, estirándose hacia las orejas el gorro coya.

—Hola, hermanitos.

—Hola —respondió Martín, como si Tilcara entera lo hubiese saludado.

—¿Recién han llegado?

—Sí, recién.

—Les va a gustar acá, es lindo.

A diferencia de lo que habitualmente hacía, Miguel María Tolosa habló mirando a la mujer. Muchas veía de cabello rubio, pero esta era la más linda de todas.

—Yo no estoy triste de ser bobo. Mi madrina es coplera y me dice que el bobo es el único hijito de la Pachamama que nunca la deja sola. Nunca, porque el bobo no se casa ni se va a la ciudad.

Martín se aseguró de guardar esa frase en la memoria: el primer suvenir para el regreso.

—Y también trabajo —siguió diciendo Miguelito—. Tengo unos amigos que dan casa y comida. Si ustedes vienen y les gusta, se quedan y yo gano una propina.

Martín miró a Elisa.

—Pero vos ya tenés una dirección.

—Voy después —dijo ella.

—¿Es lejos? —preguntó Martín.

—No —el bobo le sonrió a la chica—. Acá nomás.

Nadie que habite en este mundo, solo el Dios de los cielos, si es que el cielo existe, señalaría con precisión la palabra que abrió la puerta por la que entraron los diablos. Pudo ser la respuesta de Elisa: *Voy después.* Pudo ser algo dicho antes: *¿Por qué no te vas a Tilcara?* O antes: *Te mandás a mudar, ¿escuchaste?* Pudo ser un comentario telefónico: *Contenta. Armando el escenario porque viene a cantar un grupo de folclore.* O el anuncio de un altoparlante: *Ahora va un tema para la vecinita que nos deja.* Pudo ser un saludo: *¿Cómo andá, Eli?* O antes: *Son como facturas que hacen en un lugar que se llama Mallorca.*

La prima de la señora dijo que en el Hogar te portás bien.

La cosa es que yo me encerré en el 83, cuando todos salían a pasear. ¿Qué mirás, nena?

Pero tampoco es desechable la idea de que pudo ser antes de todo eso, en un baile, con dos mocosos que tenían catorce años de pobres.

—¿Cómo te llamás?

—Juan José. Pero me dicen Chejuán.

—¿Por?

—Por los pibes que me llamaban a cada rato: *Che, Juan.* Y me quedó.

Al rato, estaban potreando en la esquina del baile. La cumbia, buena para seguirle el compás. Dos o tres veces parecidas a esa fueron bastantes para que Irene quedara embarazada.

En la villa hay costumbre de hacer espacio, correrse un poquito para que entre otro. Eso pasó en el rancho de Rufina. Primero fue Irene. Meses después, Elisa. Y para fortalecer la promiscuidad, llegó la cumbia, insolente y escotada.

ABEL MORENO

Ese día vi pasar a Miguelito con los dos turistas.

Lo llamé y se hizo el sordo. Lo llamé otra vez. Entonces se vino con cara fea.

—Hoy no le riego —dijo.

Mi interés no era que regara la calle sino enterarme. No por nada, a los viejos se nos pone el cuerpo como el signo para preguntar.

—¿Qué andás haciendo con los turistas?

—Les voy a mostrar para que alquilen.

—Mirá vos. ¿Y dónde?

Era bobo pero no tonto, y se calló la boca.

—Usté habla mucho.

Se notaba a la legua que esas palabras no eran de él.

—¿Y quién dice eso?

Pregunté y alcé la vista para mirar a los recién llegados, que esperaban sin impaciencia. Por eso me cayeron bien. La impaciencia es una mala costumbre, una insolencia. Pero estos dos estaban tranquilos... El muchacho, bien puesto. La piba, linda y con bolso gringo.

Suerte que el cielo los mandó por este camino. ¡Alguna ayudita tenía que darles! Porque, siendo justos, los diablos existen porque existe Dios.

ELISA

Martín había viajado a Tilcara para ejercer su juventud, y anduvo con Elisa al lado, escuchando las cosas que Miguelito contaba a toda lengua.

—Acá —dijo el bobo.

La casa tenía mal aspecto, pero eso no era importante. Elisa se quedó mirando una ventana tan sucia que era imposible ver del otro lado.

Miguel María Tolosa mantuvo el timbre apretado durante un rato largo, casi hasta que se abrió la puerta. El que salió era joven, olía a colonia recién puesta, tenía una remera con la cara del Che y una mirada afable.

—Hola. ¿Buscan alojamiento?

—Sí —Martín quiso dejar claro lo de la comisión—: Miguelito nos trajo.

—¡Miguelito es nuestra agencia de turismo! —y tras el comentario, perfecto para derribar cualquier atisbo de desconfianza, extendió el brazo—: Pasen, pasen. Soy Nerio.

Pasaron. La puerta se cerró detrás de ellos.

El anfitrión caminó adelante.

—Pasen que les muestro la habitación.

Martín se apuró a corregir el malentendido:

—Tienen que ser dos —dijo, sin mirar a Elisa.

—¿Dos?

—Porque no venimos juntos, nos conocimos en la terminal —Martín no desperdició la posibilidad de dejar claro que no quería más carga que su propio equipaje.

—Tienen suerte. Las dos habitaciones que alquilo están libres.

Entraron a una sala amplia que, a juzgar por la densidad del aire, nunca se usaba. Casi en el centro había una mesa de madera pesada, sin sillas alrededor. Contra una de las paredes, un aparador antiguo, de esos con puertitas de vidrio para lucir copas. Pero en el lugar de la cristalería había un amontonamiento de bolsas de nailon, cables, herramientas… Un lugar que, a juzgar por el color de sus fantasmas, no recibía sol.

De camino al dormitorio, pasaron por la cocina.

—Estamos haciendo un guisito —dijo Nerio—. Si se quedan, les convidamos—. Los miró con fingida seriedad y

enseguida delató la broma—. Y si no se quedan también, ¡para eso estamos en el norte!

El primer dormitorio que les mostró conservaba cierto decoro. Una cama de bronce, una cajonera con un espejo apoyado encima. Y justo en mitad del respaldar ennegrecido, una foto antigua, bien enmarcada.

—Esta casa era de mis abuelos —dijo Nerio—. ¡Las veces que habré saltado en ese elástico! Que es el mismo donde murió mi abuela…

Una nueva broma, que Nerio coronó con una carcajada.

El otro dormitorio tenía una cama chica pero, a su favor, más luz y menos vejez.

—Yo me quedo con este —Martín disfrazó sus intenciones—. Así Elisa tiene la cama grande.

¡Caballerazo!, se relamió el diablo que, en esos pequeños actos, conoce a la gente.

Nerio avanzó con las comodidades.

—Hay un baño para las dos habitaciones. Pueden usar la cocina. Y hay un lavarropas que cumple.

El precio era más que razonable. Los dos viajeros aceptaron quedarse.

—Muy bien. Acomódense tranquilos y, cuando quieran, van para la cocina a comerse un guiso.

Llegaba, para Martín y Elisa, el momento de la separación más categórica; la que tiene lugar en los hoteles, cuando cada quien se va a su habitación.

—¿Me podré bañar primero? —preguntó Elisa.

—Claro.

Cuando Elisa se alejaba, Martín observó detenidamente la mochila.

—¿Y esa bandera? —le preguntó en voz alta.

—¿Cuál? —Elisa se detuvo, ilusionada.

—En la mochila...

—Ah. Me la regaló la patrona de mi abuela.

—¡Ni yanquis ni patrones! —Martín sonrió ante la muda confusión de Elisa—. Dale, andá. Después te explico.

Tenía tanto para explicarle a esa bella criatura marginal, a esa agraviada. Estuvo a punto de acercarse y besarla, pero tenía hambre así que lo dejó para después.

Cuando Martín entró a la cocina Miguelito ya no estaba. En cambio había dos pibes más, aparte de Nerio.

Uno de muy baja estatura.

—Moris.

—Hola —Martín pensó que aquellos ojos se veían rosados a causa de la luz.

—Orestes —se presentó el otro—, cocinero oficial de la casa.

—Entonces hay que llevarse bien con vos —Martín era bueno para adaptarse.

Sin rodeos, como entre hombres, la conversación fue al punto interesante.

—¿Así que no tenés nada que ver con la piba?

—Nada. La conocí en la terminal de San Salvador, y tomamos el mismo bondi.

Soledad de Elisa. La posibilidad de que el alquiler de una habitación se transformase en un negocio de otro rango.

Se hizo silencio cuando Elisa entró a la cocina. Era linda más allá del jean ajustado y la remera blanca con un corazón negro en el centro.

Orestes saludó con la mano y se puso a servir la comida.

—Este plato es el de la señorita —siempre que servía su comida, esmeraba la voz.

—Que no se enfríe —intervino Nerio.

Parecía difícil que se enfriara aquel mejunje espeso de porotos, fideos y carnes. Allí dentro, cualquier cosa podía ocultarse, una cebolla enmohecida, un pequeño alacrán, un dedo humano.

Para Elisa se trató de una comida casi habitual. Martín sintió orgullo de estar tragando el sabor grasoso que, a diario, consumía el pueblo. Por otra parte, el vino era aceptable.

Un vaso, otro. Y el trotskismo era la única salida. Un vaso más para explicarles por qué Menem no representaba una verdadera opción popular.

Nerio y Moris aparentaban escuchar con atención. Orestes, en cambio, mostraba sin pudor su aburrimiento.

Otro vaso de vino. Y para entonces, Elisa cabeceaba. Orestes la señaló.

—Pobrecita, está igual que yo.

Martín le tocó el hombro.

—Elisa, andá a acostarte.

¿Qué podía objetar Elisa, sola en Tilcara?

—Bueno.

Nerio se dirigió a Moris.

—Dale unas revistas para que mire.

De camino a la habitación que Elisa tenía asignada, Moris hurgó en un destartalado revistero de mimbre.

—Tomá.

Por primera vez Elisa lo veía de cerca, y no pudo disimular su sobresalto.

—Sí, son rosados —dijo Moris—. Por una enfermedad que tuve de chico.

Elisa pateó las ojotas y se tiró en la cama sin desvestirse. Después de un escalofrío, sintió los ojos cargados de arena. Se pasó la mano por la frente, mojada de sudor frío, y la palma tomó un color amarillento. Ahora no. Ahora no podía enfermarse. ¿Cierto, Rufina? Como siempre decís: *Se enferma el que puede.*

Elisa se acomodó lo mejor que pudo, con la almohada sosteniendo la nuca, y agarró la revista.

Era muy vieja. Del 30 de enero de 1997, y en la tapa no había actores ni cantantes sino un hombre con un bebé en brazos. Ella recordaba esa cara, pero seguro que no era de la tele. Un recuerdo buscaba salir del laberinto... ¿Dónde lo había visto? La revista decía: *José Luis Cabezas y su hija Candela, de cinco meses.* Elisa siguió leyendo. *"No me caso ni loco", afirmó Diego Torres.* Y arriba, el gran juego del verano: *Regalamos tres cheques para ganar 500.000 pesos.* ¡Cuánta plata! ¿Dónde lo había visto? Elisa se quedó mirando la cara de la nena, que tenía la manito en la barbilla como si estuviera pensando...

Elisa Viltes, sola en Tilcara, no pudo pasar de la tapa. Sus ojos doloridos y arenosos se cerraron. Los ojos de Candela siguieron abiertos.

Abrió los ojos con dificultad y escuchó risas afuera. ¿Afuera de dónde? *¡Rufina!, ¡vieja!,* llamó, *¿qué hora es?*

De a poco, la vigilia se abría paso entre la muchedumbre que ocupaba el interior de su cabeza. Elisa giró despacio y recordó el día pasado. Se incorporó en la cama, entonces tocó con los pies la revista tirada en el suelo. A pesar de sentirse muy enferma, o quizá por eso, recordó el volante en el que Beatriz había escrito la dirección de su casa. De ahí conocía esa cara. Por instinto, evitó pisar la sonrisa del hombre asesinado.

A Elisa la había marcado el precepto de su abuela. Ella estaba sola en Tilcara, ella no podía. Pensó en el guiso de la noche anterior y los ojos se le llenaron de lágrimas. *Vamos, Eli, enfermarse es un lujo.* Las rodillas le temblaron cuando se paró de la cama; pero esa acción la hizo sentir un poco mejor. Lo suficiente para caminar hasta el baño.

—Hola.

Apareció en la cocina con la cara bien lavada y el pelo tirante.

—Buenas...

Nerio y Orestes tomaban cerveza y comían maní con cáscara.

—¡Dormiste lindo! —dijo Nerio.

—Las doce y cuarto —Elisa repitió lo que decía el reloj en la pared, como un modo de darle la razón al dueño de casa—. ¿Y Martín? —preguntó.

—Salió hace un rato —contestó Orestes con una lejana piedad—. Se fue con Moris a dar unas vueltas.

—¿Querés? —Orestes le ofreció cerveza.

—No.

Y ahora qué hacía. Una tristeza fea la puso al borde del llanto.

—Sentate —dijo Nerio.

El malestar de Elisa fluctuaba. De pronto, parecía que empezaba a ceder y, al instante siguiente, la atrapaba de nuevo y peor.

—A vos se te rompe la cabeza, ¿no? —dijo Orestes—. Se te nota en la cara.

El cocinero conocía a la culpable.

—Es la altura —dijo—. Te voy a hacer un té.

Qué suerte una buena explicación cuando la enfermedad se pavonea frente a nosotros, con cola multicolor.

—Se llama Calvino.

—¿Cómo?

Nerio señaló al pavo parado en la puerta de la cocina.

—Calvino, el pavo —Nerio golpeó el suelo con el pie—: ¡Pst! ¡Pst!

Y el ave se fue.

—Tomá esto —Orestes le acercó una taza grande—. Te va a hacer bien.

El líquido en el interior era marrón oscuro.

—Gracias.

Calvino volvió y se puso a mirarla, como controlando que bebiera hasta el final aquella pócima cuyo verdadero sabor estaba tapado por el azúcar. Elisa lo terminó.

—Salgo a lo de una señora que una amiga me dio la dirección.

—¿La conocés?

—No. Pero capaz que me puede ayudar a encontrar trabajo.

—¿Vos venís a buscar trabajo?

—Voy a probar.

—¡Hubieras empezado por ahí! —dijo Nerio.

Cada enfermedad tiene su fauna. La que correspondía al mal de Elisa era reptante, agresiva, y hacía su nido en los recovecos estomacales.

—Ahora se siente mal para hablar de trabajo —intervino Orestes—. Mejor tirate un rato, que te vas a levantar como nueva.

En esta ocasión fue Nerio quien la acompañó al dormitorio.

—Acostate. Yo te tapo... Acostate.

Apenas dormida, Elisa Viltes empezó a soñar que Martín la acariciaba. En el sueño ella se enojaba, *¿ahora se te ocurre tocarme? En el colectivo no me diste ni la mano. Anoche me mandaste a dormir sola. ¿Y ahora que me siento mal se te ocurre tocarme?*

Cuando cumplí mis dieciséis me regalaron el traje de diablo. Fue mi madre que se esmeró con sus ahorros y me lo hizo coser.

Como veo con todos mi ojos, y he visto durante muchos años, sé que del otro lado de este cuento hay sonrisas... *Grandote para un disfraz.*

Ignorancia de gente que no conoce este mundo.

Un traje de diablo tilcareño es una piel para ponerse una vez al año y sentir que somos criaturas de la oscuridad. Sentir, clarito como el agua, que nos crece la lengua y la

entrepierna. Eso pasa con la ropa de diablo, nos convierte en salvajes capaces de bailar días enteros, y de cambiar de estómago para seguir tomando.

Ese fue el traje que le ofrecí a Miguelito para que me ayudara.

ELISA

A Nerio le encantaba atajar.

Años atrás, en ese mismo patio, su papá le pateaba la pelota. *Si vos sos arquero, yo soy vedette,* le decía siempre. Pero a él le gustaba. Y ahora, que su papá no estaba cerca para burlarse, lo hacía a menudo. Como Moris se había ido, tuvo que conformarse con Orestes.

—Dale —Nerio adoptó una posición exagerada.

—¿Y la piba?

Pum, atajada.

—¿Qué pasa con la piba? —Nerio pasaba el peso de una pierna a otra—. Dale, pateá.

Pum, atajada.

—No se la des al Mosca —pidió Orestes.

—Pateá y callate.
Pum.
—¿Qué hacés, tarado? Ni Burgos ataja ese tiro.

Otra vez se despertó con risas, pero ahora se trataba de la carcajada de Dios: lluvia torrencial en Tilcara.

Elisa seguía sola. Y sola tuvo que convencerse de que estaba un poco mejor. Sola tuvo que animarse: *¡Vamos, Eli!*

El espejo le devolvió una figura amarillenta que ella atribuyó a la mala luz. Buscó ropa limpia y fue a darse un baño. Ni se asomó a la cocina, adrede. Mejor se arreglaba un poco así Martín la veía linda. Iba a ponerse el jean ajustado y la remera roja para resaltar el rubio.

La ducha, el cepillo de dientes, los cordones de las zapatillas bien ajustados y la firme determinación de espantar ese malestar con pico y cresta. *¡Pst, pst!, ¡fuera!*

Entró a la cocina con su mejor cara, lista para mentir: *Hola, me hizo bien dormir un rato.* Pero el lugar estaba vacío. Salió al patio. *¿Hay alguien?*, preguntó en voz alta. El pavo la miró desde un rincón a salvo de la lluvia. Volvió a la cocina para ver la hora. Eran las cinco menos veinte. La lluvia apuraba el atardecer.

El día no estaba en ninguna parte, como si no lo hubiese vivido.

Para recuperarlo, al menos en parte, Elisa Viltes necesitaba salir a la calle. Por segunda vez, aunque en sentido contrario, cruzó la sala. Quiso abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Beatriz, en cambio, abrió la puerta sin ninguna dificultad. Salía del Hogar rumbo a su casa. Paró un taxi, saludó con cortesía al conductor y le dio la dirección. En general, eso alcanzaba para dejar claro que no tenía intenciones de conversar y echar a perder lo que siempre resultaba un buen momento: dejarse llevar, mirar el paisaje que prosperaba calle a calle, repasar agenda, obligaciones, la situación particular de alguna pupila. Elisa, el recuerdo llegó sin sobresaltos. Hacía bastante que no recibía ninguna llamada así que, pensó vagamente, un día de esos iba a llamar a la carnicería para hablar con la abuela.

En general, su actitud alcanzaba. Sin embargo aquel conductor tuvo dificultades para entender.

—¿Vio lo del avión secuestrado? Le digo una cosa… ¡hay que vivir en Colombia! Acá habrá chorros, negros, lo que quiera. Porque haber, en este país, hay de todo. Pero estos subversivos, no.

Beatriz, la que se había encerrado cuando todos salieron a pasear, sintió cierta obligación moral.

—No hay porque no dejamos que haya.

—En eso tiene razón.

—Ahora habrá que mantener la puerta cerrada.

¿Dónde está la llave? ¿Cómo hago para salir? Fue al patio y llamó de nuevo. *¡Hola! ¿No hay nadie?* Volvió a la sala. Tenía miedo y lo descargó en el picaporte, arriba abajo, arriba abajo. A lo mejor por eso demoró en escuchar el ruido de la cerradura del lado de afuera. Nerio abrió la puerta. Venía enfundado en una capa de hule negro y las facciones ligeramente corridas de lugar.

—¡Qué te pasa, che! —habló con acritud mientras cerraba de nuevo—. Mirá que si me rompés el picaporte te lo voy a tener que cobrar.

—¿Viste a Martín?

Nerio siguió a la cocina.

—Piba, yo le alquilo una pieza, no le cuido el culo.

Para llorar, Elisa tuvo que volver al dormitorio, apoyarse en el respaldo de bronce y abrazarse a la almohada. De ese modo podría aprovechar el llanto: un poco por el sudor amarillento y las rodillas débiles, otro poco por Martín. Por el cuaderno lindo, por el cuaderno feo. Elisa necesitó agarrar fuerte la almohada igual que hacía Rufina, evidencia de que las generaciones repiten la memoria.

Rufina había nacido en Jujuy y, si se quiere, no tan lejos de donde ahora mismo estaba su nieta. Nacida en Jujuy y en la pobreza; territorio supranacional con sus propias leyes, lenguajes y estampados.

El recuerdo más relevante de la vieja se remontaba al tiempo en que tuvo cinco años.

Su madre se había quedado sin trabajo y, diez, comenzó la cuenta regresiva para que empezaran a sonar las alarmas de la necesidad, nueve, del hambre.

En el ocho perdieron el fiado.

Siete, seis, sacándole carne al jugo.

Cinco en punto sin mate cocido.

Cuatro velas.

Tres hijos.

Cuando, dos-uno-cero, dieron vuelta el cuerno de la abundancia no cayó nada, ni un mendrugo, ni una paloma, ni un diente de leche, ni un gol. Por más que lo sacudieron, nada.

La madre eligió a Rufina para que fuera con ella. Entre pedir y barrer una vereda, algo tenía que encontrar. Pero, para eso, hacía falta andar quince cuadras o más, cosa que hizo Rufina en completo silencio, sin chistar, sin imaginar que estaba cerca de construir el recuerdo más intenso de toda su infancia.

Fue tan sencillo como la vidriera de una rotisería.

—Tengo hambre —Rufina señaló las bandejas exhibidas.

—No se puede.

—¿Por qué?

No era una pregunta que su madre pudiera responder. Tal vez, una adaptación para niños de la teoría de Adam Smith hubiese sido provechosa, ese día, en Palpalá.

Sobre la acumulación
todos bailan, todos bailan.
Sobre la acumulación
todos bailan y yo también.

Pero ese día, en Palpalá, la mujer solo encontró un modo de responder. Se agachó junto a su hija, sintió su aliento a panza vacía, le dio un beso en los labios. *Perdoname*, le dijo.

Ese fue el llanto inaugural de Rufina. El verdadero llanto, que quedó para siempre pegado a un abrazo.

En Tilcara, golpearon la puerta del dormitorio de Elisa y abrieron. Era Moris, el de ojos rosados.

—Hay una fiesta en el Pucará... Dice Nerio si querés venir.

De camino a la cocina, Elisa se tropezó con Orestes que, aunque iba a buscarla, se sobresaltó.

—Vení, vamos a tu pieza que quiero mostrarte una cosa.

Apenas entraron, Orestes exhibió lo que tenía colgado en el antebrazo y pidió sinceridad absoluta.

—Decime cómo me queda este vestido. ¡Pero decime la verdad! Elisa se sentó en el borde de la cama. La situación hizo que su malestar retrocediera. Y mientras Orestes se ponía el vestido encima de la ropa, la vida volvió a soplar.

—A ver —pidió Elisa, exultante en su recobrada salud.

—¿Qué tal?

—Es lindo —dijo Elisa—. Te queda bien.

—El color es precioso —afirmó Orestes.

—Me encanta ese azul.

Así vestido, Orestes se sentó junto a Elisa.

—¿Vas a ir a la fiesta?

—Ya me siento mejor.

—Pero mirá que allá hace más frío.

—Tengo una campera.

—Decime, ¿y esa señora que venías a ver? Tendrías que ir, no sea cosa que sepa de un trabajo y se lo pase a otra.

—Mañana voy sin falta.

—¡Mirá que mañana es domingo! Yo que vos me iba... Agarrá la dirección y andate.

—Pero la fiesta...

—¡La fiesta, la fiesta! No te creas que es para tanto la fiesta. Además vos tenés que encontrar trabajo. ¿O no?

—Tengo plata ahorrada para varios días —Elisa no podía escuchar.

Así hacen los diablos en Tilcara, y en cualquier otra parte. Clausuran el lenguaje y nos dejan solos.

Cuando Orestes entró a la cocina, Moris y Miguelito estaban sentados a la mesa. Poco después, llegó Elisa con su mejor ropa.

Había parado de llover, aunque el cielo era un cuero de rinoceronte.

—¿Vas? —preguntó Moris.

—Sí.

Con la idea de que una fiesta iba a hacerle bien, Elisa aceptó la invitación.

—Vamos conmigo —dijo el bobo—. Yo te llevo.

Miguelito ponía cacao en una taza. Orestes tenía la cola apoyada en la cocina.

—Es arroz con leche, pero este chancho le pone chocolate a cualquier cosa —explicó el cocinero—. ¿Querés un poco?

Elisa no tenía hambre pero quiso, porque el arroz con leche le recordaba a Rufina.

—Gracias.

Si acaso se había atrevido a darle una advertencia a la víctima, era asunto concluido para Orestes que, de nuevo en su sitio, asumía gloriosamente el rol de cocinero impiadoso.

Apenas terminaron, con la boca sucia de chocolate, el bobo se levantó para irse.

—Limpiate, Miguelito —dijo Orestes—. ¡No vas a salir así con esta princesa!

Por fin estaba en la calle. Por fin, porque Elisa sentía que había estado mucho tiempo encerrada. Respiró el aire

frío para convencerse de que había mejorado. El bobo la miró y se bamboleó un poco para decirlo.

—Sos linda vos.

Elisa sonrió sin ganas, sin alegría.

—Me parece que no me cayó muy bien el arroz con leche.

Miguelito se largó a reír de un modo destemplado.

—¿De qué te reís?

—Del arroz con leche que te dio Orestes.

Elisa no se preocupó por entender lo que el bobo decía; en cambio preguntó si iban a ir caminando. Como respuesta, un auto aminoró la marcha cerca de ellos. El tipo que conducía abrió la ventanilla.

—Hola, Miguelito.

El bobo debía responder *Hola, Mosca* y esperar la pregunta *¿Van para la fiesta?* Recién entonces le correspondía decir *Sí, llevanos.* Pero Miguelito se apuró.

—Hola, Miguelito.

—Sí, llevanos.

Elisa no pudo notar el fallo.

—¿Es lejos? —alcanzó a preguntar, antes de entrar a la parte trasera del auto, porque el asiento del acompañante estaba ocupado con cajas de vino.

De inmediato, Elisa puso su mirada en un diablito que colgaba del espejo retrovisor y siguió su vaivén con los ojos.

—¿Es lejos? —preguntó de nuevo, sin saber muy bien a qué se refería.

—En el Pucará —contestó el tipo enorme que manejaba—. ¿Sabés lo que es?

—No.

La explicación se licuó en su cabeza dolorida. Indios, fortaleza, cuevas, desde las, reconstruidas. Y un diablito que le dirigía la mirada.

El bobo pasó un brazo sobre los hombros de Elisa.

—Ella es mi novia —dijo.

El tipo enorme con rasgos abultados se rio. La suma del festejo más las hormonas cebadas pudieron ser la causa de que Miguel María Tolosa se tirara encima de Elisa con la lengua afuera.

—¡Salí! —Elisa se despabiló de pronto.

Con la dificultad que le ocasionaba su tamaño, el conductor se dio vuelta. Tenía un bigote muerto.

—No ves que es bobo —le dijo.

El comentario, con claros vestigios de reproche, avergonzó a Elisa.

—Lo que pasa es que no me siento bien —se excusó.

—En el Pucará se te pasa todo.

Si se acuerdan, yo hablé de la música y dije que es el único camino para ir de una Tilcara a la otra.

Después me quedé pensando por qué lo había dicho. Y debe ser porque la música es más difícil de torcer que las palabras.

Oigan la quena a lo lejos, y vean si es fácil darle vuelta el silbido. Lo mismo que la piel estirada de una caja, ¡esa no va a callarse así como así!, por más que sean diablos los que amenacen. Ni hablar del erke, largo como un camino, apuntado al cielo…

Y vamos a ver si los diablos son capaces de decir al revés lo que dice el palo de lluvia.

Por eso debe ser que la música va de una a otra Tilcara. Por eso será que nos da por silbar cuando andamos solos. Por eso hay música al principio y al final de la vida. Por eso, me vienen al recuerdo las coplas de mi madre.

ELISA

El auto estacionó en la zona baja.

—Llegamos.

Vista desde ese punto, la fiesta era un mapa de velitas desparramadas aquí y allá. Como era todo en ese sitio, aquí y allá, siguiendo este sendero, este otro, por los escalones, por la vuelta... Recovecos de piedra y cuevas, fortaleza con índole de hormiguero y, como tal, unida a sí misma debajo de la tierra.

Apenas empezaron a subir, el Mosca desapareció. Sabía bien adónde dirigirse y, por el momento, no le importó lo que Elisa hiciera. Miguelito, en cambio, fue tras ella.

El malestar arreció de pronto y Elisa se vio obligada a detenerse.

—Dejame. Voy a vomitar.

Cuando pudo erguirse después de una sucesión de arcadas secas, estaba mareada. Y sola.

—¡Miguelito! —llamó.

El bobo no apareció, y ella volvió a caminar.

Dicho estrictamente el Pucará se replicaba en su cabeza, que era también un lugar de piedra, oquedades y dolor profundo.

Elisa anduvo un rato sin encontrar el centro de la fiesta; la pista, hubiese precisado Irene. Se cruzó con desconocidos que no la miraron. Bordeó una de las paredes bajas, se adentró por un espacio estrecho, como un pasillo semicircular, piedra, piedra, y vio dos torsos desnudos, uno contra otro. Se quedó un rato mirándolos, de la cintura para arriba eran un hombre y una mujer, de la cintura para abajo, una serpiente azul. Giró hacia el oeste poderoso. Ya era de noche, y distinguir los rostros resultaba difícil. Unos pasos más, algunas escalinatas, y se encontró con una ronda de personas sentadas, tomadas de la mano, en completo silencio. Elisa se concentró en cada uno de los rostros: Beatriz no estaba, Rufina no estaba, Chejuán, Irene, Leandro no estaban. Martín no estaba.

Lejos, se veía la silueta de un baile.

Volvió a caminar, mucho más despacio de lo que imaginaba. Para entonces, el Pucará le había cargado piedras en los párpados. Elisa empezaba a perder fuerzas, transpiraba de frío, y el cuerpo le dolía en cada pedacito. A cierta distancia, un hombre miraba los cerros. Podía ser Martín. Podía, más por la actitud heroica que por

el parecido. También era posible que ya no lo recordara bien, hacía tanto tiempo... Elisa se acercó. *Hola*, le dijo, sin darse cuenta de que le hablaba a un cardón.

Elisa Viltes, sola en el Pucará de Tilcara, tuvo que sentarse. Se le iba el alma, se le iba a los cerros.

Por segunda vez en su vida, pero ahora sin una madre a su lado, tuvo que aprender a respirar.

Para adentro, para afuera. Al principio te va a doler el pecho. Para adentro, para afuera. Respirá, Elisa, como cuando naciste... Una niña nacida de otra niña. Respirá aunque no haya esperanzas, como hacemos en la villa.

Después de algunos minutos pudo ponerse de pie y retomar la marcha. El viento había llegado a la fiesta. Piedra y viento, los dos extremos de la realidad, burlándose el uno del otro.

Entre ese instante y la aparición de Orestes vestido con ropa de mujer solo mediaron la voluntad que Elisa había construido planchando dobladillos y los poemas de Beatriz.

—¡Mirá lo que tengo!

Dentro de la jarra de plástico que Orestes movía con sensualidad, los cubitos de hielo se las ingeniaban para tintinear. Elisa tenía pasto en la boca, y no preguntó nada.

—Dame.

Era rico, gusto a caramelo, picante, yuyos, y se abría paso hacia adentro del cuerpo por decisión propia.

¿Alguien escuchó el aleteo? Nadie. Pero aleteó el ángel raído que Orestes tenía adentro.

—¿Sabés quién anda por ahí? ¡Martín!

Iluminada, Elisa siguió las breves indicaciones del cocinero. Lástima que el mejunje de la jarra de plástico más guiso, arroz con leche, pastelones, ensaimadas, vermú caliente y una soledad que llevaba quince años viviendo con ella serían una mezcla definitiva.

Elisa encontró a Martín sentado en una pared baja, hablando con una chica de poncho dibujado, multicolor a pesar de la noche.

Martín y la chica hablaban al mismo tiempo y, aun así, se entendían.

Para que él no la viera, Elisa Viltes se sentó en un espacio de mayor oscuridad. Ahí se quedó, escuchando la voz de Martín, la voz de la piba, las dos risas con olor a menta. Inmóvil, con la espalda apoyada en la pared de piedra y las piernas recogidas, Elisa Viltes se enojó de a poco, paso a paso, igual que hacía Irene cuando Chejuán volvía borracho sin haberla invitado.

—Hoy canté mal.

Chejuán tiró a un costado la camisa que había usado en la presentación.

—Me chiflaron, ¿viste? —siguió diciendo Irene.

—¡Estás loca!

—No estoy loca. Me chiflaron.

—Un par de borrachos.

Irene estaba mucho más triste de lo que se había permitido expresar hasta esa madrugada.

—Quiero volver.

—Yo también quiero. Pero tenemos que aguantar un poco más...

Chejuán se sentó en el borde de la cama para sacarse las botas.

—Hace noches que sueño con los dos —dijo Irene.

—¿Con quiénes?

—Con la Eli y el bebé. Un sueño fue que comíamos arroz con leche, el que hace tu vieja. Hasta el bebé comía, pero la Eli todavía no cumplía los quince.

—¡Cuánto hace que no comemos arroz con leche!

—Mañana llamamos por teléfono —dijo Irene.

—Mañana es domingo. La carnicería no abre.

—Abre hasta el mediodía.

—¿Quién se va a levantar? ¿Vos?

Irene no contestó porque sabía que no iba a abrir los ojos hasta la tardecita.

—Tengo algo en la garganta que no me deja cantar como antes.

—Ya te dije que comas miel.

—Una piedra.

—¿Qué piedra?

—Como una piedra en la garganta.

Chejuán se acostó junto a su mujer.

—Dale, negra. Dormite.

—No sé por qué tengo ganas de enojarme. Prefiero enojarme que sentirme así, como si estuviera por morirme.

—¡Enojate! Eso, a vos, no te cuesta nada.

Una metamorfosis no es más ni menos que el nacimiento de algo preexistente, incubado. Esa noche, el

Pucará estaba a punto de ser testigo de una metamorfosis en versión marginal.

Elisa irguió el torso como un modo de amenazar a su enfermedad: *¡Rajá de acá!* Ahora, definitivamente, los versos de Beatriz eran inservibles, rosas inesperadas que nunca florecieron... Si alguien le hubiese puesto atención, habría visto el rostro limpio y ovalado poniendo trompa, alzando los pómulos.

Decidida a hacerse ver, Elisa Viltes no tuvo más opción que apelar a su origen; a la teta villera que había mamado.

Entonces se puso de pie, con el cuerpo tomado por la rabia.

Muy fácilmente la furia encuentra acordes.

Elisa los oyó y empezó a moverse, los hombros, las caderas, la pelvis, títere de una cumbia que anidaba en su infancia, moverse y cantar, *como se mecen las olas del mar así se mece mi morenita*, la cumbia que siempre bailaba Irene, *no pierdas el ritmo, nena, marcalo con las caderas*, para que ese día su hija la imitara.

Suelta, sola, absurda en el paisaje, una destemplada bailarina de cumbia que seguía atada a la pata de la mesa.

—¿Leíste a Jack Kerouac?

La chica del poncho no lo conocía.

—Tenés que leer *En el camino*. Es espectacular.

Elisa Viltes bailaba mucho más allá del ritmo de la cumbia que estaba pensando, y cantaba de a pedazos. Sin la gracia ni la pericia de su madre y moviendo la pelvis

con exageración, un movimiento habitual de quienes ignoran el profundo origen de la sensualidad.

—¿Viste *La vida es bella*?

—Me encantó...

—Hubo gente que se enojó, por el tema del Holocausto.

—Sí.

—Para mí, no supieron verla.

Elisa bailaba en las orillas.

A pata, por las orillas, andan los que no pueden salir a navegar y buscan mendrugos de pescados, espinazos de sirenas. Ellos la vieron, no los valerosos capitanes de las olas. La vieron y la rodearon, se sacudieron a su alrededor. Nerio, Moris, el Señor de las Moscas. Y Orestes, ofreciendo la jarra de plástico.

—¿Santiago Feliú?

—¡Sí! !Es buenísimo!

—Me gusta mucho más que Silvio.

—Ni hablar.

Elisa Viltes había perdido pie, pisaba una ladera de tierra suelta. Sin embargo, quería seguir bailando. *Si querés bailar, vamos a buscar música. Yo bailo con vos, ¿querés?* La rubiecita engreída de la villa, la hija de Naranja Dulce, perdía pie en una orilla desconocida.

Los aullidos que rodeaban a Elisa lograron meterse en la conversación. Martín se vio obligado a prestarles atención. En la penumbra de la Puna, distinguió espaldas masculinas rodeando alguna cosa. Una riña de gallos vista de afuera.

—¿Buscamos otro lugar?

—Sí, dale. Están muy locos.

El Mosca la dio vuelta por la cintura, de modo que Elisa quedó bailando de cara a la pared. Detrás de ella, los hombres aplaudían.

Pasó el viento y se llevó la música que Elisa recordaba. El baile se detuvo, la cumbia del amanecer se le rompió en la boca cuando la bailarina vio lo que vio. Pudo ser producto de la fiebre, pudieron ser antiguos fantasmas del Pucará, o ambas cosas. Pero un rostro de niña sobresalía de la pared, como un relieve de piedra vivo y despierto. *Hola, me llamo Elisa. ¿Vos te llamás Candela? No, mejor te llamás Irene.*

—¿Qué pasó, borrachita? —el hombre mosca le pegó un chirlo.

Alrededor, el Pucará se oscurecía.

Quizá la enfermedad... Quizá los primeros habitantes mirando, en silencio, la tragedia del blanco.

—¡Qué viento helado! —dijo la piba—. Si querés compartimos el poncho.

—Parece que viene tormenta.

—Es genial estar en el Pucará bajo la lluvia.

Elisa tenía la ropa desarmada. *Acá no, che. Mejor vamos. ¿Qué decís, bonita? Seguimos bailando en otro lado, ¿querés?*

La sostuvieron y la arrastraron como a cualquier borracha. Se la llevaron, y solamente una indiecita fantasma estaba viendo. La subieron al mismo auto que la había traído. *Yo voy, yo quiero ir porque es mi novia,* repetía el tonto.

El auto arrancó cuando amanecía.

Que llueva, que llueva,
la vieja está en la cueva.

Cuando la chica empezó a cantar moviendo el poncho como alas, Martín sonrió con ternura.

—Entrá al poncho, dale.

—Si entro, te voy a dar un beso.

El auto era el mismo, pero no tomó camino hacia la casa de doña Margarita sino hacia el edificio donde, casi setenta años atrás, funcionaba la proveeduría Los Coloniales. El lugar había sido lo mejor del pueblo y, gracias a que tapaba otro negocio, vendía más barato. Ahora era apropiado, mucho más que la casona, para los negocios de la carne.

—¿Cómo era que te llamabas? —preguntó el Señor de las Moscas.

—Elisa —el bobo contestó por ella.

Elisa Viltes tenían los ojos capturados por el vaivén del diablito, y aceptó con un gesto.

Cuando el auto estacionó frente al antiguo edificio de Los Coloniales, amanecía.

Y amanecía también en Asunción del Paraguay, donde Irene se negaba a dormir y hablaba de piedras en la garganta.

Amanecía en la villa donde Rufina roncaba.

Pero amanecía mejor en la punta acomodada de la ciudad de Santa Fe donde Beatriz madrugaba aunque fuera

domingo, porque el Hogar cumplía años y ella quería hacer trajes de mariposas para las pupilas más chicas.

Las cosas que se pierden en día domingo nunca se encuentran.

Alrededor de las ocho cuarenta y cinco de la mañana, con una magnífica interpretación de "O Fortuna" en volumen bajo, Beatriz perdió una aguja.

Perder una aguja genera cierto estado de ansiedad a causa, tal vez, de la amenaza. Por eso, Beatriz revisó cuidadosamente el costurero, desplegó las telas de los trajes, buscó entre las lentejuelas que pensaba pegarles. Buscó en su bata.

Cuando su madre bajó las escaleras, la encontró agachada debajo de la mesa.

—¿Qué pasa, Bety?

—Perdí una aguja, ¿podés creer?

—Buscá bien.

—Eso estoy haciendo, pero no hay caso.

La madre dejó la sala para regresar, poco después, con una bandeja.

—¡Dos desayunos! —anunció. Y recordó el incidente—: ¿Encontraste la aguja?

—No.

Para tomar el café, las dos mujeres se repartieron el periódico. Beatriz no dudó en elegir el suplemento cultural, que la tuvo entretenida por un buen rato.

La aparición del señor de la casa dio inicio a las preguntas habituales del día domingo.

—¿A qué misa vas?

—A la de once —respondió su esposa—. ¿Me acompañás, Bety?

—Bueno.

—Y de paso pedís para que aparezca la aguja.

—¿Qué aguja? —preguntó el hombre.

—Nada, nada —dijo Beatriz. No fuera cosa que se le estropeara el buen humor.

Luego vendría el almuerzo familiar en una cantina italiana, siempre la misma mesa, porque era gente de darse el lujo supremo de sostener sus costumbres.

Los domingos no eran días felices para Beatriz; mucho menos por la tarde. Ir al Hogar era un buen plan.

—¿Hoy también?

—Tengo que hacer las pruebas de la ropa y ayudarles a las chicas con la decoración.

—Yo no puedo entender...

—¡No empieces, mamá!

—Empiezo, mi alma. Empiezo y voy a seguir empezando. En vez de salir con tus primas, te vas a ese lugar horrible.

—Para mí no es horrible.

—Vamos a ver si el día que tengas un novio te sigue gustando.

El pinchazo dio en el centro del orgullo.

—Hacé como quieras —continuó la madre—, pero te pido que el domingo próximo te quedes con nosotros.

En el taxi que la llevaba al Hogar, Beatriz volvió a pensar en Elisa y se prometió llamar a Rufina al día siguiente.

El sol salió en Tilcara después de una madrugada lluviosa, pero Elisa no pudo verlo.

Se despertó a causa del calor y la falta de aire en un depósito transformado en dormitorio. De un lado tenía el lomo pulposo del Mosca y, atravesado sobre sus piernas, el torso de Nerio, que dormía con la boca abierta. En ese momento, Elisa Viltes hubiese creído todo acerca de sí misma y de su condición: que era un pedazo de nailon, que estaba cubierta de espuma sucia, que era la amante de un poeta, que sabía inglés, que estaba encerrada adentro de una mochila, que Beatriz era su mamá, que se estaba muriendo.

Apenas movió las piernas, Nerio se despertó.

—¿Qué hacés?

—Me levanto, me voy.

—Esperá un poco.

Elisa encontró su ropa en el revoltijo.

—Tengo que ir al baño.

Orinar fue el primer acto consciente que realizaba en muchas horas.

Volvió al depósito donde había pasado la noche y Nerio ya no estaba ahí. Antes de abrir la puerta, miró al tipo que zumbaba en sueños. Aunque Orestes seguía cocinando, aquella no era la casa a la que Miguelito los había llevado. Era otro lugar, muy grande, muy oscuro, donde no había hendijas para que entrara el mundo.

Miguelito se alegró de verla.

—Vos sos mi novia —le dijo.

Elisa lo miró con repugnancia.

—Me voy.

Orestes volvió a su estrategia.

—Tomá un mate cocido. Hay…

—Me voy —lo interrumpió Elisa.

—Mejor sentate —dijo Nerio.

—Me quiero ir.

El tipo enorme con patas en el abdomen salió del dormitorio.

—Si te dicen que te sentés, ¡te sentás, mierda!

Las cosas que se pierden en día domingo nunca se encuentran.

Si quieren saber cómo pasan las cosas entre los diablos, el carnavalito se los explica bien. ¿Han visto el baile? La rueda, la doble rueda, una hilerita al trote, y los bailarines dándose el brazo de aquí, el brazo de allá. Así pasa entre ellos: dame tu brazo, te doy el mío. Así se van enredando y, aunque no todos quieran o vayan para el mismo lado, se sostienen. ¡Porque si no baila uno, tampoco baila el otro!

Ustedes disculpen si hablo como sabiendo. Pasa que, desde una silla de paja, se ven las cosas.

De Miguelito me quedó grabado lo último que dijo: *Comprar maní con cáscara para el Nerio.* Es un nombre raro, al menos por aquí. Pero tengo la corazonada de que ya lo había oído.

ELISA

Después de esa respuesta, el día y sus habitantes tuvieron un comportamiento errático. Todos, en ese antiguo almacén acondicionado como guarida, cambiaron de humor, de parecer y de estrategias sin razones evidentes. Todos, menos Miguel María Tolosa que, como bobo que era y lleno de hendiduras, mantuvo siempre su sonrisa y su afirmación.

—Vos sos mi novia.

Orestes se concentró en la sartén chirriante. Amasó tortas fritas, hizo albóndigas, hizo arroz con cebolla; un plato tras otro, desentendido de los horarios habituales. Los demás comían del mismo modo.

Sentados a la mesa, vino de por medio, Nerio y el Mosca decidían sobre un destino humano.

Nerio hubiese terminado ahí la diversión. Pero el Mosca husmeaba en otras ollas.

—Yo la saco. Vos, ni te enterás —de los bigotes caían alas secas—. ¡Está envuelta en papel de regalo!

Moris, dispuesto a aceptar la decisión que se tomara, escuchaba en silencio. Orestes cocinaba de manera frenética.

—Qué sé yo, loco.

Los gritos del padre retumbaban en la cabeza de Nerio. *No te pasés de la raya, que no te salva ni Dios.* Pero eso era falso. Porque comparado con los despachos que su padre frecuentaba, el cielo era una oficina insignificante. Y al lado de sus socios, Dios era un cadete.

—Pero la frontera está jodida —dijo Nerio.

—Vos dejame eso a mí —el Mosca se levantó—. Voy a hacer unas llamadas.

El Mosca era unos años mayor que Nerio, y ambos se habían conocido en una emboscada.

Nerio tendría unos trece años de pibe rico, flaco, demasiada pilcha y pocos músculos cuando, desde el púlpito del poder, insultó a una negrada que se metía con el perro de la familia. Empezó bajo: *¡Eh, no toquen a mi perro!*, pero se dio cuenta de quién era, de cuánto podía… Había público y se envalentonó, *negros sucios*, porque era hijo de una fortuna jujeña, *Ojalá tu mamá fuera de raza*, las palabras salían de su boca con facilidad mientras pensaba, remotamente, que su papá estaría orgulloso.

La negrada se quedó en silencio, y en silencio le juró venganza.

A partir de ese día, rondaron la casa del niño rico hasta que, en una siesta de domingo, lo encontraron solo, cruzando la plaza.

La negrada iba a despedazar, a moler.

Ese día, la aparición del Mosca en plena siesta dominical fue milagrosa y cambió para siempre el destino de Nerio.

El Mosca pertenecía a esa clase media siempre a punto de caerse al pozo de la pobreza. Fuerte, maloliente, negoció sin levantar la voz con el que mandaba sobre el resto; uno al que conocía bien. Después, salió del conciliábulo con expresión oscura y caminó hasta donde estaba Nerio, custodiado.

—Perdonarte, no te van a perdonar.

Nerio temblaba de miedo.

—Les doy plata.

—Eso seguro —dijo el mediador—. Pero ahí no se conforman. Se te fue la mano y estos tienen sus leyes.

Nerio no comprendía.

—Quieren que, a cambio tuyo, les des al perro. Y te dejan tranquilo —el Mosca hablaba con calma profesional—. Más no puedo hacer.

—El perro es de mi papá.

—¿Pero vos lo sacás?

—Sí.

—Bueno, decís que se escapó, que te lo robaron, o algo así.

—¿Cuándo?

—¡Ahora! Andá y volvé. Y no se te ocurra trampearlos porque, ahí sí, te achuran.

En el acto de entregar al primer inocente, Nerio cerró un pacto.

El Mosca sería su amigo incondicional, su maestro y su escudero, el que le proveyó la primera mujer, las primeras náuseas. El que lo condujo hacia un mundo propio, donde el desprecio de su padre no lo tocaba.

El Mosca salió de la casa para hacer sus llamadas. Orestes freía. Moris encendió el televisor para ver un partido de fútbol.

—Tenés que ir a casa —le dijo Nerio—. A traer la mochila.

—En el entretiempo.

Dentro del antiguo almacén Los Coloniales, con todas las ventanas cerradas, hacía calor. Nerio se sacó la remera.

En el dormitorio, donde le habían ordenado estar tranquilita, Elisa Viltes entendió lo que tantas veces Rufina decía: quedarse sin lágrimas.

Rufina, Beatriz, Chejuán, Irene; mucha gente llegó a visitarla ese atardecer pero, al final, todos se iban y la dejaban sola en aquella habitación oscura.

Llegaron los espejismos, *no estoy acá, no estoy, ya se termina.*

La desesperación, rompiéndose los puños contra una puerta inútil. El miedo, la fatiga y, de tanto en tanto, la fe. *Virgencita, ayudame.*

Elisa no aceptaba nada de lo que Orestes le ofrecía, ni tortas fritas, ni arroz con cebolla, ni mate cocido.

—Me quiero ir, por favor. Me quiero ir.

—Esperá. Ya te van a dejar salir.

—Ayudame.

Entonces Orestes, que salía de la habitación, giró con rostro de señora triste.

—Y a mí, ¿quién me ayuda?

Entretiempo con empate.

—Me voy —anunció Moris cuando eran casi las cinco de la tarde.

—Miguelito, ¡atajá! —Nerio lo tomó por sorpresa con la tapa de una cacerola.

—¡Sos vivo! —se quejó el bobo—. No avisaste.

Todos se rieron.

—Dejá de quejarte y salí con Moris a comprar maní con cáscara.

Martín se despertó tarareando "Luzbelito".

Abrió los ojos cuando habían pasado las cuatro de la tarde. Se levantó en una casa silenciosa, a lo mejor todos dormían.

Salió al soleado domingo tilcareño y consiguió pan casero y café instantáneo. Había quedado en encontrarse, esa noche, con la piba de poncho colorido. Sol en Tilcara, pan casero y Martín cantando "Luzbelito".

Cuando volvió a la casa, todo seguía callado. *Ay, ay, ay, qué risa le da.* Pensó en Elisa. Los pibes le habían dicho que estaba enferma, y él no había ido a verla. Era una buena oportunidad, con café y pan casero. Caminó hasta la habitación grande, golpeó despacito, llamó: *Elisa, Elisa, ¿puedo pasar?* Después de varios intentos se animó a entreabrir la puerta.

La habitación estaba vacía. Y la mochila sobre la cama.

Moris no esperaba encontrar a Martín desayunando en la cocina. Pero no era grave. Solamente esperar a que el pibe saliera, y entonces buscar la mochila y rajar. Mientras tanto, encendió el televisor para ver el segundo tiempo del partido.

—Estuvo buena la fiesta, ¿no?

—Sí, muy buena —Martín comía con buen apetito—. ¿Los demás?

Moris se encogió de hombros.

—Yo recién estoy llegando —y cambió el tema—: ¡Mirá este árbitro!

—¿Y Elisa?

Moris debía atenerse a lo acordado con Nerio.

—Se fue.

—¿Dijo si volvía enseguida?

—No, no vuelve. Se fue.

Martín fue incapaz de refutar. Sin embargo, tuvo un repentino estremecimiento. Moris avanzó innecesariamente en su mentira.

—Por ahí encontró a esa señora que venía a buscar —la mentira se mordió la lengua—: La cosa es que agarró la mochila y se mandó a mudar.

A partir de ese momento, Martín quiso irse. Sorbió rápido el café. Como buen viajero, lavó su taza y se despidió de Moris.

—Yo me quedo un rato para ver el final de esta porquería —explicó el hombre de ojos rosados.

Cuando Martín salía, Calvino se le cruzó en el camino.

—Hola, pa.

—Hola, hijo, ¿cómo estás?

—Bien, bien... Yo bien.

La distinción fue preocupante.

—¿Pasa algo, Martín?

Los segundos corrían en el visor del teléfono de cabina.

—Te quiero preguntar algo, pero que no escuche mamá.

—Ahora no está. Dale.

—Es una piba que encontré en la terminal de Jujuy y se vino conmigo a Tilcara.

El cuento salió nervioso y con mal aspecto.

—Pará, Martín. Explicame bien, por favor.

Y Martín explicó con razonable claridad.

—Alquilamos en la misma casa, yo salí. Después los pibes me avisaron que no se quería levantar para ir a la fiesta.

—¿Qué pibes, Martín?

—Los que me alquilaron.

Interrumpido a cada instante por el hombre que, del otro lado de la línea intentaba entender la situación, Martín llegó al desenlace.

—Ahora me dijo Moris que se había ido, pero yo vi la mochila.

El alivio de su padre fue explosivo.

—¿Ese es todo el problema?

—Sí, no sé, me pareció raro.

Desde una buena casa porteña era imposible entrever la danza de los diablos tilcareños.

—Habrá sido una forma de decir —el padre conocía bien la tendencia romántica de su hijo—. Salí a disfrutar y,

si tenés ganas, cambiá de alojamiento. Ya sabés que podés usar la tarjeta.

Porque la intuición se aplasta en las ciudades, y no hay bibliografía que la resucite.

ABEL MORENO

Lo llamé.

—¡Miguelito!

De las dos maneras, con la voz y con la mano.

—¡Miguelito, vení!

Fue con suerte porque se me acercó después de varios días sin mirarme. Estaba contento.

—¿Qué traés ahí?

—Maní.

Estiré la mano, pero no quiso convidar.

—Son del Nerio.

—¿Tu amigo de la ciudad?

—Sí.

—¿Y adónde es que vive tu amigo?

Cuando me explicó, supe quién era el lobo. Lo supe por la casa que me indicó Miguelito.

De nuevo puse los ojos en el maní, y Miguelito se metió la bolsa debajo de la ropa. Me reí tanto que me agarró tos.

—¡Mirá si te habré convidado torrejas! Y así me pagás.

—Son del Nerio.

—Y decime, ¿esa rubita que llegó está con ustedes?

En la cara de la gente puedo leer de corrido. Y lo que leí me puso la carne de gallina. Sin embargo, Miguelito no me dijo nada, y no me iba a decir.

Entonces tuve esa idea... Había una sola forma de tirarle la lengua.

—En la casa tengo algo para vos.

—Me voy.

Si no se lo decía rápido, si el bobo pensaba que eran torrejas, se me iba.

—Te voy a dar mi disfraz de diablo.

Miguelito ya conocía el traje, yo se lo había mostrado un par de veces, todo bordado con lentejuelas, rojo y anaranjado.

—¿Me lo va a regalar? —se le caía la baba.

—Antes de morirme se lo quiero dar a mi mejor amigo. ¡Vení!

Pocas veces, Miguelito había entrado. Para qué, si yo mismo vivía en la vereda todo lo posible. Esa vez, cosas raras que pasan, yo sentí el olor de mi casa porque había una nariz ajena.

Abrí el último cajón del mueble y lo saqué, como a una novia muerta, todo envuelto en una sábana. Lo puse

sobre la cama, rojo y amarillo, todo bordado, el único tesoro que tuve en la vida.

Miguelito estaba perdido en la hermosura del traje.

—¿Me lo va a regalar?

—No sé, porque vos ya no sos mi amigo. Ahora andás siempre con los muchachos de la ciudad.

—Le riego la vereda.

Negué con la cabeza, y él insistió, desesperado por una prenda que superaba cualquiera de sus sueños.

—Pero no me contás las cosas que pasan.

—Ella es mi novia.

Contestó así porque, como siempre digo, era bobo pero no tonto.

—¡Mirá qué suerte!

Fue un tira y afloja con el traje en el medio. Más de lo que Miguelito podía soñar, lo mejor que yo tuve, rojo y con lentejuelas. *¿Me lo va a regalar?, No sé, yo soy tu amigo, pero no me contás nada.* De a poquito me dijo alguna cosa, toda mezclada. Pero saqué en limpio dos verdades: el peligro y el almacén Los Coloniales. Cuando supe que ya no me iba a decir más, lo corrí de mi casa. Ni me pasó por el pensamiento darle al bobo mi único tesoro. Agarré el atizador del brasero.

—Salí de acá o te rompo la cabeza.

No sabría decir cómo me miró. Aunque esos ojazos se me quedaron grabados para siempre.

Por eso digo que no soy mejor que nadie, pero tampoco una alimaña.

El viejo edificio de Los Coloniales estaba en silencio.

El Mosca había vuelto con noticias y, ahora, estaba en trabajo de ablande. Eso significaba transitar la delgada línea entre la tentación y la amenaza; un estilo que el hombre de muchos vientres manejaba bien.

—Me querés decir por qué has estado llorando tanto. ¿Alguien te pegó?

—No.

—Hicimos lo que vos querías hacer… ¿Sí o no lo que digo?

—Sí.

—¡Ahora nos entendemos! Primero buscan y cuando encuentran se ponen a escandalizar.

Desesperadamente, la prisionera buscaba entenderse con el hombre de las llaves.

—Tenés razón.

—Qué linda mi muñeca —el Mosca le acomodó el pelo detrás de la oreja—. Lo que vamos a hacer ahora es ayudarte a encontrar trabajo. Moris se fue a buscar tu mochila, cuando llegue te das un baño, te ponés más linda y te llevo con la gente que te quiere contratar.

—¿En qué trabajo?

La pregunta estaba fuera de límite, señal de que había que apretar un poco.

—¿Sos doctora vos? ¿Sos maestra?

Elisa dijo que no con el pensamiento.

—Entonces vamos a encontrar un trabajo que puedas hacer bien.

Un rato después, el Mosca volvió con los demás. Nerio estaba medio dormido sobre la mesa. Orestes había dejado de cocinar y se estaba cortando las uñas de los pies.

Antes de que el Mosca pudiera informar con detalles lo que iba a hacer, tocaron a la puerta del modo convenido. No era Moris. Era Miguelito con la bolsa de maní con cáscara.

—¿Fuiste a cosechar? —lo increpó Nerio—. Dame acá, tarado.

El Alma Boba se debilitaba cuando sus amigos, y en especial Nerio, se enojaban con él. No era pena por los insultos, ni dolor por los golpes que solían llegar sin aviso.

Era la extrema debilidad que debió sentir el héroe cuando le cortaron la cabellera.

En ese estado, se metió al dormitorio. Elisa estaba en el borde de la cama y él se sentó al lado.

—Miguelito, ayudame.

—El Nerio se enojó conmigo por culpa del viejo.

—Miguelito, ¿no soy tu novia?

—Sí, sos.

—Entonces, ayudame.

—¡Ya sé! Le voy a decir al Nerio que mate al viejo.

Primero el hombre de patas pegajosas, para ofrecer un destino. Después Miguelito para pedir una muerte. Y ahora, Nerio.

—Andate —le dijo al bobo, que acató sin chistar.

En voz inaudible, excepto para la Virgen, Elisa empezó a repetir su rezo: *Ayudame, por favor. Ayudame.*

—Así que te entendiste con el Mosca.

Nerio miró con antojo el cuerpo de Elisa. Pero, por el momento, solamente quería descansar. *Después le doy,* pensó mientras se tiraba sobre la cama boca abajo, con los brazos abiertos. *Duermo un rato, y le doy.*

Con el grito, se despertó el alma de la antigua proveeduría tilcareña, dormida hacía más de medio siglo.

Clavada en lo blando de la axila izquierda, lista para avanzar por el torrente de la fábula, la aguja era un punto gris, inalcanzable.

El Mosca, Orestes y el bobo entraron de inmediato.

Nerio se fue encima de Elisa y empezó a patearle las piernas.

—¿Qué me hiciste, asquerosa?

La hubiera molido a palos, pero una aguja clavada bajo su brazo, una amenaza de muerte se lo impedía. Tan asustado como Nerio, Miguelito empezó a lloriquear.

Nerio, el nieto de doña Margarita, perdía la calma. Quería, desesperadamente, masticar flores.

—Las agujas caminan —dijo—. Se me puede ir por la sangre hasta el corazón.

Todos en aquella habitación creían lo mismo.

—Me voy al médico —el terror lo apretó—: ¡Llevame!

Moris todavía no llegaba y la aguja no daba tiempo. Entonces, el Mosca tenía que manejar y Orestes quedaba a cargo.

¡Faena de los chamanes omaguacas!

¡Ceremonia de fascinación!

Y la niña del Pucará que arrojó una lanza desde la leyenda.

ABEL MORENO

Por la noche, aquí en Tilcara, el domingo abre las puertas. Y la música convida.

Y yo, que no soy mejor que nadie pero tampoco peor que una alimaña, lo vi pasar. Lo vi buscar. ¿Qué me costaba llamarlo? Llamo a todo el mundo desde mi silla de paja, la vejez me habilita y los demás se apiadan.

—¡Muchacho!

Al principio, el pibe no entendió que lo llamaba a él. Hasta que le silbé. Recién entonces se me acercó con una sonrisa, y eso me gustó mucho.

—Decime, ¿vos andás con una rubita?

Pero era lento para entender y tuve que repetir.

—Una de bolso gringo.
—Sí, Elisa.
—Le hace falta una ayuda.
Me miró fijo, con ganas de salir corriendo. Se notaba que no era persona acostumbrada a enfrentar desgracias. Pero corazón tenía, porque lo escuché clarito. Pum, pum.
—¿Qué le pasó?
—No sé decirte bien, pero sí que está en Los Coloniales. Y harías bien en ir a buscarla.
Claro, siendo extranjero no supo de qué le hablaba y preguntó si Los Coloniales era un hospital.
—No, no. Un almacén, fue un almacén. La rubita está allá.
—¿Cómo me dijo?
—Los Coloniales.
El pobre era lerdo para aceptar las cosas inesperadas.
—¿Adónde queda?
Le expliqué bien, para que no fuera a perderse. Hasta el frente le describí. Porque aunque hacía años que no iba para allá, estaba seguro de que seguía como entonces.
Después lo vi irse. Arrancó bien pero ¿quién sabe?, a lo mejor se arrepentía en el camino.

ELISA

Orestes endulzaba el mate para dárselo a Miguelito cuando Elisa salió del dormitorio.
—Metete adentro —Orestes le habló como a un cachorro—. ¡Metete te digo!
—Por favor —Elisa dijo lo que creía—. Vos sos más bueno.
—Metete adentro.
—Por favor. Ahí no puedo respirar.
Orestes le miró las piernas golpeadas.
—Sentate. Pero un ratito nomás.
Casi como si fuera una visita, Elisa se sentó y recibió un mate.
—¡Mirá qué contento se puso el marmota! —dijo Orestes.

Y era verdad. Miguelito, el Alma Boba, se paró detrás de Elisa y empezó a peinarla con los dedos.

Afuera, en la noche inicial, Martín se detuvo indeciso frente al antiguo almacén. Era como el viejo se lo había descripto.

Sobre el dintel de la puerta, años atrás, un cartel pintado hacía gala de la idiosincrasia de sus dueños: Los Coloniales.

El timbre que Martín apretó no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Igual, nadie tenía motivos para llamar a la puerta del edificio donde había comenzado la fortuna familiar. No por la venta de yerba, azúcar y jabón en polvo sino por el contrabando que el padre de doña Margarita ejerció con profesionalismo y le heredó a su progenie.

La mirada de Orestes tenía la inquietud de una polilla, que escapaba, justo a tiempo, del manotazo de Elisa.

—¿Por qué no me dejan salir?

—¡Quedate tranquila!

—Por favor, dejame…

—¡Si vas a llorar te mando al dormitorio!

Después de llamar, Martín esperó un tiempo prudencial y empezó a alejarse. Cruzaba la calle de tierra para ir a buscar a la piba del poncho colorido cuando vio a Moris doblar la esquina, con la mochila de Elisa colgada de un hombro. Hacía muy poco lo había dejado en la casa, protestando contra el fútbol argentino. Martín se

detuvo y vio a Moris golpear la puerta de Los Coloniales, lo vio esperar con inquietud. Después, Orestes salió a atenderlo.

Sin tiempo para pensar lo que hacía, Martín fue hacia ellos, casi corriendo.

—¡Ey!

En la puerta de la proveeduría dormida, Moris y Orestes se quedaron desvalidos y con una evidencia a la vista que, estúpidamente, Moris intentó ocultar.

Martín fingió no ver la mochila. No sabía muy bien qué decir ni cómo preguntar. Sin embargo, protegió la identidad del informante.

—Me dijeron que Elisa está acá.

No habló con altanería, no buscaba pelea. Ni siquiera deseaba que se pusiera en evidencia su desconfianza. Al contrario, el comentario intentó parecer cotidiano.

Adentro, el bobo hablaba sin parar.

—El viejo me quiso dar con un fierro en la cabeza.

Elisa intentaba escuchar lo que ocurría en la puerta de calle.

—Yo le voy a decir al Nerio que lo mate, ¡y listo! Pum, pum, viejo de mierda, y que le robe el traje de diablo.

La presencia inesperada de Martín dejó a Moris y a Orestes sin criterio ni estrategias.

—¿Elisa, acá? —Moris fingió una pregunta a nadie.

La situación era difícil de evaluar. Los pinches estaban confundidos. Aun así, Martín avanzaba apenas, con poco coraje.

—Si está, me gustaría saludarla —el pibe de Buenos Aires hablaba muy alto para el volumen medio de Tilcara.

—Acá le damos el tiro —Miguelito se puso el dedo entre las cejas.

Elisa reconoció la voz y se levantó. El bobo se paró también, delante de ella.

—No te podés mover.

En la vereda, Orestes mintió el tiempo verbal.

—Estuvo.

Aunque la mentira tocaba castañuelas, Martín prefirió fingir que les creía. No iría más allá, evitaba mirar la mochila, tenía miedo.

—Bueno, voy a ver si la encuentro por ahí.

Con cara de doctor bobo, Miguelito intentaba cumplir su papel.

—Vos tenés que quedarte conmigo.

Pero Elisa había reconocido, en las voces de la calle, su última oportunidad.

El empujón lo dejó sin centro. Miguel María Tolosa manoteó el aire, más idiota que nunca, antes de caerse de costado sobre la silla. Elisa corrió hacia la calle.

—¡Martín!

Su grito disolvió la puerta.

El lunes santafecino fue uno de esos en que la humedad es superior a cualquier otra congoja.

—Doña Rufina, la llaman… Dice mi papá que se apure.

Y otra vez la corrida rebotando en las várices, y la agitación en el teléfono.

—Hola, vieja.

—Hola.

Ana María llamaba para explicarle por qué había mandado a Elisa de vuelta a Santa Fe, que cuando la invitó creía que era otra clase de chica pero enseguida mostró la hilacha.

—¿Cómo está la Eli? —preguntó Rufina—. ¿Contenta?

De a poco, Rufina entendió que Elisa hubiera debido estar ahí, y no estaba.

—No sé qué decirte, vieja.

La jujeña cortó el teléfono. Era una desgracia que ella no podía abarcar con los brazos. ¿A quién acudía? ¿Qué explicaba? Su patrona no estaba para atender problemas de sirvientas. Pensó en Chejuán y en Irene, que estarían de cumbia.

Apenas se habían alejado cuando Martín empezó a preguntar con ese tono empañado que, a veces, se usa para las víctimas. Elisa explicó sin suerte, porque se enredaba en una historia de culpables desdibujados, de borrachera; con una niña que vivía en las piedras del Pucará.

—¿Querés ir a la comisaría?

—No.

Para alivio de Martín, Elisa fue rotunda. Cómo se le decía a una máquina de escribir que en Tilcara había violadores y fantasmas.

Los dos extranjeros, unidos en un punto del viaje, pasaron la noche del domingo en un hotel barato, sin tocarse.

Martín apenas pudo dormir. Elisa, en cambio, se dejó caer al fondo de la inconsciencia, allí donde había gente afilando lanzas. Cuando se despertó tenía hambre.

—Acá sirven un desayuno —dijo Martín.

Mientras tomaban café con leche y comían pan casero, Martín se sintió obligado a insistir.

—¿De verdad no querés hacer la denuncia?

—No. Me voy a Santa Fe.

—¿Estás segura?

—Ajá.

—Contame qué te hicieron.

—No me hicieron nada.

Sacaron el pasaje para la tarde, así Elisa no tendría que esperar tanto tiempo en la terminal de Jujuy hasta que saliera el colectivo que la llevaría a Santa Fe.

Ahí fue cuando Elisa hizo un pedido extraño.

—¿En serio querés ir al Pucará?

—Si vos me acompañás.

—Vamos.

ABEL MORENO

Los vi pasar juntos. Ella con su bolso gringo. Él, como si no me conociera. Los vi y puedo decir que sentí que mi partecita de cielo la tenía ganada.

Después de ese día, empecé a desear que Miguel María Tolosa se muriera. No digo que rezaba, porque Dios mezquina esos favores. Pero desear, sí.

Un pueblo necesita a su tonto para que unos ojos vean lo que nadie ve. Pero un tonto bueno, y no este descorazonado que iba de mal en peor.

Por unos meses se perdió de mi vista.

Reapareció más gordo y más malo. Cada vez que pasaba delante de mi silla, me apuntaba con el dedo. Pum.

Por suerte para mí, que ya le empezaba a tener miedo, no pasó un año… Miguelito salió disparado de la moto de uno de los muchachones y se trizó la cabeza.

Ahora habrá que esperar a que nazca el nuevo tonto. Y que salga derecho.

ELISA

Martín dijo que habían llegado, pero a ella le resultó imposible reconocer el sitio del sábado a la noche.

—Llevame adonde estabas con la chica del poncho.

—¿Me viste? —Martín no entendía.

—Vos también me viste.

—No te vi.

—Yo era la chica que bailaba cumbia.

Oscura, mentirosa o loca; posibilidades para aplacar cualquier conciencia.

—Esperá que me ubique —dijo Martín, apurado por terminar el asunto.

De camino, se cruzaron con un grupo de turistas que recorría las callecitas de piedra detrás de un guía.

—Acá.

Martín se sentó en una pirca, muy cerca del punto donde había estado el sábado a la noche. Desde allí vio a Elisa observando las piedras como quien intenta descubrir una forma. Iba a levantarse para preguntarle si estaba bien, pero no había dormido casi nada, ansiaba que llegara la hora de dejarla, así que se recostó en la pared baja y cerró los ojos.

El que busca, encuentra.

El que busca una niña, encuentra una niña.

El que busca en la piedra, si sabe lo que busca, al final lo encuentra.

—¿Acá vivís? —preguntó Elisa.

—Acá vivimos.

—Yo te vi.

¿Por qué, siendo tan nítido el rostro que miraba, Elisa iba a pensar que estaba hablando sola?

—Tené cuidado —dijo la niña del Pucará—, porque te llevás una marca para que los diablos te encuentren en cualquier lugar.

—¿Qué marca?

—La marca de la soledad.

Agobiado por el sol de Tilcara, Martín se cubrió los ojos y giró la cabeza. Elisa gesticulaba frente a una piedra.

Rufina hablaba con la Virgen de Guadalupe cuando el hijo del carnicero palmeó las manos.

—Doña Rufina, la llaman de nuevo. Dice mi papá que se apure.

Toda transpirada y con las várices moradas, Rufina llegó a la carnicería. Pero, como mandaban los siglos, puso la humildad antes que su propio dolor:

—Perdone la molestia.

—Dele, Rufina. ¡No hay problema!

—Hola, vieja.

—¿Eli?

—Sí.

De nuevo.

—¿Eli?

—Sí, vieja. Hola.

¡Cuánto hacía que Rufina no era tan feliz! Si al final, había que pasar penas grandes para aceptar las penas chicas.

—Tu tía me llamó...

—Está bien, quedate tranquila. Hoy a la noche salgo para allá.

Rufina volvió al rancho dando las gracias. Entró, fue derechito a buscar el cuaderno de Elisa, guardado en el mueble de cajones de manzana, y lo abrazó para llorar de alegría.

En Tilcara, el colectivo estaba a punto de salir. Martín pensó que, con suerte, encontraría a la piba del poncho para ir a tomar unas cervezas.

—Estás contento de que me vaya —dijo Elisa.

—Para nada.

Antes de irse, Elisa Viltes tuvo necesidad de contárselo a alguien.

—¿Me ves la marca?

Martín frunció el gesto.

—La marca de la soledad —aclaró Elisa—, la que me hicieron para poder encontrarme en cualquier lugar.

Por suerte, el chofer empezó a cortar los boletos.

Se dieron un beso en la mejilla.

—Chau.

Martín vio con alivio cómo el colectivo se alejaba, cerrando la anécdota de una piba medio loca que se había cruzado en su viaje.

ABEL MORENO

Pero si un diablo te puso el ojo, ya no hay paz segura. Puede ser que te sigan el paso porque no les gusta perder; si ya un olor se les quedó en la nariz, cualquier día le van detrás.

Después que pasó todo, el sarpullido se puso tenaz, pica que pica. Me abrí la carne rascando. Además, la tos me ha molido la espalda... Los vecinos me dicen que vaya para el médico, pero si voy no vuelvo. Cuando toque, es mejor mi silla de paja, viendo pasar a los vivos, saludando. Mejor eso que estar mirando el techo de un hospital, con la única compañía de los recuerdos.

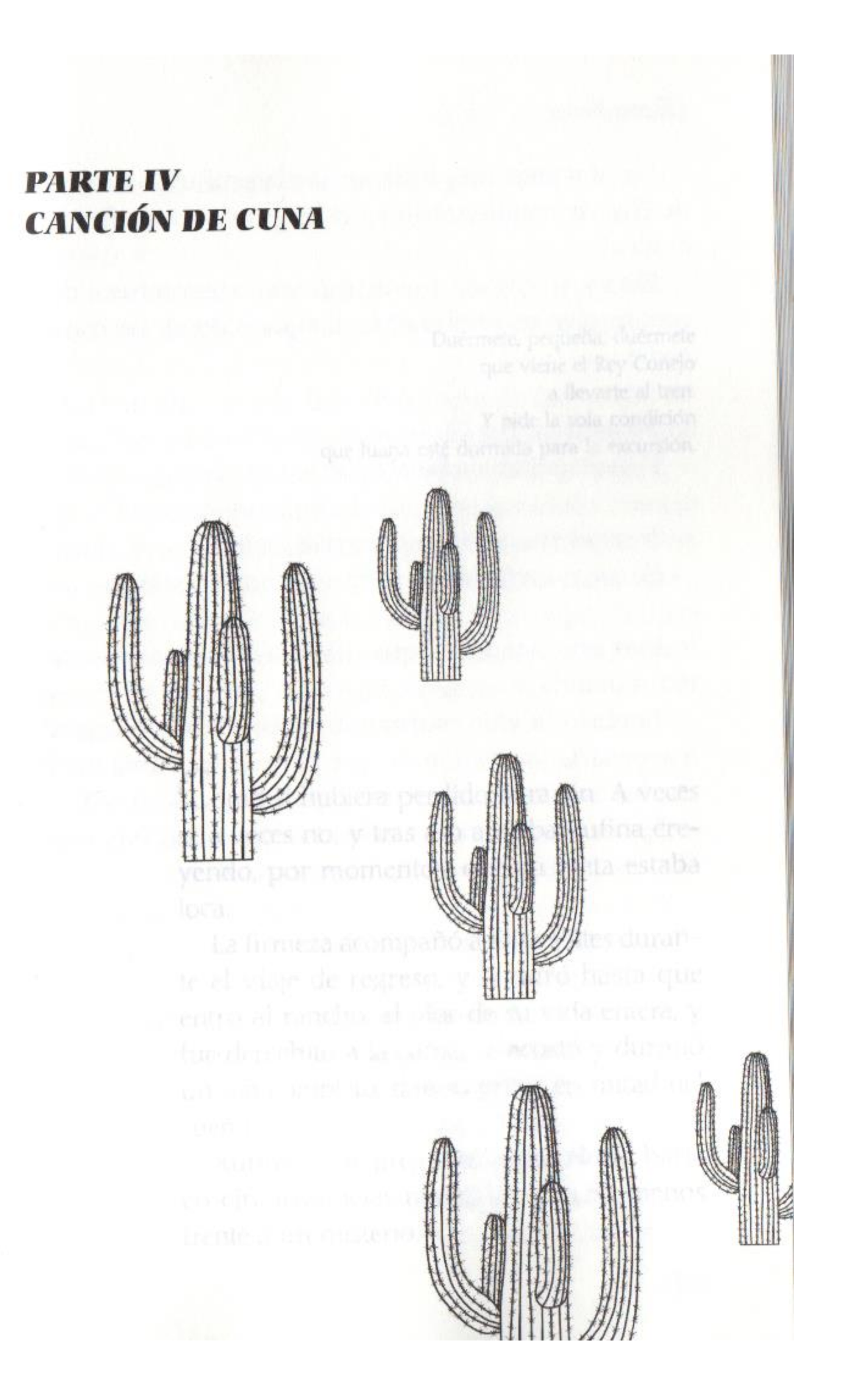
Morirse de tos, sin los hijos cerca, en una silla de paja que está casi peor que yo. A veces, jugando, le pregunto cuál de los dos va a aguantar más. Espero que ella.

Lo mismo espero que sea mi madre la que venga a buscarme, cantando una copla. Eso espero. A lo mejor, ayudando a la rubita, me gané ese favor del cielo. Si viene mi madre, si la escucho coplear, me levanto y corro como un niño.

—Venga, Abelito. Venga ya mismo. Se hace oscuro, Abelito. Venga rápido, que se hace oscuro.

PARTE IV
CANCIÓN DE CUNA

Duérmete, pequeña, duérmete
que viene el Rey Conejo
a llevarte al tren.
Y pide la sola condición
que Juana esté dormida para la excursión.



Duérmete, pequeña, duérmete
que viene el Rey Conejo
a llevarte al tren.
Y pide la sola condición
que Juana esté dormida para la excursión.

Como si hubiera perdido la razón. A veces sí, a veces no; y tras eso andaba Rufina creyendo, por momentos, que su nieta estaba loca.

La firmeza acompañó a Elisa Viltes durante el viaje de regreso, y le duró hasta que entró al rancho, al olor de su vida entera, y fue derechito a la cama, se acostó y durmió un día completo, dando gritos en mitad del sueño.

Rufina no le preguntó nada. No lo haría en circunstancias normales, mucho menos frente a un misterio.

Los síntomas más evidentes de la profunda confusión de Elisa se manifestaban en el lenguaje y en su frontera, el silencio.

Elisa y el lenguaje mantenían una relación fuera de lo común, algo entre ellos dos, un espacio donde no entraba nadie.

Me voy a trabajar, Eli.
Vieja, ¿tu patrona habla al revés?

Te compré unas revistas usadas para que leas.
No quiero, Rufina. En las revistas hay hombres muertos.

Esas eran las cosas que dejaban a Rufina estática y murmurando.

También la villa murmuraba sobre el asunto, siendo mayoritaria la opinión de que Elisa Viltes había vuelto con los tornillos flojos, y más repugnante que nunca.

Por suerte no era así todo el tiempo. Muchas veces, Elisa estaba bien y hablaba como antes de irse.

—Vieja, ¿qué le pasó al cuaderno?

—¿Qué tiene?

—Como si lo hubiera agarrado una tormenta.

—La humedad debe ser. Ponelo abajo de unos ladrillos.

Elisa se conformó con menos: lo estiró con las manos y lo golpeó para sacarle el polvo. Enseguida lo abrió en la primera página, y leyó.

Mirar al otro lado del que todos señalan
que es allí donde crece la rosa inesperada.

¡Ojalá puedas cumplir el consejo de este gran poeta!
Con cariño,
Beatriz.

Lo cerró enseguida y volvió a ponerlo en su lugar.

Apenas supo que la hija de Naranja Dulce estaba de regreso, Leandro empezó a rondar el rancho. Pasaba por allí innecesariamente, hasta que una tarde la encontró.

Si le hubieran preguntado a Leandro cuánto tiempo se había ausentado Elisa Viltes, no habría sabido dar una respuesta clara. Pero, mirando el rostro de la chica, parecía mucho tiempo. O, por lo menos, un tiempo distinto al de cada día. Linda como siempre, aunque con la piel ligeramente amarilla, Elisa contestó el saludo.

—Hola.

—Hola.

—¿Estás por salir?

Los dos iban para el mismo lado, así que caminaron juntos.

—¿Vas para el centro?

—No, a planchar.

—¿Lejos?

—En Junín, pasando San Lorenzo.

—Si querés, te acompaño.

—Bueno.

Tenían varias cuadras por delante, y Leandro se puso alegre de repente. Pero el pibe no tenía la compostura de Rufina, incapaz de entrometerse donde no la llamaban.

—¿Cómo te fue?

—Bien.

—Me dijeron que estabas en la casa de una tía.

—Al principio… Después viajé.

Viajar, viaje, viajé, palabras que, en la villa, carecían de trivialidad.

—¿Por dónde?

—A un lugar que se llama Tilcara.

Visto desde afuera, era posible desentrañar el mecanismo de Elisa, que se repetía de manera casi idéntica. Al principio, cuando alguien le hacía preguntas acerca de su viaje, se resistía a responder. Pero pasado cierto límite, relacionado quizá con la insistencia del que preguntaba, ella empezaba a hablar… Contaba, contaba, contaba, se confundía.

Y Leandro fue insistente.

—¿Es lindo ahí?

—Tiene cerros. Pero hay muchos bobos.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

El pibe no quería que, de pronto, la rubita se retobara y quisiera seguir sola.

—¿Fuiste a trabajar?

—Más o menos —en ese punto Elisa entró al remolino—. Bueno, sí. Trabajé de cocinera en una casa de ricos… Me tomaron tanto cariño que querían que me quedara a vivir con ellos. Pero yo pensé en Rufina y me volví. Tenían una cocinera que hacía de todo. Hasta pavo me sirvió, un día. ¿Vos probaste el pavo? Es asqueroso.

—¿Te tenían para el planchado?

—Sí. Y también para matar las moscas.

Llegaron a la casa donde Elisa había encontrado trabajo por horas.

—Es acá.

Leandro no iba a darle un beso, pero Elisa se lo pidió.

—¿Después nos vemos? —preguntó.

—Oneub —contestó Elisa.

—¿Qué es eso?

—Bueno. En el idioma de los diablos.

Medio loca, rubita, repugnante, hija de Naranja Dulce; nada era importante. Leandro cruzó el Parque Garay de regreso a la villa creyendo, una vez más, que tenía novia.

De nuevo Elisa Viltes, artista en el arte del planchado que, además, cobraba poco, consiguió trabajo con facilidad. Muy pronto, tuvo varias casas y pudo ayudarle a Rufina. Tanto le pedían que tomó los sábados a la mañana en la casa de los Aragunde.

En ese recorrido, empezó a verlas. La mujer y su hija pequeña. Algunas veces, estaban adentro de la librería. Otras veces, si no tenían clientes, jugaban en la vereda. Cuando Elisa las saludó, ambas respondieron con entusiasmo.

—¿Cómo te llamás? —la pregunta de la niña la detuvo.

—Elisa.

—Yo me llamo Juana, y tengo cinco años.

De ese modo, por intermedio de una niña, comenzó la relación con La Puebla, una librería de culto alejada del circuito comercial.

Cuando Elisa se paraba en la vidriera a mirar los libros, la dueña del local le sonreía.

Las dos mujeres hablaron del clima, Elisa le contó que trabajaba cerca, Mónica quiso saber adónde, *Con los Aragunde*, Mónica los conocía, Elisa preguntó: *¿Es tu única hija?, La única pero vale por cuatro.* Entonces llegó la pregunta implacable: *¿Adónde vivís?* Elisa dijo la verdad: *En la villa*, y la mujer no se apartó ni un milímetro, *¿Te gustan los libros? Leí como veinte que me dio la voluntaria del Hogar. ¡Qué bueno!, cuando quieras podés entrar y leer acá.*

Pasaron varias semanas hasta que Elisa se animó. Ese sábado salió más tarde, porque los Aragunde habían vuelto de viaje con una parva de ropa.

En La Puebla había dos personas más, un hombre canoso y una mujer gordita, que Elisa imaginó clientes.

Juanita la vio antes que nadie y corrió a abrazarla.

Era un momento decisivo. Elisa lo sabía bien y estaba nerviosa, porque una cosa es invitar a alguien con un liviano *Vení cuando quieras*, y otra cosa es que esa persona aparezca. ¿O no le había pasado eso a su tía? Por suerte, la sonrisa de Mónica no mostraba ningún arrepentimiento.

—¡Hola, Elisa! Pasá, pasá —y enseguida—: ¿Viniste a leer?

Elisa traía pensada la respuesta.

—Un libro que se llama *Música mala* —pidió, como si en una librería estuviesen todos los libros del mundo.

Mónica se quedó pensando, no conocía ese título y se dirigió al hombre que husmeaba en un estante.

—Guerre, ¿conocés *Música mala*?

—Sí, la de Diego Torres.

—Dale, che —Mónica no quería avergonzar a su invitada—. Es un libro que pide Elisa.

Que pide Elisa, Elisa, Elisa... La mujer de la librería usó su nombre, no dijo *piba*, no dijo *chica*. Dijo *Elisa*, su nombre, *Elisa*.

El hombre tampoco sabía. En cambio, sabía la mujer que hojeaba un libro del mesón de ofertas.

—¿El de Alejandro Rubio?

La pregunta iba dirigida a Elisa, que se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

Juanita y Mónica Bestard. Sus amigos: Guerre, de unos cincuenta y pico; Diana, regordeta. Ellos pasarían a ser parte de los sábados, de la música, de la batalla de Elisa contra los demonios que habían hecho nido en su cuerpo.

Es el tren de turrón,
las ruedas de bombón,
y pintado con sambayón.

Leandro empezó a ir al rancho cuando Rufina no estaba.

Siempre era igual. Elisa lo recibía en silencio y caminaba hasta la cama para un amor suave y triste. Cada vez, le pedía que no cerrara los ojos.

—¿Por qué?

—Me da miedo.

Solamente una vez, Elisa intentó una explicación.

—¿Y si cuando los abrís son rosados?

Leandro no la entendía y más se apasionaba por aquella criatura inabarcable, rara en la villa; más una estampita de santa que una piba.

Después Leandro se iba, porque Elisa tenía que bañarse y salir corriendo a sus planchados por hora. Por mucho que intentó prolongar la visita preguntando por el viaje, Elisa ya no volvió a hablar del asunto. Ahora, otros la escuchaban y la entendían: Mónica, Guerre y Diana.

Su más profunda felicidad era La Puebla.

Puebla de gente que cosía las roturas del lenguaje. Mónica, Diana, Guerre, y hasta Juanita, saboreaban las palabras como caramelos. Hasta las dejaban un rato en la boca antes de pronunciarlas.

Elisa era una desamparada, una víctima pidiendo ayuda. Y ellos la hicieron parte de sus jornadas.

Allí iba Elisa cada sábado: jugaba con Juanita, tomaba mate o se sentaba a leer detrás del mostrador. De a poco, se hizo parte de la reunión sabática en aquella librería de culto, donde las palabras tenían permisos especiales.

—Conocí un pavo con este nombre.

—¿Italo?

—No. Calvino.

Y Elisa leyó la historia de un castillo donde los destinos se cruzaban: historia escrita para ella.

En una de las primeras visitas, Mónica hizo una pregunta que tenía en la garganta desde que la había visto por primera vez.

—Perdoname, Elisa, ¿vos estás comiendo bien? Te pregunto porque no te veo buena carita, estás un poco pálida.

—Me quedé un poco amarilla después del viaje.

—¿Un viaje?

—Uno que hice a Jujuy, a Tilcara.

Mónica casi aplaudió de entusiasmo.

—¿De verdad? Yo fui a Tilcara hace unos años. ¿No es el lugar más lindo del mundo?

Elisa tembló.

—¿Conocés a Nerio?

—No.

—¿Y a Orestes?

—Tampoco —Mónica aclaró—: Estuve unos pocos días, de paso para Bolivia. Iba con el papá de Juanita. ¡Creo que ahí me quedé embarazada!

Si algo faltaba para que Elisa se sintiera amarrada a La Puebla, eso acababa de ocurrir. De ahí en adelante, cuando Juanita se dormía o estaba entretenida con sus juguetes, Elisa Viltes contaba una historia de proporciones fantásticas, que Mónica, Guerre y Diana escuchaban con verdadero interés.

Sábado a sábado, en la librería, Elisa Viltes contaba de un Dios que hablaba en inglés y una gitana, de un bobo y un guiso con dedos humanos…

No importaba que fuera estrictamente cierto, pero había en aquella historia una tormenta, una música demencial y un misterio.

Acodados sobre pilas de alta literatura, Mónica, Guerre y Diana prestaban atención a la poesía primitiva de la especie humana.

—En Jujuy, Dios habla en inglés. Pero en Tilcara, tiene sarpullido y tos.

Los rieles de maní,
la estación de budín.
Duermeté, mi dulce querubín.

Palmearon en la entrada del rancho cuando atardecía.

Eran dos pibas en código de pelea. Una de ellas, Solange Barrientos, cogoteaba como un gallito.

—¿Vos andás con el Leandro?

Para que Rufina no escuchara, Elisa salió y cerró la puerta.

—Hablá más bajo —pidió.

—Por si no lo sabés, yo soy la novia.

La acompañante de Solange asentía, y cambiaba el peso de una pierna a la otra.

—Hablá bajo que mi abuela está durmiendo —dijo Elisa.

—¿Encima te hacés la reina? —la que afirmaba ser novia de Leandro se le fue encima—. Dejá de provocarlo, porque te voy a agarrar de los pelos.

Sin espamentos, Elisa dio un paso adelante y le habló a la distancia del aliento.

—Yo parezco rubia —dijo—. Pero si quiero, soy más negra que vos —a partir de ahí, Elisa usó un plural escalofriante que, claramente, no hacía referencia a Leandro ni a Rufina—. No queremos verte más por acá, ¿entendiste? No queremos bailar encima tuyo. No queremos ahorcarte con una serpiente viva.

Solange Barrientos se vio obligada a bajar la cresta. Solo para guardar las apariencias frente a su acompañante, balbuceó que, con razón, decían en la villa que Elisa estaba loca. No más que eso. Y se fue para no volver.

Cuando se quedó sola, Elisa tuvo miedo de su voz. ¿Había sido ella la que había hablado? ¿O habían sido los demonios?

Pero en La Puebla, Elisa Viltes se encontraba con lo mejor de su alma.

Ese sábado, Juanita se puso de mal humor a causa del sueño. Como siempre que eso ocurría, Mónica la alzó para cantarle la canción de cuna que ella misma había inventado para su hija.

Duermeté, Juanita, duermeté,
que viene el Rey Conejo a llevarte al tren.

Elisa, que ya la sabía de memoria, la acompañó en voz baja.

Y pide la sola condición
que Juana esté dormida para la excursión.

Poco después, la niña dormía en un colchoncito acomodado en el espacio de la cocina.

Estaba por llover. Era probable que fuera poca gente a la librería.

—Si querés, limpio algo —ofreció Elisa.

Mónica juntó las cejas.

—¡Ni se te ocurra! —y agregó—: ¡Acá el único que limpia es Guerre!

El aludido aprovechó el momento para levantarse a preparar mate. Cuando volvió, las mujeres hablaban en susurros.

—¿Es cosa de chicas o puedo quedarme?

—Elisa nos está contando algo —dijo Diana.

—A ver… Quiero enterarme.

Elisa volvió a empezar, para incluir al recién llegado.

—De Candela, una nena que conocí en Tilcara.

—¿La nena de la piedra? —se equivocó Guerre.

—No. Una que estaba con su papá muerto en una revista.

De a poco, y entre los tres, fueron entendiendo que Elisa Viltes hablaba de José Luis Cabezas. Pero ¿qué hacía Cabezas en Tilcara, a los pies de una cama de bronce? ¿Qué hacía entre hombres oscuros, parecidos, tal vez, a sus asesinos?

Guerre encontró un comentario que lo ayudó a moderar su emoción.

—Elisa, ¿por qué no escribís las cosas que te pasaron en Tilcara?

Mónica y Diana se mostraron entusiasmadas con la idea.
—Dale. Escribilo así, como lo decís.

Elisa aceptó la sugerencia con naturalidad, quizá porque no imaginaba la dificultad de la empresa, quizá porque sabía que alguien iba a dictarle las palabras precisas.

—Ya tengo el cuaderno —dijo.

En la villa, el teléfono de la carnicería llamó muy de tanto en tanto, y siempre corrió Rufina.

Un par de veces fue Chejuán. Al pobre, la esperanza ya no le alcanzaba ni para mentir.

—Acá estamos, más o menos. La Irene anda mal. Desde el embarazo quedó mal.

En una ocasión, llamó Ana María desde Jujuy. Rufina le comentó a Elisa que su tía le mandaba saludos.

—La próxima vez, decile a tu hija que se muera.

Ya tengo el cuaderno, había dicho. Y apenas volvió al rancho, fue a buscarlo.

Estaba exactamente donde lo había dejado por última vez, pero tan lleno de tierra como si llevara siglos sin que alguien lo tocara.

Elisa lo sacudió y se quedó mirándolo un largo rato, en la página de la dedicatoria. Ahora sí podía visitar a Beatriz, dar la cara, admitir su fracaso y su regreso. La voluntaria del Hogar no iba a decepcionarse porque ahora Elisa podía contarle que iba a escribir un libro.

Al país de los juguetes va,
cruzando un río de leche, un puente pasará.
Y después, de un cerro de pastel,
el Reino del Juguete se ve aparecer.

Elisa se detuvo en la puerta del Hogar de niñas en estado de indefensión. Y llamó.

La portera reconoció enseguida su enfermedad.

—¡Qué desmejorada, mijita!

—¿Está Beatriz?

—Sí, vamos —la portera caminó murmurando—: Qué contenta se va a poner.

Apenas la miró a los ojos, Beatriz supo que la supremacía sobre Elisa estaba deshecha. Sin embargo, pastora de ovejas negras, intentó recuperar el dominio con un movimiento inesperado.

—Ya sabía que estabas de vuelta... Me lo contó un pajarito.

Pajarito pudo ser Rufina, que se lo contó a su patrona; pajarito pudo ser la patrona de Rufina, que se lo contó a su prima, la directora del Hogar. Pajarito pudo ser la directora del Hogar, que se lo contó a Beatriz.

Era una relación sencilla. Si Elisa no había querido hacerla antes, la hizo en ese momento.

—Ya sé... Fue la directora.

En ese acto de deducción elemental, germinaba la rebeldía.

Porque el comentario de Elisa era señal de su absoluta falta de agradecimiento. *Me estoy esmerando para no enojarme, para no decirle claramente que la cabra tira al monte, que tuvo una oportunidad de salir de la villa y a la villa volvió... Trabajando gratis cuando podría estar de viaje con mis primas, sacrificándome por estas pobrecitas, tengo que aguantar que venga con aires de señora.*

Para salvar la incomodidad, Beatriz la invitó a tomar mate cocido en la cocina.

—¡Qué pronto volviste!

—A mí se me hizo largo.

—¡Si vos lo decís!

Llegaron en silencio a la cocina. O peor, haciendo comentarios inútiles.

Los acordes del desagrado empezaban a escucharse.

—Bueno, ¡contame algo! —pidió Beatriz.

—Yo venía a contarte...

Un fagot preparó el anuncio.

—Que voy a escribir una novela.

Viento metal: cinco trompetas. *Allegro ma non troppo.*

Como si estuviese escuchando aquella orquesta fantasmal, Elisa Viltes contó de la librería, de Mónica, Diana y Guerre. Contó que ellos le habían pedido que escribiera.

—Ya veo. ¿Y sobre qué? Si puede saberse.

—Del viaje.

—¿Tu viaje?

El contrabajo interpuso su espacio sonoro en la conversación de las dos mujeres que, en la cocina del Hogar, tomaban mate cocido.

—Porque me pasaron muchas cosas...

—Mirá, Elisa, a todos nos pasan cosas y eso no significa que podamos escribir una novela.

¡Todas las cuerdas!

—¿Esa gente te explicó algo sobre la novela de viajes? Porque sabés que es un género literario, ¿o no?

Madera y metal las obligaban a alzar la voz.

—Ahí leo muchos libros. A veces, los leo enteros. Leí de un castillo donde se juntan unas personas... —como los destinos, las palabras empezaron a cruzarse— Lo escribió uno que se llama como el pavo. El pavo que vigilaba la entrada del castillo.

Madera, metal, cuerdas. Con la orquesta en su clímax, resultaba casi imposible escucharse.

—¿Cómo? —preguntó Beatriz.

Elisa habló sobre la voz autoritaria de la soprano.

Sors immanis et inanis, *en La Puebla me sale bien la historia,* tu volubilis, status malus, *porque ellos no se ríen,* vana salus, *ni se distraen,* semper dissolubilis, *ni limpian la bombilla del mate,* ¡obumbrata et velata michi quoque niteri, *hasta me dicen que en la villa también hay poesía.*

Acorde final.

—Muy bien —Beatriz se puso de pie—. Entonces, vaya a escribir, señorita. ¡Y avíseme cuando le editen el libro!

Elisa Viltes no insistió para quedarse. Beatriz, por su parte, no pudo acompañarla hasta la puerta porque tenía que visitar a una huerfanita que, a pesar de su origen, manifestaba el don de la inteligencia.

Beatriz le pidió a Dios permiso para vomitar. Pero, en esa ocasión, Dios no quiso acceder, y la voluntaria tuvo que tragar ácido el día entero.

Las muñecas vendrán con fruta y mazapán.
Duérmete, que pronto partirán.

¿Qué puede hacer una oveja si el pastor la desprecia? ¿Cómo existe? Una oveja no es más que el rebaño, y el rebaño es una prolongación del pastor. Entonces, ¿cuál es el propósito de una oveja abandonada? Quizá, hasta olvide que debe comer pasto.

Elisa no fue capaz de reconocer las conexiones entre su visita al Hogar de niñas y el súbito desapego que sintió hacia la idea de contar su historia. De pronto dejó de creer que era posible, perdió interés y hasta se enojó con aquellos que se lo habían propuesto.

Por primera vez en varios meses no fue a La Puebla.

El siguiente sábado, la señora Aragunde le avisó que alguien la buscaba. Elisa salió a la vereda, deseando que nada malo le hubiera pasado a Rufina. Pero, en lugar de una mala noticia, encontró a Mónica Bestard que quería saber de ella.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Juanita preguntó por vos toda la tarde.

Elisa se quedó callada.

—¿Vas a pasar hoy? —preguntó Mónica.

—No sé, porque salgo más tarde.

A partir de entonces, Elisa Viltes cambió el recorrido entre la casa de los Aragunde y la villa para evitar La Puebla.

Soledad, trabajo de los diablos.

Soledad de la pena. Soledad de los pobres.

Soledad del lenguaje.

Rufina fue testigo de la recaída de su nieta. Elisa volvió al silencio profundo, que rompía muy de tanto en tanto. Y era mejor eso que escucharla decir rarezas.

Algo más sucedió a partir del sábado en que Elisa decidió no ir a La Puebla: un hombre desconocido empezó a aparecer en su camino: cerca de la casa de los Aragunde, cruzando el parque, en las vías; vestido de silencio. A veces, caminaba unas cuadras a sus espaldas. Otras veces, la miraba pasar.

Agosto tenía catarro.

—No vayas a trabajar, Rufina. Estás enferma.

—Se enferma el que puede.

—¡Mentira, vieja! Se enferma el que come arroz con leche.

Rufina ya no pretendía entender.

—¿Vos le avisarías a la señora?

—Sí, yo le aviso.

Minutos después, Elisa iba camino a la carnicería para hacer el llamado que iba a dejar más tranquila a su abuela. Entonces, los vio.

Volvían, uno junto al otro, avergonzados.

Elisa se detuvo en seco y apretó las manos. Ellos también la vieron y fue peor, porque corrieron sin gracia, torcidos hacia el lado de las valijas. Irene perdió fuerza en las rodillas y se cayó de boca.

Cuando Elisa llegó, su madre estaba en cuatro patas, queriendo levantarse y sonreír; mirándola con un dolor que Elisa jamás le había visto.

¡Qué inmensamente flaca estaba Irene! ¡Qué inmensamente tristes estaban los dos!

¡Qué ganas de abrazarlos!

¡Qué cumbia inesperada!

—Hola —dijo Elisa—. La vieja está en la casa, enferma.

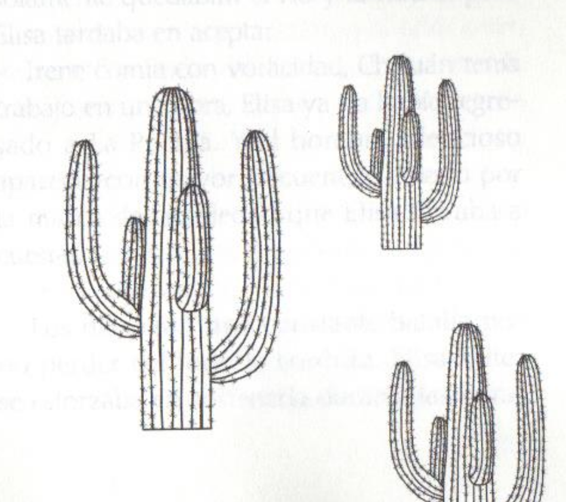
Irene no bailaba, no cantaba. Irene andaba pálida y seca. Rufina le cocinaba fuerte para que recobrara la salud.

—Gracias, vieja —dijo Irene un día.

A Elisa la hacía feliz ese dolor; porque gracias a él, Irene empezaba a parecerse a una madre.

Otra vez todos en el rancho, aunque la cumbia ocupaba un rincón oscuro donde lloraba con la cabeza metida entre las rodillas.

PARTE V
LA CUMBIA INESPERADA



Desde el regreso de Irene y Chejuán, Leandro ya no pudo volver al rancho. Ahora solamente quedaban el río y la noche, pero Elisa tardaba en aceptar.

Irene comía con voracidad, Chejuán tenía trabajo en una obra, Elisa ya no había regresado a La Puebla. Y el hombre silencioso aparecía con mayor frecuencia, guiado por la marca de la soledad que Elisa llevaba a cuestas.

Los días eran una constante batalla por no perder del todo la cordura. Elisa Viltes se esforzaba en sostenerla durante las horas

de planchado en casas de familia, y en presencia de Irene y de Rufina.

El resto del tiempo deambulaba por un territorio baldío y ventoso, donde la única presencia humana era la del hombre vestido de silencio. Más de una vez, Elisa se perdió en el parque, cruzó la avenida ensimismada, *¡Qué hacés, borracha!*, le gritó un conductor. Y Elisa se prendió de esas palabras.

Dicen que estoy borrachita.
Borrachita, me gritan los muchachos cuando paso.
Pero no tengo vino, tengo diablo.

Quizás esas pocas palabras, que Elisa cantaba en su cabeza, fueron la cuerda que la sostenía.

Llovía a cántaros la tarde del viernes en que Elisa Viltes, por impulso de su delirio, decidió ir al Hogar a la hora en que las pupilas salían para la escuela. Llegó un poco antes y se quedó en la esquina opuesta, oculta dos veces: detrás de un árbol y debajo de una capucha.

Las puertas del Hogar se abrieron puntualmente. Primero salió la portera, después las nenas más chiquitas y, al final, las grandes. Elisa se quedó mirándolas, como si ella misma fuera parte de ese grupo de abandonadas a las que nadie quería de verdad.

Elisa notó que todas tenían un lazo negro atado en el brazo. ¿Quién se habría muerto?

Por eso, se quedó esperando a que la portera regresara, después de dejar a las chicas en la escuela. Entonces se le acercó y preguntó sin vueltas.

—¿No sabés? Se murió la Pity, pobrecita. Y con tanto sufrimiento.

Pity, que se había perdido en su memoria, regresó con su carita de laucha y una parva de ropa para planchar.

¿Cuál mierda era la diferencia entre Dios y el diablo?

Elisa se fue corriendo sin decir ni una palabra.

Corrió hasta el parque vacío por la lluvia reciente y se sentó en un banco mojado.

El hombre que la seguía surgió de la humedad y, por primera vez, le sonrió.

Cumbia, sacame de acá,
llevame lejos
que está el diablo ofreciendo caramelos.

Candela, Juanita, Pity y la niña del Pucará; ellas se pararon entre Elisa y el hombre que extendía la mano llena de promesas. Algunas vivas y otras muertas, fueron las únicas que estuvieron allí, con la fuerza inagotable de la infancia. Música de la infancia capaz de socorrernos en el instante de la muerte.

Al día siguiente, sábado de plancha en la casa de los Aragunde, Elisa Viltes agarró el arma y la metió debajo de la campera.

El hombre, que esperaba en las vías, se le puso a la par y empezó a hablarle. *A lo mejor te asusté, disculpame, pasa que busco actrices para una película que se va a filmar en el exterior, y vos me das divino para un personaje. Si te interesa podemos hacer una prueba de filmación…* Elisa Viltes apretó la mano bajo la campera. Sos muy linda, justa para el papel principal. Elisa Viltes no disminuyó ni apuró el paso. Miró a la Pity,

que jugaba a la rayuela en una vereda rota. *Es una película que va a salir en varios países.* Elisa Viltes se armó de coraje y giró la cabeza para mirarlo. Era un rostro hecho con pedazos: la frente abultada del hombre mosca, la mirada de Nerio, las mejillas de Miguelito, el pico del Calvino. La niña del Pucará llegó con una ráfaga de viento. *Como es gente extranjera, pagan muy bien.* Por la vereda, en sentido contrario, pasó Candela de la mano de su papá y la saludó. *Omoc se etneg arejnartxe nagap yum neib.*

Elisa Viltes caminaba y decidía, apretaba el arma bajo la campera.

—¡Mirá quién vino, Juanita! ¡No lo vas a poder creer!

En La Puebla todos se alegraron de verla.

—Te extrañamos.

Y eran sinceros.

Sin aspavientos, Elisa sacó el arma. El hombre se había quedado del lado de afuera, como si La Puebla fuera un pañuelo mojado en agua bendita.

Sin aspavientos, Elisa Viltes sacó el cuaderno con el signo de Libra que llevaba debajo de la campera.

—Empecé a escribir lo que me pasó en el viaje. Pero antes les puse número a las hojas.

Guerre fue el primero en reclamar el cuaderno. Lo abrió y empezó a leer. De a poco, la expresión de su rostro fue cambiando, perdió la ternura condescendiente con que se mira la obra de un niño. Las arrugas debajo de sus ojos se marcaron.

Mucho después, La Puebla diría que se trataba de una escritura intuitiva pero feroz, marcada por alguna experiencia inconfesable. ¿Buena prosa? ¡No! ¿Buena poesía? Tampoco. Cantata villera. Pero, cuidado, porque ese cuaderno decía algo acerca del origen del arte. *¡Cuidado!*, diría La Puebla, *hay algo ahí…*

—Se deshace de su propio lenguaje —dijo Mónica.

—No se deshace —corrigió Guerre—, lo resignifica.

—Habla por otros.

—¿O hablan otros?

—Me quedo con la idea de que existen ciertas musas populares.

—Y ciertos diablos —remató Guerre.

Aquel día, sin embargo, Mónica y Diana entendieron que Guerre leía algo excepcional: rosa, cumbia inesperada. Un poco después, el hombre alzó los ojos húmedos.

—Me sale así —se disculpó Elisa.

—Ahora sí que los diablos están fritos —dijo Guerre.

Juanita imaginó diablos fritos y se rio a carcajadas.

El cuaderno de Elisa

Página N° 1

Me llamo Elisa Viltes, tengo 17, y quiero contarles cosas que me pasaron.

Pero antes voy a presentar a mi familia. Rufina es mi abuela callada. Mi papá es Chejuán, porque eso gritan sus amigos desde afuera. Mi mamá se llama Irene y sabe cantar.

Cuando era chica quería ser sorda para no escuchar cumbia. Después Beatriz me dio la razón y me explicó que la música tenía que elevarnos del cuerpo, y acercarnos a Dios. La cumbia es de carne, las flores de la villa son de carne... Y mi mamá me parecía asado de oferta.

Página N° 2

Quiero ser escritora. Pero ya me di cuenta de que no puedo sacarme las palabras que tengo adentro, como me saqué el vermú del estómago. Con las palabras de la villa solamente se pueden escribir cumbias. ¡Nunca vas a escribir un libro!

Página N° 8

Dios es muy raro.

La música también, pero por lo menos no estuvo mirando lo que me hacían sin ayudarme.

Esa noche no se me olvida nunca, ni aunque me case por iglesia con Leandro. ¿La marca de la soledad se pasa a los hijos como el pelo rubio?

Página N° 33

Beatriz me explicó que hay palabras altas y palabras bajas.

En La Puebla, Mónica, Guerre y Diana me dijeron que eso es mentira.

Buscaron la poesía de la rosa y leyeron:

Hay que andar por el mundo como si no importara.
Sin preguntar el nombre del pájaro y la planta,
ni al capitán del buque, adónde lleva el agua.
Mirar al otro lado del que todos señalan,
que es allí donde crece la rosa inesperada.

A ver, Elisa, ¿cuáles son las palabras altas?

Y yo me puse a ver:

Hay que andar... Chejuán dice: Hay que andar para encontrar laburo.

Rufina dice mundo a cada rato. ¡Qué mundo este!

Nombre, pájaro y planta, lo dice cualquiera.

Capitán del equipo, dice Leandro.

Buque sabemos, porque llegan al puerto.

Y el agua está en la canilla de la vereda.
¡No mires para otro lado, que te hablo a vos!
Rosa es fácil.
Inesperada. Esa sí parece una palabra alta.

Página N° 50

Pobre Irene, si se pone más gorda no va a poder subir al escenario. Es la primera vez en 18 años que le hago un regalo para el día de la madre. Le compré una remera. Después corté la hoja N° 100 del cuaderno para escribirle. Me copié un poco de la poesía de la rosa inesperada y le hice una cumbia, pero Guerre me dijo que esa es una trampa vieja como el mundo.
Irene lloró tanto que me hizo acordar a la lluvia de Tilcara.

Página N° 60

A Chejuán le gustó tanto "Mamá cumbia" que le puso música. Y él con algunos de Naranja Dulce la cantaron el día de mi casamiento.
Para ustedes, "Mamá cumbia", una canción de autoría de mi hija.
Yo no podía creer cómo aplaudían.
La Puebla entera bailaba. Sobre todo, Juanita y Guerre.
¿Viste, Elisa? ¿Viste que se puede leer y bailar cumbia?
Leandro estaba lindo con la camisa azul. Y aunque me casé por vergüenza, estoy contenta.

Página N° 79

Los diablos no viven en la villa, vienen a la villa a comer pajaritos.

Mamá cumbia

Te canto en tu día, mamá cumbia.
La rosa de mi barrio,
pollerita tableada,
que bailás como si no importara.

Dicen que estoy borracha.
Borrachita, me gritan los muchachos.
Pero no tengo vino, tengo diablo.

Cumbia, sacame de acá,
llevame lejos
que está el diablo ofreciendo caramelos.

Dejá que llore la cumbia,
toda su pena.
Que se saque los tacos. Dejá que llore.
Que tome llanto a pico toda la noche.

Y después de llorar,
cuando no tenga lágrimas,
va a nacer otra vez
la cumbia inesperada.

BIOGRAFÍA

Liliana Bodoc nació en Santa Fe en 1958. Cursó la Licenciatura en Literaturas Modernas en la Universidad Nacional de Cuyo, donde fue distinguida, en el año 2016, con el Doctorado Honoris Causa.

Por su obra *Los días del venado*, que inaugura *La saga de los confines* (también compuesta por *Los días de la sombra* y *Los días del fuego*) ha recibido las siguientes distinciones: Lista de Honor Premio Andersen, 2000, y mención especial de The White Ravens, 2002; además, ha sido traducida a varios idiomas. En el año 2009 fue nominada al Premio Hans Christian Andersen.

En Norma ha publicado: *Simi Tití mira al mundo* (colección Buenas Noches); *La mejor luna* (colección Torre de Papel Naranja); *Reyes y pájaros* (colección Torre de Papel Amarilla) y *Presagio de carnaval* (colección Zona Libre).



LA ROSA INESPERADA

Liliana Bodoc



Su primera canción de cuna fue una cumbia. Después, cuando Naranja Dulce salió de gira a buscarse un futuro, Elisa –entre la plancha y el rociador– eligió otra música.
Sin grandes anhelos, aceptó una invitación que prometía un paisaje diferente y algunas palabras en inglés. Pero el diablo se interpuso y empujó su destino hacia el norte. Allí, una voz de niña de piedra y el silbido de un viejo la alertaron del peligro.
Elisa siente la amenaza en el cuerpo, y solo podrá aliviar su pena cuando encuentre sus propias palabras.

Este libro se gestó durante un viaje.
Acompañá a su autora en:
www.elviajedelilianabodoc.com.ar
#Elisa

CC 61080961
ISBN 978-987-545-722-5





www.kapelusznorma.com.ar